

LAS PAGINAS CENTROAMERICANAS
DEL DIARIO
DE
FEDERICO GAMBOA
AUTOR Y DIPLOMATICO MEXICANO
1899-1910

EN ESTE DIARIO, DURANTE SU MISION DIPLOMATICA EN GUATEMALA, EL AUTOR, DRAMATURGO, REPRESENTATIVO DE LA NOVELA REALISTA MEXICANA DE PRINCIPIOS DE SIGLO ("SANTA", "METAMORFOSIS"), DESCRIBE LA AGITADA VIDA POLITICA DE NUESTRA CENTRO AMERICA. ASI, PASAN ANTE NUESTROS OJOS COMO PARTES DE UN RETABLO: ESTRADA CABRERA EN GUATEMALA, REGALADO EN EL SALVADOR, TERCENCIO SIERRA EN HONDURAS, ZELAYA EN NICARAGUA Y RAFAEL IGLESIAS EN COSTA RICA. APARECE TAMBIEN LA FIGURA DEL GENERAL DON PORFIRIO DIAZ, PRESIDENTE VITALICIO DE MEXICO, DESEANDO OCUPAR UNA POSICION SEÑERA EN AMERICA

ES UNA EPOCA DE DICTADURAS CRIOLLAS, MOVIDAS POR SUS SIMPATIAS HACIA MEXICO Y SUS ANTIPATIAS HACIA LOS ESTADOS UNIDOS; DE RENCILLAS DOMESTICAS MARCADAS POR LOS DRAMAS PERSONALES DE LOS ASILADOS POLITICOS; DE LAS GUERRAS FRATRICIDAS; DE LAS MUERTES DE CIUDADANOS ILUSTRES Y HUMILDES SOLDADOS DEL PUEBLO. EN MEDIO DE ESOS CUADROS DE DESOLACION, BRILLAN TENUAMENTE LAS ESPERANZAS DE PAZ Y CONCORDIA EN CONFERENCIAS FRATERNAS.

LAS PAGINAS CENTROAMERICANAS DEL DIARIO DE FEDERICO GAMBOA, DESCONOCIDAS EN NUESTRO AMBITO, CON SUS TINTES PEYORATIVOS Y APRECIACIONES A VECES ALEJADAS DE LA VERDAD HISTORICA, LAS SUMAMOS AHORA AL ARCHIVO QUE VENIMOS FORMANDO PARA EL ESTUDIO DE NUESTROS ATORMENTADOS PAISES.

GUATEMALA

24 DE ENERO

Cuatro y treinta p. m. Guatemala...!

Mucha gente a esperarnos: mexicanos, individuos particulares que me trataron hace diez años; D. Agustín Gómez Carrillo en su doble carácter de amigo mío y de Alcalde primero de la ciudad; su Subsecretario de Relaciones y una porción más de personas que me abren los brazos.

En elegante carruaje puesto a mi disposición por el Gobierno, llegados a nuestra casa.

Después de un viaje de veintinueva días, ya era tiempo. ¡Dios sea loado!

25 DE ENERO

Al despertar y convencerme de que me hallo en Guatemala, experimento lo mismo que experimenté en ella hace once años; considérome, no obstante su vecindad geográfica con México, en un país muy remoto, muchísimo, cuya mayoría de pobladores, por una causa o por otra, más bien ha de reputársele hostil hacia los mexicanos.

Nuestra residencia es más que aceptable; fórmala un gran edificio en la calle principal, amueblado de arriba abajo y con porción de comodidades.

Empleamos el día en abrir baúles y cofres, y cuando comenzamos los arreglos de instalación, me arrepiento de no haber traído conmigo todos mis libros y bibelots.

Es que secretamente me he propuesto no arraigar demasiado, sólo pasar aquí un par de años.

Por la tarde y acompañado de Luis Ricoy, dí principio a mi tournée oficial y a mi tournée diplomática, cosas ambas que más bien podrían denominarse corvés. Mañana será recibido en audiencia privada por el Presidente de la República.

26 DE ENERO

D. Francisco Anguiano, Ministro de Relaciones Exteriores (y Ministro Diplomático que fué de Guatemala en México cuando D. Justo Rufino Barrios, de célebre recordación), me llevó ante el actual Presidente, D. Manuel Estrada Cabrera.

La entrevista efectuóse en lo que aquí llaman Palacio Nacional y que no tiene de palacio más que el nombre, pues es caserón destartado y feo, de los vie-

jos tiempos coloniales, sin un solo detalle que lo haga agradable a la vista.

En su interior, es otra cosa; los muebles modernos, los espejos y los dorados, transmútanlo en pasadero.

Al fondo del espacioso patio, y a su izquierda, atravesamos una antesala llena de oficiales y jefes militares de grados diversos, empujamos una mamparavidriera y de manos á boca me hallé con el Presidente que se incorporó en su escritorio para recibirme.

—El Señor Ministro de México!— dijo en alta voz el Doctor Anguiano, y sin esperar á más desapareció.

La entrevista, como todas las de su especie, sin sabor ni color, con su buen acopio de lugares comunes y de frases hechas. La sola diferencia que advierto, estriba en la amabilidad que el señor Estrada Cabrera emplea para tratarme, hasta recordándome los dos años juveniles que en Guatemala pasé hace mucho tiempo.

31 DE ENERO

Visito el paseo nuevo de la Reforma, bellísimo, como bello es en este país privilegiado todo lo que la naturaleza ha hecho por sí misma. La vegetación, los horizontes y la luz son únicos en esta comarca que de poco necesitaría para ser una tierra de promisión.

El paseo, en sí mismo, trazado a la europea, ofrece dos defectos: no se descubre alma viviente y adviértese, en cambio, descuido notorio.

Al lento rodar del dandau descubierto en que vamos charlando Luis Ricoy y yo, miro tres o cuatro edificios buenos, en cuenta el hospital militar, que ya era mi conocido; veo también los restos mutilados de lo que fué Exposición Centroamericana, uno de tantos rasgos de la manía de grandezas que padeció el infortunado General Reyna Barrios durante su presidencia. Contemplo, á la mitad del paseo, monumento muy merecido y severo: "Al Libertador Miguel García Granados"; y á los términos de la calzada, dándole la espalda a edificio de líneas agradables, que me asegura Luis es un museo, otro monumento, muy italiano en su factura y en sus componentes, erigido á la memoria del General D. Justo Rufino. Allí está él, cabalgando en brioso bridón que parece fuera á despeñarse, y empuñando en su diestra la ban-

dera de esta patria suya, que él trató con tantísima crueldad y dureza tanta.

¿Será de veras la muerte un Leteo?... Lo pregunto porque aún existen centenares de familias que le narran á usted por menorizadamente las persecuciones horrosas y los tormentos bárbaros que el General Barrios consumó en sus deudos muertos, y sin embargo aquí está él, en monumento de bronce y mármoles, en actitud heroica, con coronas de flores agostadas que indican que la gratitud nacional viene y las deposita en el pedestal, de cuando en cuando; y una agrupación política, que se llama á así misma liberal, ha hecho de la memoria de Barrios, tan escarnecida por algunos, su símbolo, su arquetipo y su modelo.

Si se tratara de escribir la historia de este país ¿á quién habría que hacerle caso, á los que atacan al hombre con pruebas fehacientes en su contra, ó á los que lo defienden y dignifican?...

¡Allá ellos!

14 DE FEBRERO

Gran baile en el Club Guatemalteco, al que concurrió el Presidente de la República. Los maleantes, que aquí abundan en cantidad y en ingenio, aseguran que el Presidente asistió porque mi presencia era la garantía de que sus enemigos nada harían por volar el edificio.

15 DE FEBRERO

Primera remesa de dinero á mis acreedores de México. Si así sigo, dentro de un año no deberé nada á nadie.

Bendito sea este destierro, y aun peor que fuera, si en compensación he de recuperar mi independencia individual.

Toda deuda es una humillación para el deudor.

"No deber nada á nadie"... ¡Qué himno tan dulce!

9 DE MARZO

Es extraordinario cómo recupero el sentido moral viviendo en país extraño, en el que mis actos é inclinaciones, juzgados por gente poco amiga, pudieran resultarme completamente perjudiciales.

No llego al catonismo, nó, pero sí me acerco mucho á la línea recta que mi criterio de filósofo (¿quién no es algo filósofo en su fuero interno?) se sabe de memoria.

25 DE MARZO

¡¡Memento!!

Comida diplomática en la Legación de *** para despedir al Ministro de ***

Mi carrera, decididamente, es le monde ou l'on s'ennuie. Casi todo se vuelve vaciedad y pose.

2 DE JUNIO

A la una y veinte minutos de esta madrugada concluí, á Dios gracias mi novela "Metamorfosis".

Mañana, con los originales a la imprenta.

4 DE JUNIO

En un banquete diplomático que se celebra en el Gran Hotel—atravesamos ahora por epidemia de banquetes—en prueba de rectitud y honradez, comunico en persona al Ministro de Relaciones Exteriores que he concedido asilo, ignorado todavía por las autoridades; y con objeto de que se juzgue de mi conducta franca, solicito una audiencia presidencial para llevar la noticia de mis actos al jefe del Gobierno de Guatemala.

5 DE JUNIO

Visitantes matinales infórmanme de que reina la alarma en la ciudad, y me piden que me asome á los balcones para ver mi calle cercada de agentes de policía, uniformados ó vestidos de paisano.

A las tres de la tarde me encamino á la casa presidencial para mi audiencia.

¡Qué fisonomía más curiosa la de la tal casa! Desde su arquitectura, que es moderno-rococó, hasta sus interiores, todo es curioso.

El vestíbulo, mírase convertido en cuerpo de guardia; sentados en sendas bancas, hay á un lado y á otro filas de soldados con el arma cargada, entre las piernas; en el patio y corredores abundan jefes y oficiales de todos grados. En las puertas, pasillos y ángulos, se advierten centinelas, y en varios canapés, individuos que se delatan á sí mismos como agentes de policía secreta. En México los delata el sombrero "jarano" y aquí el sombrero de Panamá, y tanto los de allá como los de aquí delátanse también por cierto aire de ferocidad en el semblante que por más que dulcifican, los traiciona.

Después de subir una preciosa escalera, instálame en salón soberbiamente decorado, que ostenta muebles de calidad; sin embargo, hay detalle censurable: "tres estrados" con sillas alineadas y varias escupideras de peltre...

Durante la entrevista, el Presidente se manifiesta hasta jovial conmigo; cree que mis asilados se alarmaron fuera de medida, pues no existe dictada en su contra ninguna orden rigurosa y me emplaza para resolución final dentro de algunos días; quiere pensar con calma qué será más conveniente para el buen nombre de su Gobierno, si que los asilados sean devueltos á las autoridades, previa la demanda de extradición en forma, ó que yo, como muy atentamente se lo su-

plico, les procure puerta franca á fin de que se marchen á donde gusten y no vuelvan á alterar, ni teóricamente siquiera, según lo han hecho hoy, la tranquilidad actual del país.

Después de mi entrevista, un coronel del Estado Mayor me hizo los honores hasta la puerta de la calle, y á mi segundo paso por el vestíbulo, la guardia fué formada y me terciaron armas.

15 DE JUNIO

Poco antes de la comida, un ayudante del Presidente de la República vino a llamarme de su parte, acudí inmediatamente y el propio señor Estrada Cabrera me dió la buena nueva de que podía yo embarcar á mis asilados, dentro del término de veinticuatro horas y aprovechando la salida de mañana de un vapor de la Mala del Pacífico, que va á Panamá.

14 DE AGOSTO

En la tribuna presidencial del hipódromo.

Cosa rara, que se acentúa más conforme prolongo mi permanencia en Guatemala: siéntome invadido de un inmenso desinterés olímpico por todo y por todos. El mundo, contemplado al través de este agujero centroamericano, antójase-me una ménagerie inacabable. Fuera de mis gentes, mis íntimos, lo restante me resulta zoología pura...

Lástima que esto sea sólo mental, que no pueda dominar en la práctica, mi altruismo ingénito, el que hace que me interese y dé ayuda aun á lo infinitamente pequeño.

30 DE AGOSTO

Alarmados porque nuestro hijo sólo ha aumentado una libra de peso en el espacio de un mes, consultamos con el doctor, que ordena se le ponga nodriza.

Con tal motivo hay lágrimas de la mamá, que no se resigna á este primer abandono de su muchacho.

—¡Qué dirá de los abandonos posteriores, que mucho me guardo de anunciarle!

1º DE SEPTIEMBRE

Entrada triunfal de la nodriza.

Es una vasta y colosal india de México, vestida de colorines, según aquí visten todos los de su raza, que entiende al nombre de Jerónima Corona. Una verdadera vaca humana, que en cuanto llega ejerce sus funciones, sacando á luz una de sus ubres enorme y repletas para amamantar al hambriento.

Nuevo llanto de mi mujer, que contrasta con la voracidad de nuestro hijo pegado al pecho y tragando vida glotonamente, glotonamente, en plácida in-

consciencia de ser racional sin cerebra-
ciones todavía.

2 DE DICIEMBRE

En víspera de emprender una jira diplomática por orden de mi Gobierno á las otras cuatro repúblicas centroamericanas; viaje que puede convertirse en muy honorífico si hay triunfo, ó en un fiasco si fracasa: seré portador de la oliva de la paz.

Ya estamos aquí en revolución, y yo de nuevo desempeñando funciones de abogado de afligidos.

Una señora de la mejor sociedad, confíame que estoy ganándome sinnúmero de bendiciones.

No me parece mal!

El aspecto de las calles no es halagüeño, hay mucho aumento de agentes de policía, y los pobladores, aun los más denodados, delatan á la legua el terror que los paraliza

Presencio la salida de algunas tropas: puñados de indios, que sin entusiasmos, en resignado silencio desfilan con el rémington á cuestras, por los guijarros de las calles de esta antigua Capitanía General de las Españas.

15 DE DICIEMBRE

Durante los últimos días ha habido en casa continuo entrar y salir de madres y esposas, en demanda de que interponga yo mis buenos oficios para que el Gobierno mejore la suerte que están corriendo los muchos prisioneros á diario capturados. Las desventuradas señoras lloran sin consuelo contándonos sus temores y sus cuitas.

Después de algunas entrevistas con el Presidente Estrada Cabrera, obtengo de él que los presuntos responsables de la intentona revolucionaria de Jutiapa, sean juzgados, aunque militarmente, en esta propia capital.

La gente se alegra, pues esposas y madres abrigaban una porción de sombríos presentimientos si hubieran llevado á sus deudos á juzgarlos hasta aquel Departamento.

19 DE DICIEMBRE

Mañana me embarcaré para El Salvador.

Según mis cálculos y deseos, la ausencia no ha de prolongarse más allá de tres meses.

20 DE DICIEMBRE

Alguna gente en la estación augurándome buen éxito; en el puerto, mucho calor y ansias de que la cosa empiece de una vez.

A eso de las ocho de la noche levó anclas el vapor "Loa" de la Compañía

Chilena de Navegación, en que me marcho.

EL SALVADOR

21 DE DICIEMBRE

(Frente á Acajutla). Miguel Meneses, escribiente de la Legación que me he traído en calidad de secretario particular, á las seis de la mañana se apresura á llevarme la noticia á mi camarote:

—Salga usted, señor, y verá qué adornados están el muelle y el puerto...

La noticia y lo irrespirable de mi camarote violentaron mi toilette, salí á cubierta y miré hacia la playa...

El altísimo muelle metálico, todavía más alto que el de San José de Guatemala, se halla todo empavesado y en el mástil de honor del "Loa" flota la bandera de México.

En la falúa del puerto, gobernada por el comandante en persona, que fué á bordo á saludarme y ponerse á mi disposición, desembarcamos, y camino del muelle, en la diafanidad de la mañana, advertí á mi izquierda una montaña coronada de enorme penacho de humo denso y de color plomizo, que á duras penas se remontaba sin disgregarse, pesadamente, cual si estuviera tallado en un solo bloque.

Acajutla

—¿Y eso?...—pregunté á mis acompañantes, apuntando hacia el volcán en erupción.

Con orgullo en el ademán y en el tono, como si se tratara de la presentación de un soberano, me respondieron en coro:

—El Izalco!...

Atracamos bajo el muelle, de uno de sus portales descendió en una cuerda sillón de bejuco que en los aires giraba y mecíase. Lo sujetaron los bogas, me empaquetaron á mí, dieron el grito de aviso, y, lentamente, con vaivenes que producían vértigo, principió mi ascenso en el vacío, unos diez ó doce metros. Al pisar el muelle y después de ser muy saludado, caí en los robustos brazos de mi viejo y amado amigo el General D. Juan J. Cañas, actual Subsecretario de Relaciones Exteriores y muy aplaudido literato salvadoreño.

Luego, una multitud de personas me fueron presentadas, en tanto que los trabajadores del puerto contemplábanme curiosos...

En verdadera procesión emprendimos la marcha al pueblo, y al llegar al fin del muelle, una valla de soldados me presentó armas, en tanto que el oficial

saludábame con la espada desnuda y el corneta tocaba marcha.

Hallé muy en su lugar honores tales, me erguí y avancé tranquilamente, penetrado de que al representante de una nación le son debidas cualesquiera consideraciones.

Es también muy de notar que tan en seguida pueda uno acostumbrarse á corresponder—en la actitud cuando menos—á los honores. Y entonces comprendí por qué tanto gobernador y funcionario cursi y vulgar de nuestro México, y del mundo todo, pronto adquieran hasta cierta majestuosa elegancia para presidir las ceremonias oficiales á que concurren; es que la propia personalidad, por humilde é inútil que sea, desaparecen amparada bajo la cubierta moral que la engalana; surge el símbolo y la multitud aplaude al que lo lleva, así sea éste monarca, presidente ó simple mortal, porque lo que la multitud cree ver es la dinastía, la república ó el cargo elevado. Y el rey, el presidente ó el simple mortal, á su vez, cree en serio que es la dinastía, la presidencia ó el cargo elevado; olvidándose unos y otros de que en nuestra eterna comedia humana, somos á este respecto lo que esos pobres hombres que en las grandes ciudades populosas sirven de anuncios ambulantes—medio comprimidos entre dos bastidores de madera ó lienzo pintarrajeados—á la alegría, á la dicha, á la riqueza...

Y allá van, en muda marcha trágica, paso á paso, ocultando sus miserias morales y materiales, pero anunciando en cambio lo que quizá les queda más distante: la buena comida, las joyas baratas, las ropas que no se acaban nunca, y los antidotos para las peores dolencias...

Encerrado yo dentro de mi doble y nobilísima coraza—¡la representación diplomática!—también me olvido de mis defectos é imperfecciones y me creo merecedor y digno de ella...

Dichosamente, la ilusión desvaneciéndose, mi vanidad sufrió tremenda embestida de mi análisis, y volví á verme lo que soy: modestísima unidad, no ya para el mundo ni para mi país, sino hasta para mi ciudad natal, para la apartada calle y la vetusta casa en que nací...

Sonsonate

Acompañado de todas las autoridades y después de apurar un refresco en la comandancia, nos instalamos en tren especial, que en tres cuartos de hora nos depositó en la ardientísima ciudad de Sonsonate.

En Sonsonate, gran almuerzo en el restaurant del hotel, colgado de los colores mexicanos, luciendo en los testeros

de la espaciosa sala un cuadro de los héroes de nuestra Independencia, en litografía, y el retrato, en cromo, del señor General D. Porfirio Díaz.

Allí fueron los primeros brindis, los primeros elogios inteligentes á México y sus hombres, nuestro Himno Nacional vioreado por un pueblo amigo.

Tuve un encuentro gratísimo: abracé á Vicente Acosta, el delicado poeta salvadoreño que tanto se dió á querer en México hace unos cuatro ó cinco años y que ahora hállase recién llegado de Honduras. En un aparte rápido, desentendiéndome de las conversaciones serias, saboreamos con delectación de antiguos bohemias nuestro anciano tuteo. En un instante nos preguntamos una porción de cosas, con inquietos y afectuosos:

—¿Te acuerdas?...

La Ceiba

Ahí concluyó, por este lado, el camino de hierro.

Desembarcamos de los trenes frente á menguado caserío, á cuyo alrededor miré porción de personas que me esperaban, muchas caballerías ensilladas y dos ó tres diligencias. De entre las primeras, distinguí al doctor Llerena y á José Esteban Sánchez, que vinieron á mí con los brazos extendidos, palpando yo, al estrecharlos, la sinceridad de la caricia.

Luego, el Gobernador de la provincia y el jefe del Estado Mayor del Presidente Regalado, más autoridades militares, diversos particulares que me saludaban calurosamente.

Por un instante notóse alboroto inaudito en las bestias, y gritos, latigazos, una partida de ganado que desfilaba lentamente á cierta distancia, nos contempló con azoramiento, defeniéndose y mugiendo... Hacia la estación, la máquina arrojaba sostenida columna de vapor, hacia el monte próximo, la ceiba secular que da nombre al sitio, con sus ramas tensas y su tronco rugoso y grueso, simulaba imperfecta columna envejecida de un templo que no existiera ya...

Asunto de calarnos las botas y de despachar un Ginger Ale, y á caballo todo el mundo, en marcha á Santa Tecla, en alegre tropel de cabalgata de paseo...

Gracias á la bondad de mi cabalgadura, un tordillo peruano de bríos que con silla mexicana destináronme especialmente, en unión del jefe del Estado Mayor y de otro coronel me adelanté al resto de la caravana por el delicioso camino de herradura que comenzaba á obscurecerse con la puesta del sol tras os montes.

Fué hora y media de plática sabrosa, á buen andar por ancha y oliente vereda, casi á la falda de enorme serranía,

en una de cuyas revueltas asomó el Izalco, muy á los lejos, siempre mandando á las nubes su inmenso penacho de humo denso y de color plomizo, que á duras penas se remontaba sin disgregarse, pesadamente, cual si estuviera tallado en un solo bloque.

Santa Tecla

(Al atardecer). Salgo de mi peruano para entrar en una "victoria" de la presidencia, en la que á todo el trote de sus caballos atravésé media población de Santa Tecla á la luz vacilante de la prima noche.

Aspecto de tristeza; las calles largas y rectas; casas bajas, en lo general, alumbrado escaso y de aceite. Cruzamos ancha plaza manchada de tiendas de lona, iluminadas, de las que salían tufos de fritos, y voces y risas de parroquianos alegres.

—Los chinamos—me explicaron, señalándolos.

Y durante un buen rato, quedéme en la duda de cuáles serían los "chinamos", ¿los tendajos?... ¿los que los recuentan?...

Descanso de pocos minutos en una posada, casi en su totalidad habitada por emigrados guatemaltecos. Rumor de su charla y de los cubiertos y platos de su comida.

San Salvador

Media hora en tren expreso hasta San Salvador.

Antes de penetrar en la ciudad, descubrí á la izquierda su cementerio, muy poblado con sus monumentos funerarios, los que le prestaban á la dulce claridad de la noche, apariencias de tallas de sepulcros ó de cantera de mármol en descanso.

Benévola recepción en el paradero; además del mundo de gente que me aguardaba, acércanse á saludarme todos los Ministros del Gabinete.

En el carruaje del propio Presidente, conducenme al hotel del "Nuevo Mundo".

Impresión de grata sorpresa al contemplar su elegante y espacioso comedor iluminado hasta el derroche.

El edificio entero, en obsequio mío, adornado con banderas mexicanas y salvadoreñas.

Nos han destinado para alojamiento una serie de habitaciones; en la sala, figura entre los muebles un piano, y entre los cuadros, un retrato del General Díaz, haciéndole péndant el del General Regalado; en seguida, mi dormitorio; luego el dormitorio de Meneses, y al fin, un dormitorio para el Cónsul de México en El Salvador, D. Tomás Ugarte, jaliscien-

se establecido en Sonsonate hará seis años y á quien he autorizado para que me acompañe mientras dure mi permanencia en esta República.

Molidos los huesos por el cansancio del viaje, recójome temprano; durante largo rato, en la soledad de mi estancia, persiguenme los recuerdos de mi mujer y de mi hijo, el fantasma de la fiebre amarilla, que bien puede estar asechándome hasta debajo de mi mismísimo lecho, y el estridente silbido de alacranes invisibles y ponzoñosos que quizá me acometan durante el sueño...

22 DE DICIEMBRE

Despertar fantástico a los acordes de orquesta ambulante que pasa por frente á mis ventanas tocando música fúnebre, deben detenerse en cada esquina, pues oigo intermitentemente que los ejecutantes entonan algo á modo de salmodia.

En la duda de que ello fuese demostración en mi honor, con apresuramiento salto de la cama, mal me lavo y visto, y salgo al corredor en busca del hostelerero, que es español, cojo y simpático. Sin el menor disimulo se me ríe en las barbas á carcajadas tendida cuando le pregunté si la música y los cantantes que acababa yo de escuchar formaban parte de alguna manifestación con que me felicitaran.

—¡Qué manifestación ni qué ocho cuartos!—me dice en medio de sus carcajadas,—esto es un entierro, señor Ministro. Aquí lo entierran á uno con canto y música, y esta calle queda camino del cementerio.

Para neutralizar su risa y dándome las de filósofo, le replico:

—Así quedan las calles de todas las ciudades del mundo.

Regresé a mis habitaciones, me encontré levantados ya á Meneses y á Ugarte. Meneses me pregunta con asustada cara si he oído la música, y Ugarte, que ríe de modo sui géneris, en do mayor sostenido, confirmó las explicaciones del hostelerero á propósito de los entierros con canto.

El resto de la mañana, lo empleo en recibir á todos los Ministros del Gabinete que vienen á saludarme.

Después de almorzar, voy á Santa Tecla á visitar al Presidente Regalado, en compañía del Dr. D. Francisco A. Reyes, hermano político de Regalado y excelente amigo mío desde su llegada á Guatemala como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de El Salvador. Reyes ha hecho el viaje conmigo.

En cuanto llegamos, fuimos recibidos por el General después de que la guardia del cuartel que se halla al lado de la modesta casa presidencial, y la del

cuartel de Policía, que se halla á su frente, presentaron armas á mi individuo. Ya me acostumbré á esto.

Tomás Regalado

Muy interesante la figura del joven General D. Tomás Regalado. No representa más de treinta y cinco años de edad; es excesivamente flaco, de rostro exangüe, de grandes ojos interrogantes y dulces, y tan parco en carnes como en palabras; habla en voz más bien baja, despaciosa, sin perder de vista á su interlocutor y llevando de tiempo en tiempo, por nervioso tic, la mano derecha á su mutilada mano izquierda que conserva siempre sobre el muslo del mismo lado, y á la que, con excepción del pulgar, faltanle los demás dedos; falta que él disimula infantilmente llevándola enguantada. Precisamente á causa de esa extrema frialdad, compréndese al verlo que ha de ser, en efecto, hombre incommovible frente al peligro y frente á la muerte, á la que ha galanteado de cerca tantas veces. Se comprende que se haya lanzado solo casi, á la toma de un cuartel, se comprende que cuando lo agredieron á tiros en las calles de San Salvador, ni por instante violentara su moderado andar de valiente; y entenece el recuerdo de la poética leyenda que corona su juvenil matrimonio por amor; leyenda que consiste en suponer que uno de sus sonados triunfos de guerrero adelantóse á perturbar los castos sueños de la entonces doncella recatada y hoy dignísima esposa suya, la que entre pudores y alborozo quiso presenciar desde la ventana de la casa paterna la triunfal entrada del soldado victorioso, y al conocerlo—la realidad no le deshizo la quimeral!—prendóse de él, y como á él le ocurriera otro tanto, al poco tiempo estuvieron unidos con indisoluble y legítimo lazo.

No puedo decir si Regalado será un talento, pero sí digo que al despedirme de él en aquella primera entrevista, al estrechar su diestra completa y franca, sentí que estrechaba la mano de un hombre, y, cualidad mucho más estimable para nosotros, que estrechaba la mano de un hombre que ama á México.

A mi regreso á San Salvador, aguardábanme en el hotel, con serenata y banquete inesperados, que mis nuevos y expresivos amigos los salvadoreños tenían preparados para recordarme que hoy ajusto 35 años de vida.

Con el champaña que bullía á los postres, con los brindis íntimos que se pronuncian sin levantarse de la silla, sobre la mesa las copas, los semblantes muy cerca y muy plácidos, y los espíritus todavía más plácidos y más cerca, deseáronme una porción de cosas, bebieron

por mi porvenir, por mi carrera literaria y por mi carrera diplomática, por México; y como á alguien le ocurriera brindar también por mi hijo—el rey de mi alma de quien acabo de separarme—sólo les contesté con la mirada, y, á semejanza del enamorado de Rubén Darío, bebí el vino y bebí una lágrima, que me supo más dulce que el vino.

23 DE DICIEMBRE

Invitado por el Presidente Regalado en unión de varios amigos, estuve en la tarde de hoy en Santa Tecla, donde asistí en calidad de actor á unas fiestas que se celebraban aquí todos los años y que se llaman "entradas".

Cada barrio de la ciudad y de los pueblos vecinos, celebran la suya; hasta San Salvador, la capital, contribuye.

Consisten las tales en una pintoresca procesión que mucho evoca la dominación española. Encabézala la banda militar que aquí se denomina "Banda de los Altos Poderes"; siguen á ésta muchachos del pueblo quemando cohetes; después, los miembros de la Municipalidad; detrás de ellos, el Presidente de la República, algunos de sus Ministros, invitados de categoría y el Gobernador de la provincia; luego, en deliciosa promiscuidad, las damas principales, las jóvenes más bellas, las mujeres del pueblo con trapos de cristianar.

De estas últimas descuellan por su lujo y garbo las muchachas trabajadoras que en El Salvador portan el eufónico nombre de "mengalas".

Inmediatamente después, van los "Gigantes y Cabezudos" y una partida de "Moros y Cristianos" que á cada esquina, en que detienen á bailar baile epileptiforme, tiranse fingidos mandobles con fingidos espadones, que se estrellan en fingidos escudos y corazas.

Mientras dura la pelea, los gigantes y cabezudos de cartón pintarrajeado y de vestimenta de pesadilla, ora oscilan á modo de ebrios ó de sombras, ora asómanse á los tejados de las casas bajas, como para aspirar el perfume de las copas de los árboles, que los monigotes sobrepasan con su artificial estatura. A lo último va el pueblo: hombres, mujeres y chiquillos, encantados todos con la diversión, y por remate, en un carro alegórico del que tiran bueyes,—lo que le da aspecto de carro sagrado,—encaramada en tosco y primitivo trono, mírase, haciendo el grave papel de divinidad, á alguna chiquilla agraciada y rubia, vestida de blanco.

La lengua procesión, contemplada según yo la contemplo, desde unos portales que bostezan sobre la plaza principal del pueblo, despierta ideas de exis-

tencia patriarcal y anterior á éstas de luchas homicidas que han ensangrentado y ensangrentando siguen á toda nuestra neurasténica Hispanoamérica; se siente una criatura y casi lo asusta la talla desmesurada de los gigantes y cabezudos que continúan su marcha á trompicones; dan ganas de eternizar la diversión y esos momentos tan candorosos, inocentes y puros.

Y por lo que hace á la democrática mescolanza de gobernantes, damas y pueblo, experimenta uno deseos de aplaudir, sobre todo, si como yo, se viene de país en el que se presidente, por temores más ó menos justificados, la rarísima ocasión que en público se presenta, realízalo tras de triple y circular muralla de militares y policías.

La confianza que el General Regalado demuestra tener entre sus gobernados, trae fatalmente á mi memoria la no menos absoluta del General Díaz, quien, sin sombra de recelos y lo mismo á pie que en carruaje, á diario mézclase y confunde con el pueblo mexicano, de cuyo seno ha subido hasta la presidencia de la República, y que bien merece, por esta y otras causas, que en lugar de temérsele, lo estimen y reverencien.

27 DE DICIEMBRE

Tres días de vivir sonambúlico casi, saliendo de una manifestación espontánea y cariñosísima de las autoridades ó de los particulares, para entrar en otra no menos cariñosísima ni menos espontánea de los particulares ó de las autoridades. De todas las calles, de todas las casas, de todos los corazones salvadoreños, un inmenso, múltiple y noble himno de gratitud hacia México; condición que trueca mi permanencia en esta ciudad, en una especie de ensueño, que engendraría en mí, si no fuera mexicano por los cuatro costados, un culto á ese México tan amado en país distante; el sufrido y heroico centinela de nuestra raza en el Continente, según puede demostrarlo con las elocuentes cicatrices de determinadas fechas que responden á determinados períodos luctuosos de su vida, en los que su independencia háse hallado á punto de zozobrar; y que ahora, en su actual período de progreso y acrecentamiento de fuerza, se acuerda de sus hermanos más pequeños, contempla simpáticamente á los más remotos y anhela que agrupados todos en un solo cuerpo, reciban de buen grado en su frente de naciones libres el desinteresado ósculo de paz, que por ejemplo en el viaje mío, envía desde luego á estas cinco feraces repúblicas centroamericanas.

Pero ninguna de las manifestaciones con que hasta hoy he venido siendo hon-

rado, impresionáronme al punto que me conmovió la de esta noche, la que el pueblo en masa de la capital (más de cinco mil personas), llevó á cabo en plena calle, frente á mis habitaciones del hotel del "Nuevo Mundo".

Ha habido de todo: cohetes de luz, serenata, discursos entusiásticos, y en el centro de la muchedumbre aglomerada, el retrato del General Díaz en hombros de un grupo de salvadoreños, alumbrado por candelabros con bujías de cera y sirviendo de lazo de unión á las banderas de los dos países.

Cuando, después de los discursos de ellos, me exigieron que hablara, no supe lo que contesté; sólo sé que durante unos veinte minutos dí suelta á mi agradecimiento y les hablé más con el corazón que con palabras.

El pueblo, igual en esto á todos los pueblos, se conmovió; los próximos á mí me aplaudieron porque me oían y los demás porque oían aplaudir; el pueblo, digo, exigió mi salida, y yo salí para caer en brazos desconocidos que me inspiraban confianza absoluta, que me estrechaban, que me estrujaban, que tiraban de mí, y que por último colocáronme en el mismísimo centro de la impenetrable masa humana, con la que emprendí, en vilo ó poco menos, triunfal paseo por las principales calles de San Salvador. Instantes de delirio inolvidable: el espíritu de un pueblo exteriorizando su gratitud por otro, bajo la bóveda estrellada de un cielo tropical.

En el parque de Morazán, donde nos desbordamos, el entusiasmo rayó en locura, pero locura benigna, la que ataca á las multitudes cuando no están animadas de una mala pasión. Desde las gradas del pedestal que corona la figura en bronce del prócer que da nombre á la plaza, arengué de nuevo á este amigo múltiple y formidable, en cuyas entrañas había peregrinado por la ciudad; contestáronme ministros del gabinete, individuos particulares, obreros inteligentes, las notas de nuestros respectivos himnos, por la millonésima vez, subieron hasta los astros en portentosa ascensión de símbolo, y el retrato del Presidente de México, siempre en hombros y siempre alumbrado por las bujías de cera, veíase á lo lejos, por sobre el encrespado mar

de cabezas, que se inclinaba, cual si hasta el cromo sintiérase entusiasmado y rindiera gracias mudas á la imponente y solemne manifestación popular.

29 DE DICIEMBRE

Santa Ana

En camino de hierro hasta Santa Ana, capital del Departamento del mismo nombre, al Occidente de la República y á la falda de uno de sus volcanes en actividad.

Famosa por la exagerada valentía de sus hijos y por encontrarse muy próxima á la histórica Chalchuapa, que á su vez hállase á unos cuantos pasos de la frontera con Guatemala. Chalchuapa es histórica, porque allí encontró la muerte el dictador guatemalteco J. Rufino Barrios, el año de 85.

En Santa Ana, aunque con menores proporciones que en San Salvador, fuí festejadísimo.

Sólo permanecí dos días.

31 DE DICIEMBRE

En el nuevo club de San Salvador, en el baile con que despiden al año que se consume.

No obstante que señoras y caballeros logran con su extremada cortesía hacerme pasar muy agradable velada, cuando á las doce de la noche, reunidos en el buffet, se apuró la tradicional copa de champaña, símbolo de deseos que se formulan en frases cortas por nuestras dichas recíprocas, al mirar cómo los novios se buscaban y los matrimonios estrechábanse las manos, y se abrazaban los amigos, nube de tristeza invadió mi espíritu, me reconocí viajero y solitario, me hacían falta los adorados huéspedes de mi alma, que á esta hora, ella estaría pensando en el ausente, y él, confiado ha de dormir en su cuna sin saber todavía ni por qué ha nacido ni por qué vive...

Y abandoné el baile, sin abrigo ninguno porque el cálido clima no lo consiente, pero bien envuelto en melancolía dulcísima que me adormeció y arrulló en mi vulgar cuarto de hotel, hasta el que penetraba, por la ventana abierta y poetizada con tientos de geranios y violetas, un desmayado rayo de luna.

1900

1º DE ENERO

(San Salvador). En una quinta de Santa Tecla, propiedad del adinerado y hospitalario súbdito británico, Mauricio

Duke, que ha ofrecido almuerzo patriarcal para reunir á sus hijos y á sus nietos. Los extraños somos pocos, de ellos el General Regalado y yo.

Una llamarada, despedida por las cenizas de mi juventud: tengo el esbozo de un idilio, que dura menos que la fugaz llamarada.

En la noche, gran banquete que el casino Salvadoreño ha organizado en mi honor, con absoluta exclusión del elemento oficial, para que no pueda interpretarse que la fiesta fué aconsejada ó ayudada por miembros del Gobierno.

Pequeña eironeía: un intelectual salvadoreño que estuvo hace varios años de ministro plenipotenciario de su país en el mío y que en ese carácter fué invitado á uno de los banquetes anuales con que se obsequiaba entonces á nuestro ministro de Justicia é Instrucción Pública, don Joaquín Baranda, pronunció un brindis que le fué muy aplaudido. Algún comensal me presentó á él, explicándole que yo pertenecía al Cuerpo Diplomático Mexicano y que á principios de mi carrera había visitado estos países de Centroamérica. A pesar de tal explicación, el ministro salvadoreño no me hizo gran caso, y ahora que con parecida brillantez á la de que hizo gala en su brindis de México, le oigo brindar por mí, aquella reminiscencia se me aparece con precisión cinematográfica y me obliga á formularme esta pregunta dentro de mí mismo: ¿Será que por lo mucho que me ha costado, después de vivir en tierras bajas, este mi ascenso á una cumbre, aunque sea temporal, que no padezco vértigo de las alturas y por ello me fijo y aprecio á hombres y cosas?...

Detalle benévolo: en el menú del banquete hay un plato "á la Gamboa" y otro á "la Metamorfosis".

2 DE ENERO

En el Palacio Municipal, un baile de Mengalas.

Llámase aquí mengalas á las muchachas del pueblo que trabajan. Forman verdadera categoría y son, en lo general, agraciadas de rostro y muy airo-sas de cuerpo, distinguidas á su manera en el vestir, llevan desnudos los brazos y la garganta, tienen marcada predilección por los colores fuertes para la enagua y para el chal, que saben terciarse con señorío, y algunas no carecen de elegancia.

Ningún salvadoreño, por elevado que se halle, desdénase en tratarlas con cierta igualdad afectuosa y recíproca. Aunque de cuando en cuando una de ellas se descarrie, es lo común que contraigan matrimonio legítimo, con obreros, y que sin dejar de pertenecer á su gremio popularísimo, se olviden de las alegrías juveniles y se transmuten en buenas madres de familia.

Poseen otra cualidad que las hace

por todo extremo simpáticas: son patriotas y son valientes, y en más de una ocasión, de las muchas en que se han ensangrentado las calles y los campos de este levantisco y batallador rincconcito centroamericano, se las ha visto animando a los hombres (que poco necesitan de semejante estímulo), y se las ha visto igualmente, en lo más empeñado de la refriega, cargar rifles, recoger cartuchos, curar heridos y endulzar agonías.

El baile resultó animadísimo; bailamos unas cuadrillas de honor en las que la mengala que acompañaba al Presidente de la República lucía en su chal los colores mexicanos y la mengala que á mí me tocó en suerte, ostentaba en el suyo los colores salvadoreños. En la cena, rociada con más brindis que vinos, todo se volvió frases de encomio para México y sus héroes, para su pasado, para su Gobierno. Y como quien no quiere la cosa, cuando salimos á la calle nos encontramos con que la luz del nuevo día salía también.

Mientras más observo al pueblo salvadoreño, más simpático me resulta. Me refiero al pueblo legítimo, al de verdad, no al falsificado que nos sirven en sus decretos y en sus discursos casi todos los gobiernos y casi todos los parlamentarios hispanoamericanos.

3 DE ENERO

Ni el General Cañas ni Vicente Acosta han dejado de verme un solo día.

El General, que es un gran madrugador, no comprende cómo puedo quedarme en la cama hasta después de las diez, en este clima tórrido. Y cuando entra á despertarme á diario, lo hace regañándome á gritos, gritos y regaños que me obligan á abrir los ojos quieras que no, sonriente y agradecido á este viejo honorable y talentoso, que al igual de una criatura, lleva el corazón en la mano con inmenso cariño para sus amigos, por mucho que intenten disimularlo sus grandes voces destempladas y las palabrotas de campamento con que entevera su hablar inteligente y pintoresco.

En la mañana de hoy, que hemos hablado sobre Rubén Darío, mientras yo me afeitaba, por poco no me degüello de la risa que me provocó oírle contar la receta propinada al poeta para que se marchara á Chile, hace varios años. Debo advertir que el General Cañas es un idólatra de Chile, en donde estuvo de joven, y de México, en donde ha estado de viejo.

Me contó que Rubén Darío anhelaba ir á Santiago de Chile, pues no consideraba que los horizontes de Centroamérica fueran bastantes para el completo desarrollo y perfecto lucimiento de su inteligencia. Y como los dineros de que dis-

pusiera en aquella época estuviesen en razón inversa de sus anhelos, consultó el problema con Cañas, y se registró el siguiente diálogo:

—(Cañas) ¿Por fin te vas á Chile? Ya te he dicho que allí está tu porvenir; que por estas tierras nuestras no harás letra nunca; que tu talento reclama escenario más amplio, etc., etc.

—(Rubén Darío, muy compungido) Pero, General, ¿con qué quiere usted que me vaya, si no tengo una peseta?

—(Cañas) Que te mande el Gobierno.

—(Rubén Darío) Ya lo intenté, pero no lo consigo.

—(Cañas) Procura que la compañía de vapores te lleve gratis, aunque te exijan que trabajes tu pasaje.

—(Rubén Darío) También lo intenté ya y he obtenido la misma negativa... ¿Cómo irme, General?...

—(Cañas, después de instantes de reflexión) Pues á nado, ¡ajo! pero vete.

Vicente Acosta también está hoy de vena.

Después de saludarme con los aires medio hipnotizados que á las veces se gasta, después de apurar dos whiskies dobles, con trágica reserva anúnciame que sabe de muy buena tinta que el Gobierno de El Salvador, como me ha declarado huésped de la nación, no consentirá que yo pague ni mi alojamiento.

—Hay orden—me dice bajando la voz cual si me propusiera que juntos perpetráramos algún asesinato,—hay orden, te digo, de que en este hotel hasta dinero te dan si lo solicitas... (en voz más baja todavía) creo que por lo pronto deberías pedir unos cinco mil pesos...

A mi regreso de una tarde de campo que me ofrecieron en los alrededores de San Salvador, en el precioso sitio que se llama "Los Mexicanos", porque, dicese, allí acamparon las fuerzas invasoras del General Filisola, encuéntrame en el hotel con una pastorela infantil que una agrupación me ha organizado.

Por lo pronto interésame, chiquillos y chiquillas en traje de carácter cantando y bailando no del todo mal; pero la cosa se prolonga durante dos horas y el interés se esfuma para dejar el puesto al cansancio.

4 DE ENERO

Almuerzo íntimo con el General Regalado y su familia.

Por la tarde visito, en unión de los Ministros del Gabinete, diversos edificios públicos, en cuenta el famoso Hospital Rosales, aún por inaugurarse, que llama mi atención no tanto por su distribución científico-moderna de pabellones aislados, habitaciones octágonas, pisos asépticos, etc., etc., cuanto por ser todo él fa-

bricado de lámina, cosa que veo por primera vez.

Todas las planchas que componen el enorme inmueble y sus múltiples dependencias, fueron importadas de Bélgica, de donde también vino un ingeniero encargado de armarlo. Como observara yo que en su interior no se experimenta ni mucho calor ni mucho frío, explicáronme el secreto de la igualdad en la temperatura, mostrándome que las paredes entre sí tienen un hueco de medianas proporciones.

Por la noche, la guarnición de la capital ofréceme una retreta, y el Subsecretario de Guerra encargado del Despacho, Coronel don Jacinto Castro, en unión de toda la oficialidad vestida de gala.

5 DE ENERO

Despedidas y arreglo de baúles; me embarco mañana en Acajutla, rumbo a Costa Rica.

Iré con D. Francisco A. Reyes, nombrado Plenipotenciario de El Salvador en la misma Costa Rica. Entre él y yo obtuvimos del General Regalado que Vicente Acosta vaya como Secretario de esa Legación.

Desde el tren especial que nos conduce á Sonsonate, donde sé que me han preparado gran ovación de despedida, contemplo uno de los espectáculos más grandiosos que me haya sido dable contemplar.

El Izalco, el viejo volcán incansable é iracundo, que á mi llegada tanto me sorprendió con su penacho de humo denso y de color plomizo, ahora, en plena noche, acaba de seducirme por completo. En vez de ese penacho, veo intermitente y colosal columna de llamas, que por la fuerza y derecha con que sube, diríase que fuera á vengar añejos resentimientos subterráneos contra la bóveda celeste, cuyas estrellas palpitan como amedrentadas de que en efecto fuera la cólera de Afla á alcanzarlas y á herirlas en su alto trono... La llamarada se cansa, no sube más, y, de súbito, de un solo golpe, se viene abajo y se desgaja por la abrasada cima de la montaña, ya no son llamas, lo que rueda es una babilónica lluvia de oro, millones y millones, que antes de que mi fantasía y mi codicia atinen á avaluar, apáganse y desvanécense, con la misma rapidez y el mismo silencio con que se desvanecen y apagan todas las riquezas y las glorias todas de la vida...

Llegamos á Sonsonate, que por nosotros se encuentra enfiestado.

Hay comida, alocuciones, iluminación, y una copa de champaña en el Casino, donde los francmasones me agasajan por haber procurado la libertad de un

hermano suyo que llevaba tiempo de encarcelamiento en la Penitenciaría de San Salvador.

6 DE ENERO

El propio tren expreso que anoche nos llevó hasta Sonsonate, hoy nos dejó en la mañana en el nuevo muelle metálico de Acajuita, algo distante del muelle en que yo desembarqué, situado en lo que se llama Puerto Viejo. Declaráronme padrino del flamante brazo de hierro.

Como todavía no está en servicio, el descenso á la barca no deja de ofrecer sus peligros, que nosotros sorteamos entre risas y ficticias valentías.

Con porción de honores llegamos á bordo del "Mapocho", sucio y descuidado inválido de la Compañía Sur-Americana de Vapores, y á las cuatro de la tarde, con mar tranquilo y hondamente azul, levamos ancla.

COSTA RICA

8 DE ENERO

Frente á Puntarenas, de Costa Rica, después de haber hecho escalas en el puerto salvadoreño de La Libertad y en el nicaragüense de Corinto.

A pesar de que equivocadamente anunciamos Reyes y yo al Gobierno de San José que llegaríamos por la vía de Panamá y Puerto Limón, circunstancias de orden privado nos obligan á desembarcar en el ardientísimo lugar de Puntarenas, donde las autoridades, aunque desapercibidas á recibirnos, en cuanto saben de nuestra presencia á bordo, se nos muestran muy atentas y benévolas.

Ganamos el muelle luchando con furiosos tumbos; saltamos á tierra, más bien dicho, nos encaramamos en ella, y mientras aguardamos que llegue de Esparta el tren expreso que ha de venir por nosotros, con una temperatura digna del Congo recorremos el puerto pinforesco, que por lo poblado y espacioso es, sin disputa, el mejor de los puertos centroamericanos sobre el Pacífico, excepción hecha de Panamá que no conozco, pero incluyendo á Corinto, que sólo como puerto y gracias á las muy buenas condiciones de su pequeña y abrigada bahía, supera á Puntarenas.

Esparta

Tres cuartos de hora en camino de hierro y hétenos en Esparta!!!...

Esparta, ¡oh irrisión! resulta un poblacho, á pesar de su pomposo nombre y de ser cabecera de un cantón con 1245 habitantes.

Llegamos al obscurecer y nos instalamos en un pseudo-hotel, tan desaseado é

incómodo, con habitaciones tan imposibles, que las fermentadas ventas del "Quijote" resultan alcázares junto á esta trattoria.

Para colmo de desventuras, nos lo encontramos atestado de comediantes; unos cuarenta, entre actores, actrices, chiquillos y empresario. Casi todos son españoles, con lo que queda dicho que hablan á gritos é insolencias. Pronto hacemos amistades y somos informados de que la tal compañía es ambidextra, y lo mismo se tira sobre "La Verdad Sospechosa" y "Mar sin Orillas", que sobre "Marina" y "Marcha de Cádiz".

Sin poder remediarlo, debido á mi eterna debilidad por la gente y las cosas de teatro, en seguida se me hacen simpáticos y en seguida me interesan; póngome á despotricar con el barítono, corpulento mocetón de botas amarillas, camisa de franela, sombrero de palma, barba de tres días y polvo de penosa caminata, circunstancias las tres que más bien pristanle aspecto de capitán de bandoleros.

Todos van contentísimos, parece que los sueldos han andado al corriente y que el clima no los ha perjudicado. Ahora se lanzan á Nicaragua nada menos.

Es bien curiosa la fisonomía del grupo: el empresario con su poquillo de despotismo; los actores y actrices—según sus jerarquías é historias particulares—mal encarados ó risueños, cuidando las solteras con verdadero cariño de los hijos ajenos; actuando los solteros de filósofos, sólo preocupados de un buen trago, de un mediano cigarro, de una copiosa cena y de que en su cuartito cuelguen una hama-ca para dormir frescos; se encuentran rendidos, magullados, renegando de lo largo del camino y del homicida trote de sus caballerías. El tenor cómico no se despegaba de las nalgas entrabas manos.

Después de acostar á la chiquellería, échanse sobre la cena con tan recio apetito, que en un tris estuvo el que nosotros nos quedáramos ayunos de alimento.

Vicente Acosta, que no les ha despegado la vista, opina, y con razón, que el conjunto es un cuadro arrebatado á páginas del "Gil Blas de Santillana".

Mientras los comediantes hacen la digestión sentados en medio de la calle, entre conversaciones tumultuosas, humo de cigarros y proyectos de enriquecimientos próximos, nosotros despachamos nuestra colación, nos ajustamos las sobrecalzas de cuero, y con la esperanza de ir á dormir en San Mateo, caballeros en sendas mulas de alquiler, nos partimos entre ocho y nueve de la noche del pobre parador espartano.

Es la primera vez de mi vida que en larga extensión cabalgo de noche. Lo en-

cuentro delicioso; como no hay sol, tampoco hay calor, y á la luz de la luna hemos venido recorriendo anchos senderos misteriosos, hemos cruzado dos puentes y tres arroyos, y á la una de la madrugada hemos dado con nuestros cuerpos molidos en uno de los soi-disant hoteles de San Mateo.

San Mateo

Porque ya funcionó el telégrafo, el Gobierno costarricense instruido de nuestro arribo, ha corrido las órdenes necesarias para que se nos trate lo mejor posible. De ahí que saliera á econtrarnos hasta las goteras del pueblo un individuo que nos atajó el paso y que,—cúlpe-se á las sombras del camino,—en un principio diputamos por malhechor. Por suerte nos identificamos á tiempo mutuamente; éramos, nosotros, los altos personajes que él aguardaba, y él resultó ser mi señor jefe político del partido; nos resultó algo más: varón cortés, y, por añadidura, veracruzano de nacimiento, arrojado hasta estas comarcas al cabo de algunos tum-bos y de un puñado de años en Panamá y Venezuela. Condújonos hasta el hotel, participó del tenteempié que en él se nos brindó y se despidió diciéndonos:

—“Hasta luego”...

Preocupado desde mi salida de Guatemala con la ponzoñosa fauna diminuta de los climas intertropicales, vengo con la obsesión de víboras, tarántulas, alacranes y demás bichos que en estos lugares fama es que se producen á millones; por lo cual mi miedosa curiosidad no resistió, antes de que marchara mi compatriota veracruzano, lo interrogué en forma, aunque echando la cosa á la broma:

—¿Y qué tal de víboras, paisano?...

—¿Aquí?... Muchísimas, San Mateo es famoso por ellas, hasta en la calle se las encuentra usted... A eso obedece que no haya yo prohibido el que los cerdos vagabundeen, dicen que se las comen...

Y se fué, tan fresco, cual si me hubiera instruido de que en San Mateo aún se ataba á los perros con chorizos de Extremadura.

Francisco A. Reyes, más que de mi pregunta, rió del efecto que me causaba la respuesta, y aseguróme, con su tantico de filosofía, que el que víboras busca, encuentra víboras.

Vicente Acosta titubeaba entre reírse á su vez de mis pavoras ó quedarse serio; transigió comiéndose su cena y buena parte de la mía, y dando orden de que lo que dejase se lo guarden para cuando despierte mañana...

¡Vaya una noche la que paso! Tumbado en un temblequeante camastro, que soporta colchón relleno de guijarros, según lo que se me hincan sus duros pro-

montorios cada vez que me muevo, no puedo pegar los ojos, á pesar de mi grandísimo cansancio... Parece que todos los animales de San Mateo se propusieron darme en notas altas la bienvenida, y ha sido una de ladrar de perros, cacarear de gallinas, cantar de gallos, mugir de bueyes, y mayar de gatos que ni Noé en su arca los oiría mejores... En la estancia, Reyes, Vicente Acosta y Meneses roncaron desafortadamente... hubo momento en que me creí transportado á planeta diverso.

9 DE ENERO

Cuando conciliaba yo el sueño y apenas divisábase luz palidísima de aurora, por las rendijas del balcón colándose en el cuarto, llamaron á la puerta.

Era el Jefe Político que iba á despertarnos para que siguiéramos nuestro camino hasta San José. Salté de la cama y le franquee la entrada.

—¿Pues, qué hora es?

—Las cinco y media, paisano; por eso cuando me despedí de ustedes, hace poco, les dije: “hasta luego”...

Y dió principio el ajeteo previo á nuestra partida.

Arriba, en donde nosotros hemos pasado la noche, mientras nos preparaban los desayunos, lavámonos sucesivamente en un solo barreño y nos vestimos de prisa, víctimas del característico afán de llegar al término de un largo viaje. Vicente Acosta, reclamó la porción de cena que había mandado guardar la víspera.

Abajo, en el corral y en el patio, pusieron á asear y á enjaezar á las bestias. El oficial ayudante que de orden de las autoridades de Puntarenas viene acompañándonos, no nos permitió que liquidáramos el importe del alojamiento.

Con la fresca, á las seis, salimos de San Mateo en alegre cabalgata; á la delantera Vicente Acosta, caballero en un mulo poco afecto á caminar acompañado, y carente de boca, de obediencia y de pelo en muchas partes de su cuerpo anguloso; por lo que Vicente resuelve dejarlo hacer lo que mejor le plazca.

A cierta distancia se nos separó el Jefe Político, y al cabo de la hora y media de trote, dimos principio, á fuerza de espolazos, á la fatigosa ascensión de la por todos títulos endiantrada y tremenda Cuesta del Aguacate, en la que á cada paso veíamos forzados, so pretexto de que las bestias respiraran, á interrumpir la marcha, para, en realidad, respirar y descansar nosotros. La vegetación exhuberante.

Meneses, á causa de su flacura extrema, de las polainas que le vienen grandes y del cansancio, ha ido estirándose hasta lograr sobrada semejanza con el in-

genioso hidalgo manchego. Iba sin chistar palabra y sólo reanimábase cuando de tiempo en tiempo determinábamos dar un tiento á las cantimploras.

En la cima de la cuesta, en un ventorro, cruzámonos con otra caravana de la que formaba parte chica guapísima que nos alegró la vista y el espíritu con su saludo y su apostura. Reyes, de puro entusiasmo, resolvió comerse en honor de la muchacha una caña de azúcar; Vicente Acosta improvisóle medianejo madrigal; yo, suspiré de admiración y de lo adolorido que me tenía mi mula; Meneses se descubrió con respeto, y el oficial ayudante, á guisa de estímulo, nos aseguró que en la ciudad de San José abundan las jóvenes de ese porte.

A las diez de la mañana y con un sol que no nos merecíamos, concluimos de transponer la cuesta; y por más que arreamos á nuestras cabalgaduras, no pudimos llegar á Atenas hasta cerca del medio día.

Atenas

|||Atenas!!!... Y cuán distante quedas del Pireo...

Es un villorio, aunque infinitamente superior á Esparta, también infinitamente inferior á lo que nombre tan sagrado prometiera.

—¿Por qué habrán padecido en Costa Rica de esta manía de helenismo agudo?...

En el ancho y bien cuidado camino carretero que desde la falda de la cuesta del Aguacate conduce á Atenas, adviértese á cada kilómetro un poste metálico elegante que marca el número de aquéllos; las malas lenguas costarricenses cuentan, sin embargo, que los tales no son muy verídicos y que las leguas que anuncian, en ocasiones son más largas y en ocasiones más cortas que las legítimas; la gente del pueblo llámalas "leguas del cacho" en memoria de un celeberrimo cuerno de buey siempre lleno de whisky, que el ingeniero que trazó la ruta apuraba cuando tenía sed; como su sed, dado su origen británico, era, aunque constante, muy irregular, donde le apretaba requería el cacho y donde vaciaba el cacho clavaba el poste.

Nos recibieron en Atenas con espléndido almuerzo guisado por negro de Jamaica, cordon bleu de son éat y músico de afición, pues al acabar de servirnos la comida hizo gala de sus talentos en el acordeón regalándonos con algunos aires casi intraducibles.

De acuerdo con la universal costumbre en países cálidos, de hacer la siesta, hasta después de ella no se nos presentó el Jefe Político ateniense, llevándonos dos buenas noticias: primera, la muy atenta

respuesta que el Presidente D. Rafael Iglesias se había servido enviarnos por el saludo telegráfico que desde Puntarenas le dirigimos Reyes y yo: segunda, el halagüeño anuncio de que para concluir el viaje, disponíamos de magníficos caballos que el Gobierno puso á nuestra disposición.

Aupándonos mutuamente, nos encaramos en ellos, y salvo una furiosa caída que sufrió el sirviente de Reyes, no registramos más novedad en este viaje equino-rial principiado á las cinco de la tarde y terminado en Alajuela á las nueve de la noche.

Alajuela

En Alajuela aguardábamos un hermano del Presidente de la República, un edecán del mismo y las autoridades locales.

No obstante la fiebre amarilla que está devastando la comarca, afectuosamente obligáronnos á aceptar cena copiosa.

San José

Media hora de camino de hierro y arribamos á San José de Costa Rica. En la estación había diversas personas y aun personalidades, de éstas el Subsecretario de Relaciones Exteriores.

Nos empacaron en un carruaje de la Presidencia, pero yo estaba tan horriblemente cansado, que apenas si me percafé de que la ciudad prometía ser bonita. Todo derrengado, llegué al "Imperial Hotel", de aspecto agradable.

No hubo descanto todavía, sino una copa más de champaña, de bienvenida.

Sonambúlico, dí al fin con mis huesos en cama mullidísima, y en seguida, como un chiquillo, sin pensar, me invadió sueño de plomo.

10 DE ENERO

(San José de Costa Rica). Mi fantástica impresión de anoche, lejos de desvanecerse, se ha acentuado en el curso del día de hoy. La ciudad de San José, dentro de su pequeñez, no sólo es bella sino simpática al extremo. Tiene mucho de las ciudades nacientes de los Estados Unidos, con la circunstancia á su favor de no haber perdido este sello español común á toda nuestra América, sello de que es moda maldecir, pero que á mi me subyuga.

Y al César lo que es del César: ha sido aquí, en San José, donde por primera vez contemplo un tranvía eléctrico.

El Subsecretario de Relaciones Exteriores, encargado ahora del Ministerio, es Justo A. Facio, colombiano de origen, con lo que dicho queda que es literato de buena cepa. Desde luego, hicimos buenas migas que me prometo amasar hasta lo-

gra que formen, si no buen pan, buena levadura siquiera.

Rafael Iglesias

En unión suya fuí á saludar al Presidente de la República, D. Rafael Iglesias, quien, prima facie, paréceme ser el gobernante más inteligente y progresista, hoy por hoy, de toda Centroamérica. Es joven, de buena cuna y buena moral, á lo que parece talentoso é instruído, sin duda ninguna trabajador, y lo que más conviene en un gobernante, ambicioso en el buen sentido de la palabra. Creo no equivocarme al profetizarle que está llamado á representar con brillantez papel principal en Costa Rica, su tierra, y en los demás Estados centroamericanos; mira lejos, nada menos que edificar patrias grandes y fuertes.

Pronto nos hemos entendido y juntos hemos combinado un proyecto de protocolo al que habrán de adherirse los cinco gobiernos de estas regiones, á efecto de deponer antiguas ó modernas rencillas, las rivalidades perennes que entre sí los distancian y los odios que, creérase, fueran inextinguibles.

Como caso que la reconciliación se lleve á cabo, toda ella será bajo la égida de México, yo trabajo con extraordinario ardimento; pues México en este caso, no sólo no amenaza; ninguno de los cinco países, ni por débiles pretende humillarlos, ni lo obliga á plegarse á exigencias ominosas, sino que se concreta á proponerles que honradamente se abracen y se lancen de buena fe, por ahí, en busca de más progreso y de un poquito de dicha.

Esta noche, diversos literatos costarricenses me fueron presentados en el "Club Internacional". Sin contar á Máximo Soto Hall, escritor guatemalteco á quien conocí en su país hace unos doce años y que hoy es aquí Cónsul General de su tierra, llamó particularmente mi atención un joven, Agustín Luján, hijo de viejo mexicano avicinado de muchos años atrás en Costa Rica, en la que alguna vez ha sido Cónsul de México.

12 DE ENERO

Paseos incesantes por este diminuto paraíso centroamericano. ¡Qué aseo y qué coquetería! ¡Cuánto no diera Guatemala—á pesar de su innegable mayor importancia—por lucir la fisonomía que luce esta ciudad sin pretensiones, en la que á gusto respírase cultura, tranquilidad y adelanto!

Lleváronme á la mejor librería "metropolitana", que es también casa editora y que pertenece á la señora viuda de Lines.

Más que por mi carácter de represen-

tante de México, fuí muy bien recibido en ella por mi carácter de literato americano. Mostráronme cuatro ó cinco ejemplares que les quedan del ciento que tenían de mi novela "Suprema Ley". La certidumbre de haber sido leído tan lejos de mi tierruca, hace que me corra yo hasta gastar algunos pesos, comprando revistas y libros españoles.

He observado con extrañeza que aquí los cuarteles se hallan cerrado á piedra y lodo, costando un triunfo y una porción de requisitos la admisión de un extraño dentro de su recinto.

Explicanme la cosa: en Costa Rica, lo mismo que en el resto de Centroamérica, y lo mismo que en México allá por los años de su Alteza Serenísima, los derrocamientos y revoluciones han tenido siempre su cuna en la toma ó pronunciamiento de los cuarteles, de tal suerte, que hasta se ha formado y está admitido el vocablo "cuartelazo", connotativo de revuelta, del eterno "quídate tú para ponerme yo..."

A ese propósito narráronme audaz cuartelazo llevado á cabo por un señor Guardia, jefe popular y amado del ejército, y, lo que no sobra nunca para esa clase de empresas, hombre de pelo en pecho; jugándose la vida, resolvió adueñarse del cuartel más importante, y para lograrlo, ideó la estrategema de penetrar en él oculto dentro de una carreta que llevaba heno para los caballos de los oficiales. Pensado y hecho, así penetró en las barbas de guardias, centinelas y jefes, y una vez adentro, bien armado y mejor resuelto, se dió á reconocer, y aquí mato y allá degüello, aquí prometo y allá amenazo, tomó el cuartel, cundió el movimiento y á las pocas horas mi señor de la Guardia imponía condiciones de vencedor al entonces Presidente de la República.

Esto, que conseja parece, es evangelio; y de esos rasgos, en México nosotros más de uno.

—¡Qué salvajes somos, Señor, qué salvajes! ¡Cómo nos sale á la cara nuestra progenitura goda!

Caminando de mi albergó, ya tarde, en la noche, llamaron mi atención dos hechos:

Primero: los agentes de policía que durante el día sólo ostenta revólver al cinto, me los encontré á esas horas de la noche armados de carabina y á pie firme en medio de las bocacalles.

Segundo: las calles todas, á partir de la media noche en punto, conviértense en otros tantos ríos caudalosos; ignoro qué llaves abrirán, ello es que el agua brota de las rejillas de las esquinas é inunda los arroyos con rumor de avenida.

Segunda entrevista con el Presidente Iglesias.

Decididamente simpatizo con este caballero.

Después de tratar de asuntos oficiales, comuníqueme que ha mandado preparar un paseo en Puerto Limón, de cuyo ferrocarril muéstrase muy ufano, y con justicia, sobre que Costa Rica es hoy la única República centroamericana que disfruta de las ventajas de camino de hierro al Atlántico—así llaman en estos rumbos isimeños al mar Caribe,— y que cuando regresamos ofrecerame una serata d'onore, con estreno de obra nacional, en el soberbio teatro de San José, que aun no visito.

Más tarde, en unión de Reyes, de Vicente Acosta y de Meneses, y piloteado por Máximo Soto Hall, fuimos á conocer el tal teatro, que es simple y sencillamente precioso.

No digo Centroamérica, México se complacería en poseerlo. Gratamente impresionados, lo recorrimos de arriba abajo. Cuéntannos que el costo del teatro excedió de tres millones de pesos. Mármoles, terciopelos, pinturas, su gran escalera, su foyer de magnas dimensiones, todo es modelo de lujo y de buen gusto.

Paréceme rival del de la "Opera" que conocí en Buenos Aires, y capaz de hombrearse con el "Eliseo" de Barcelona.

Es demasiado teatro para esta entera República minúscula; para su pequeñísima capital, es un desmán.

Justo A. Facio

Dije ya que Justo A. Facio es Subsecretario encargado de la cartera de Relaciones Exteriores, y ahora, más en calma, á propósito de la nocturna excursión á que nos ha llevado y del lugar que ocupa en nuestro parnaso americano, quiero hablar de él con un poco de detenimiento.

Repito que por el hecho de ser de Colombia, puede diputársele por hombre de talento; no conozco á ningún colombiano—y he tratado á centenares de ellos—que sea tonto; he tropezado con pícaros, con farsantes y con ignaros (pues no más ni menos que cualquier viñedo hispano, de todo hay en la colombiana viña), pero, tontos, ¡ni para remedio!...

Facio vive en Costa Rica desde hace un puñado de años, aquí ha casado y procreado una familia. A fuerza de méritos—que ni los postergados por causa de su encumbramiento le disputan,—ha venido sube que te sube hasta donde ahora posa; pero no ha podido olvidar-se de su amor incurable á las letras—

que tan desastrosamente pagan á sus enamorados,—y entre convenciones, protocolos é intrigas centroamericanos, cultívalas á hurtadillas. No conforme con tener ya publicado y aplaudido su tomo: "Mis Versos", tomo que se subdivide en "Crespones", "Bronces", "Adelfas", "Medallones", "Tapices", "Sonetos Grises", "Facetas", "Flores de Llanto", y "Torsos", dado á la estampa en esta ciudad de San José de Costa Rica en 1894, todavía rima y todavía fabrica elegante y artística prosa.

Y en cuanto puede, hace lo que yo, huye de su investidura de subsecretario y échase á elaborar, á discutir, á idear planes, de obras venideras. Con mi arribo y el de Vicente Acosta —á quien conoce, trata y tutea de lustros atrás,—después de habernos protocolizado con todas las consideraciones huecas y desaboridas que reclaman nuestros puestos oficiales respectivos, se ha colgado del pescuezo á parte sosa del suyo y ha dejado que el literato aparezca. No se nos separa; comemos juntos, charlamos durante horas y horas esta invariable, universal y deliciosa charla literaria, con más cerveza que compostura, más paradojas que teorías estéticas, más fragmentos de las propias vidas que reminiscencias ó citas de otros hombres de letras, en la que escribimos, mentalmente, nuestras mejores obras que no publicaremos nunca, en la que tuteamos á Goethe y al camarero que nos atiende; cuando en los funerarios mármoles blancos de las mesas de cualquier taberna derramamos ceniza de cigarros y cenizas de nuestras vidas muertas ó de las que jamás habremos de vivir, porque no posible que existan fuera de nuestros cerebros excitados de intelectuales, de independientes y soñadores... en ese sabroso calor, Facio encrésparse, porque le sostengo que su obra es romántica y su persona epicúrea.

Tarde ya, encaminámonos diz que á observar de cerca la vida galante de San José de Costa Rica.

Cruzamos por el Parque Nacional, el que luce en su centro el monumento á los héroes de 1856-57, erigido en memoria de los patriotas que vencieron al filibustero yanqui Walker, monumento expresivo: cuatro figuras que representan á El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala en actitud de ayudar á que Costa Rica haga morder el polvo al invasor. Transpuesto el Parque, llegamos al Lago, diminuto charco artificial en que es moda agruparse por las noches. Nada extraordinario; de empinadísima pendiente, resbalan los botes que desde arriba impulsan, ya tripulados, y que al hendir las ondas, chapotean primero alzando es-

pumas, y después, por el impulso adquirido, agitanse y navegan.

Los tripulantes ríen y gritan, las tripulantes sólo chillan, y los espectadores, aplauden ó silban. La diversión sería infantil si la mayoría de los que navegan no estuviera formada de mozas del partido que van á pescar parroquianos. Nos embarcamos todos y después de la jaccandosa travesía, el único pescado, ó pescador— depende del punto de vista, —es Vicente Acosta, que se hunde, calles adentro, del brazo de una dulcinea sospechosa.

Al propósito, Justo A. Facio nos explica que ese elemento en Costa Rica deja mucho que desear. Y los cuatro que quedamos, sea por falta de disposición, ó por exceso de la hipocresía de que todas los hombres echamos mano cuando delante de prójimos nos hallamos, es el resultado que, consagrando suspiros á los cónyuges ausentes, emprendemos la marcha á nuestros domicilios respectivos, filosofando, por las calles anegadas, sobre el socorrido tema de las mujeres que caen y de los varones que las empujan para que caigan.

15 DE ENERO

Después de haber trabajado toda la mañana en asuntos oficiales, la tarde se ha empleado en recorrer calles, edificios y parques de San José.

A la noche, invitados á comer en la legación de los Estados Unidos de América en Nicaragua, Salvador y Costa Rica, cuya sede principal encuéntrase fijada en esta ciudad y cuya gerencia está á cargo de un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, Mr. W. L. Merry, capitán retirado de la marina mercante de su país.

Eramos pocos en la mesa: el anfitrión, tipo acabado de su raza; el Secretario de la legación, Mr. Rufus A. Lane, que ha visitado el extremo Oriente; Francisco A. Reyes; Vicente Acosta; mi secretario particular Meneses, y yo. La esposa é hijas del señor Merry hállanse ausentes de Costa Rica.

La comida igual á todas las de su especie. El servicio, con mucho color local, redúcese á una agraciada costarricense, descalza, muy limpia, de camisa con escote que ostenta tejidos indios, tan indios como ella. Cháchara más bien que conversación y algo tediosa para mí que hago de intérprete; mucho hablar sobre el canal istmico que tienen que abrir los Estados Unidos (el señor Merry es decidido partidario de la vía de Nicaragua); alabanzas al General Díaz, que yo devuelvo remontándome hasta Whashington nada menos, por no encontrar de pronton qué virtud alabarle al señor Mc.

Kinley; aplausos verbales por el progreso de mi tierra; brindis obligatorios en loor de México y del Salvador, que se retornan con frases de estampilla...

Velada en el parlor, hasta las once.

Wiskey y Apolinaris; más canal interoceánico; se nos enseñan cartas geográficas y nos demuestran A+B, la superioridad indiscutible de Nicaragua con respecto á Panamá.

Apolinaris y Wiskey.

De labios del señor Merry llega á mi noticia que su colega y mi decano en Honduras y Guatemala, mi conocido Mr. Geodfrey Hunt, es un irlandés naturalizado.

Wiskey y Apollinaris.

Retirada.

16 DE ENERO

La prensa costarricense publica á diario algo acerca de Vicente Acosta ó de mí, por nuestra condición de literatos militantes.

Cuando concluyó una visita oficial al manicomio, que no ofrece nada anormal, resolvimos dar un paseo por la Sabana, primorosa llanura á cuyos lindes termina la línea de tranvías eléctricos de San José y donde piensan construir para antes de mucho un hipódromo.

A fin de mejor gozarla, nos sentamos bajo el emparado de una mediocre cantina italiana y desde allí pudimos ver la caída de la tarde en este incomparable horizonte, limitado por volcanes, montañas, colinas de cerros y muchedumbre de árboles erguidos, copudos y verdes.

22 DE ENERO

Comuníqueme Facio que á la vuelta de nuestra proyectada jira á Puerto Limón, el Gobierno ofrecerá un gran banquete, por mí principalmente, y que si ello no ha de figurar en las invitaciones, débese á que yo he venido como encargado de negocios, y Reyes y Merry son Ministros Plenipotenciarios.

—Pero en el brindis-ofertorio,—me agrega,—he de procurar una rectificación...

Gran serenata frente á nuestros balcones, esta noche, dada por la banda militar, en obsequio á Francisco Reyes, Plenipotenciario de El Salvador.

Tuvimos muchas visitas.

Incidente desagradable: por galantería á mí, después de que la banda ejecutó el himno del Salvador, ordenáronle que tocara el mexicano, y la misera se arrancó con The Star Spangled Banner...

Silencio en todos y polar indiferencia en mi individuo.

Facio reprochóme en broma mi insensibilidad hacia la música patria, y

cuando lo saqué de su error y le demostré que lo que me habían servido era música de los Estados Unidos, su furor no reconoció límites, ordenó que el director de la banda me lo encerraran en un calabozo.

El pobre diablo, que lucía aspecto de buen filarmónico, se nos presentó todo confuso, con este argumento concluyente:

—“Cuando me hice cargo de la dirección de la banda, me entregaron por inventario los himnos americanos rotulados unos por uno, y juro á ustedes que hasta el día de hoy los músicos y yo hemos tenido por único y genuino himno mexicano el que acabamos de tocar...”

El argumento poderoso, todavía aumentó la iracundia del buen Facio, que no se apeaba de su macho.

—A este me lo deben encerrar.

Por supuesto que la orden no se llevó a efecto y mi querido director lleno de compunción y de propósitos de enmienda, se retiró dándose por compurgado con el sofoco.

24 DE ENERO

En tren especial, con música y buffet á bordo, diversos miembros del Gobierno costarricense, varios particulares de distinción y nosotros, partimos la mañana de hoy rumbo al Puerto Limón, situado sobre el mar Caribe ó de las Antillas.

Doce horas interesantes de continuo caminar dentro de esta zona tórrida, lujuriente y enfermiza. En las cercanías del puerto, sobre todo, era tal la cantidad de bananeros, que el aroma del plátano embalsamaba los aires, y las hojas de esos árboles, cayendo y mezclándose hasta lo inverosímil, llegaron á engendrame la idea de que me hallaba prisionero en el bosque inmenso, y que ni el tren mismo, á pesar de su furioso empuje, era bastante á abrir brecha en la oliente muralla de oro.

¡Bravo por el excelso Artista!

Durante el largo camino, observé alarmante abundancia de negros pululando á entrambos lados de la vía, en las estaciones, los campos, los caseríos cercanos y distantes, que regocijaban mi vista por estar formados estos últimos de características y rientes habitaciones de madera: su fondo rojo ó café, las persianas claras: los techos, de pizarra y en declive, con chimeneas empenachadas de humo plumizo y ágil; los velvederes y verandahs albeando de limpios, colgados de hamacas, manchados de mecedoras con moñas ó lazos en sus respaldos, las casas de madera que los ingleses y americanos de los Estados Unidos siembran y avientan por dondequiera que

moran y por dondequiera que ambulan, vale decir, por el mundo entero.

Porque todos esos negros eran ingleses, de Jamaica, y americanos, del Sur de los Estados Unidos, de la Louisiana, de la Florida y del Old Kentucky. Y allí estaban, trabajando, viviendo con sus mujeres, con sus chiquillos con sus banjos entre cuyas cuerdas dormita el home que ellos saben evocar en su canto monorrítmico y tristísimo, aunque ningún hogar posean en la tierra nativa; allí estaban su whiskey, su pipa y sus músculos féreos de raza fuerte que no ha de extinguirse nunca, que sobrevivirá quizá más que las oiras, para sojuzgar y absorberlas; allí estaban inundando de ébano las privilegiadas y admirables sabanas tropicales, empapadas de sol, desde el Principio.

Bien que los ví: en la labor, el hombre, descubierto su busto de bronce oxidado, que el sudor estriaba barnizándolo como con pátina especial, y de lejos á lo menos, sin afearlo ni volverlo asqueroso.

Veía yo al hombre en la labor ó mediándose en la hamaca ó leyendo y durmiendo en las pajizas rockingchairs que se movían lenta y perezosamente para compensar de las recientes fatigas al rayo de este sol inhumano de puro humanitario.

A la mujer, veíasela doblada sobre las hortalizas, en los liliputienses sembrados que, sin acusar las amputaciones, deslindaban á las rientes casas de madera, humaneas y fingiendo apartados centinelas que todo lo desafiaban, sin cesar en su vigilancia de cuidar lo que les pertenece.

Los mocosos, desnudos y sin embargo castos por ser negros (diríase que aun necesitarían pelarse la piel para quedar indecentes), divagaban á modo de fieros gorilas, entre juegos y gritos.

Y cuando pasó el tren, altivo y sonoro, los hombres divisábanlo con afectuosa confianza; ellos herraron la vía y armaron los puentes y lucharon con el clima, con el idioma, con las fieras, con las alimañas venenosas, sonreíanle desde su asiento y desde su hamaca; desde los surcos, firmemente enclavados en la tierra en que han ido quedando y multiplicándose...

Las mujeres, pesadamente, se enderezaban en todo su volumen de hembras fecundas, de buenos y mansos animales primitivos; las manos, descansando en sus extensas ancas de paridoras incansables, oscilantes bajos sus corpiños, las disformes ubres hechas para amamantar glotonas bocas de muchachos toscos y sanos, y no para alegrar vistas ni tactos de amantes exquisitos que en el seno de la

mujer blanca y harmónica admiran una de las más grandes bellezas que es dable admirar. También sonreían al tren; ellas parieron á los constructores; ellas viven con los hombres fuertes que las fecundan y que las harán parir por los siglos de los siglos más hombres fuertes, más trabajadores resistentes que hayan de seguir construyendo ferrocarriles, sin curarse de clima, de latitudes, de fiera y de alimañas.

Allí estaba la obra de ellas: los racimos de negros pequeños que reían casi estúpidamente de tanto abrir sus bocazas, que nos saludaban con sombreros rotos y guturales gruñidos ingleses, que se encaramaban en las cercas y trepaban en las plataformas inmóviles, con agilidad de simios incontables y vivaces...

Y el cuadro fué de mayor á menor: azul, el cielo; verde, el campo; de oro, los plataneros; la región, inundada de ébano purificado por lo blanco de tantos ojos que nos miraban, por lo blanco de las dentaduras de tantas getas que se reían...

De pensar que la invasión negra es un serio peligro, apenas si me fijé en el camino, que es bello, sí, pero sin nada extraordinario en el panorama ni en la construcción.

¿Qué camino de hierro no es más ó menos bello en nuestra montuosa América?

Puerto Limón

Arribo á Puerto Limón, al atardecer. ¡Qué cierto es el axioma de que "todo es la mitad de su duplo!" En la pequeñez é insignificancia de casi todos los puerrecillos centroamericanos, Puerto Limón viene á ser un Liverpool formidable; hay en sus muelles dos ó tres vapores de la United Fruit Co., de Nueva Orleans, que cargan ó descargan bananos; hay un buen hotel, un bello parque minúsculo, un grato paseo en la playa y animado comercio.

Persisten el diluvio de negros y las habitaciones de madera.

Revestidas del grotesco estiramiento propio de los habitantes de poblaciones cortas, nos recibieron las autoridades locales dándonos habitaciones no malas y muy bien de comer. Anunciáronnos para mañana en la noche un baile en el salón del mismo hotel.

Salimos á hacer la digestión en las calles de esta Liverpool centroamericana, que por el calor tomaríasela más bien por la prolongación del Congo. Se respira fuego.

No carece de animación la localidad, miranse varios cafés convenientes, sus camareros limpios; en uno de esos cafés apuramos hasta media docena de refrescos cuajados de hielo.

Provisos de abanicos que compramos al pasar por una tienda china, coronamos la noche yendo á asomarnos á un baile público, cuyos concurrentes contemplaban estupefactos tamaña colección de ministros nacionales y extranjeros.

25 DE ENERO

La mañana en los muelles, amenazados de un magnífico almuerzo, que devoramos al mediodía en punto.

Sólo una nota cruel: muchos brindis.

Poco antes de la puesta del sol, en escuadrilla de botes, fuimos un paseo muy agradable por el mar. Llegamos hasta un islote frontero al puerto.

—¿Isla qué...?

Hay en ella pocas habitaciones y muchos cocos.

Después de la comida, al baile, muy concurrido por los de Puerto Limón, y por golpe de colombianos—célibes y casados,—que han emigrado á Costa Rica huyendo de las dulzuras del gobierno católico de su país. La reina del baile es una bogotana bellísima.

Yo bailé tres piezas y subí á mudarme cuatro camisas; aquello no era baile, era una licuefacción. A punto de escurrirme hasta mi cuarto y dormir antes que continuar en la ardorosa fiesta, hube de detenerme sin embargo para cumplir la promesa que tenía yo hecha al transformista de la Presa.

Desde nuestra llegada á San José supimos que había una compañía de verso, y á ella asociado, el joven de la Presa. Este muchacho, quiso la casualidad que habitara en el hotel que me cobijaba, pared de por medio con el saloncito privado donde yo recibía, y por la vecindad, enteréme de dos cosas: de que vivía con su padre—señor maduro, de lengua barba y musulmana actitud,—y de que se gastaba una querida, no fea, con quien regañaba veintiséis horas de las veinticuatro del día. Entre disgusto y altercado, él estudiaba su violín, sin desagradar á los que le quedábamos inmediatos; hacíalo con maestría y con intermitencias, pues á la mejor, estallaba una riña, enmudecía el instrumento y escuchábase la voz del padre del artista—única ocasión en que yo la oía,—intentando el avenimiento, alcanzado casi siempre.

Hasta que por conducto de Meneses no me significó Presa que le urgía hablarme á solas, no habíamos pasado de una inclinación de cabeza al tropezar por escaleras y pasillos.

Y me habló. Déche tremebunda; explotado por la compañía de verso, que tampoco descansa en lecho más mullido; extrema urgencia de abandonar Costa Rica é ir á probar fortuna en mejores paí-

ses, los Estados Unidos, la República Argentina.

—“O su país de usted, (por México), que hace años anhelo conocer...”

Pero no era dueño de un real y deseaba que interponiendo yo mi influjo con este Gobierno (¡hurra!, ¡hurra!), le procurara pasajes libres de la capital á Puerto Limón y de Puerto Limón á Nueva York.

El muchacho no me era antipático, al contrario; y luego, que no puedo, está probado que no puedo negar nada á gente de teatro. De antemano los quiero y de antemano me conformo con la ingratitud que, es regla general, gasten para con los que los sirven. De consiguiente, le ofrecí que me interesaría por su salida.

Y aquella misma noche nos cayeron dos actores de la tal compañía de verso á proponernos cosa idéntica á Reyes y á mí: toda la compañía había menester de pasajes libres!!...

20 DE ENERO

Regreso á San José, donde nos espera para esta noche el banquete con que va á obsequiarme el Presidente Iglesias.

Aunque el viaje es dirigido por el mismísimo Ministro de Fomento, quien ordenó que nuestro tren especial marchara á todo vapor y con vía libre, á pesar de ello sufrimos dos ó tres trastornos en el camino y hemos llegado con notable retraso, recompensado, sin embargo, con las amabilidades y atenciones que no han cesado de prodigársenos.

El banquete fué abajo, en el restaurant del hotel.

De setenta á setenta y cinco comensales; orquesta en el interior del edificio y banda militar en las afueras, menú escogido y caldos auténticos. Declaración de justicia: frente á la cultura de buen tono de la reunión, me afirmé en lo que he venido notando en diversos detalles: que la supremacía de la cultura centroamericana radica en esta diminuta y civilizada República de Costa Rica; pésele á quien le pesare.

27 DE ENERO

Función de gala en el precioso teatro de San José, con estreno de un drama de autor nacional, el joven poeta Pacheco Cooper, y en las localidades del teatro, lo mejor de la sociedad.

El Presidente nos invitó á su palco y llevó su atención al grado de concurrir con su familia.

¡Qué teatro tan bello! ¡Qué ganas de de cargar con él en mis baúles, mañana y remitirlo á México donde buena falta que nos hace para lucirlo! Su foyer y su salón para señoras, nada dejarían que desear en ninguna parte.

El drama de Pacheco Cooper, no de lo mejor, igual á casi todos los intentos de nuestros dramaturgos en Hispanoamérica, ráfagas aquí y allá, esperanzas de que lleguen á serlo por completo, andando el tiempo.

Sin embargo, obsequiámoslo con una corona.

Baile en el club.

El Presidente Iglesias un vrai gentil homme dirigía la fiesta.

Reyes y yo, modestamente, y por no faltar á los hábitos contraídos en El Salvador, salimos del baile cuando ya era amanecido.

28 DE ENERO

Rumbo á Puntarenas, donde habré de embarcarme para Corinto de Nicaragua.

Hasta Alajuela me acompañaron Reyes y Vicente Acosta; allí nos despedimos, despedida sinceramente triste.

El Gobierno Costarricense puso á mi disposición carruaje y caballos. ¿Cómo deseaba yo viajar?...

—De las dos maneras, con tal de que cuanto antes me pusieran á bordo.

No hay idea de la ferocidad con que la fiebre amarilla estaba asolando esas regiones, desde Alajuela hasta Puntarenas; baste saber que á guisa de medida de salud, por orden de las autoridades se mandó incendiar predios enteros con semovientes y todo!! El Presidente Iglesias, al despedirnos ayer, me dijo con cierta gracia:

—“Ay, Gamboa, ¡qué diera yo por poder mandarlo á usted en globo!...”

¡Bah! Si el vómito no me atrapó en El Salvador, ¿por qué había de atraparme aquí?... y si me diera, ¿por qué había de matarme?...

Al soslayo examiné á Meneses y lo hallé dormitando plácida y tranquilamente, con la cabeza apoyada en el testero del carruaje que nos sacudía.

Procuré yo hacer oír tanto, mas los tumbos impidieronmelo.

El camino era tan hermoso y se hallaba tan inundado de sol, que preferí dar suelta á “la loca de la casa” y echarme á filosofar á mis anchas. El representante del Gobierno de Costa Rica que había de acompañarme hasta á bordo, era D. Enrique Montealegre, chico de humor excelente y alto empleado en el ramo de Fomento, que prefirió recorrer todo el trayecto, caballero en una mula episcopal por lo magnífica. Iba yo, pues, completamente á solas con mis recuerdos y con mis pensamientos.

—¡Arrea, cochero!...

Desde luego, por ser lo más inmediato, llamó mi atención un prosaismo: la cuenta enorme que me dispararon en el hotel Imperial, ¡caracoles!, mil y pico

de pesos plata por una veintena de días, se me antoja excesivo! Y el antojo sube de punto por la comparación con lo que acaba de acaecerme á este respecto en El Salvador, donde me decretaron huésped del Estado, y, literalmente, no consintieron que yo pagara ni los cigarillos... Después, pensé en mi próximo arribo á Nicaragua, país del que me han dicho sólo horrores desde Guatemala; y pensé también en lo probable que sería un fracaso para la misión pacificadora é internacional que me ha lanzado por estos andurriales.

Añada usted que es Nicaragua un país excesivamente ardiente, colmado de animales ponzoñosos, toda una fauna fantástica, pequeña, invisible, traicionera y homicida.

¡Qué climas, santo cielo, qué climas y qué tierras!

Almuerzo en Atenas.

Dormimos en mi ya conocida posada de San Mateo.

29 DE ENERO

Madrugada y caminata á caballos, hasta Esparta; de allí á Puntarenas, en ferrocarril.

Puntarenas. Adiós á Costa Rica; salgo de ella á bordo del vapor americano que lleva su nombre.

N I C A R A G U A

1º DE FEBRERO

Nicaragua.

Apenas echamos anclas hoy, en cuanto hubo claridad suficiente en este abrigado y primoroso puerto de Corinto, cuando notamos desde á bordo inusitado movimiento en tierra y en el buquecito de guerra Momotombo, que nos quedaba muy inmediato.

—It is for you, Mister Minister—me declaró el rubicundo y jovial capitán del Costa Rica,—they were anxious to have you...

Conforme aclaró el día, nos percatamos de que en tierra y en el Momotombo había mucho maniobrar de soldados, mucho redoble de tambores y toque de cornetas. Vimos que izaban el pabellón nicaragüense; llegábanos fragmentos de música militar, el himno nacional, sin duda... Y con anteojos, descubrimos en la playa banderas, flámulas y gallardetes que ondeaban en los aires sobre más-tilen engalanados de flores...

A las seis y media, una falúa empaquetada atracó á la escala del Costa Rica; el capitán y la oficialidad bajaron al portalón á recibir á los recién venidos que eran, el comandante del Puerto, el capi-

tán del Momotombo y algunos oficiales. Todos iban en pos de mí; presentaciones, saludos, conatos de discursos, general shake-hands.

—Cuando el señor Ministro lo disponga...

—A las órdenes de ustedes, señores...

Transbordo á la falúa. Los bogas empuñaron los remos y comenzaron a remar á "la generala", pausadamente; el comandante se quitó su sombrero, hizo con él una señal en el vacío, y del Momotombo dispararon una salva en mi honor de veintiún cañonazos, que retumbaron formidablemente dentro de la abrigada y plácida bahía. Me descubrí y puse en pie para corresponder á la cortesía, sólo lamentando que el número de disparos anduviera equivocado, pues si tantos me correspondieran, ya sería yo embajador ó nuncio.

Saltamos á tierra. Toques marciales, presentación de armas, lento caminar hasta el hotel, siempre descubiertos, no obstante que mi calva protestaba contra el golpe de fuego que la abrasaba.

En el hotel, más presentaciones, campanilleo telefónico avisando á Managua mi desembarco sin novedad y mi propósito de pernoctar en la capital hoy mismo; aparecimiento de una bandeja con innúmeras copas de coñac y de champagne. Eran las ocho de la mañana.

—El tren está listo, señor Ministro...

—Pues al tren, mi estimado amigo!...

Arrancó el tren y para amenizar el trayecto volvió á aparecer la bandeja con copas.

El camino, una delicia, cuajado de flores, de árboles, de lianas estrangulando á éstos ó pendientes de sus ramas á modo de víboras adormecidas—un camino análogo á todos los de la hechicera tierra centroamericana.

Chinandega

Chinandega. Detúvose el tren y en el acto fué invadido por una porción de caballeros; las autoridades, el Ayuntamiento en masa, muchos particulares de suposición.

Forzoso apeadero, el Ayuntamiento teníanos preparado un refresco.

Felicitome de ello, casi iba sofocado, ¡mire usted que este es calor! Y bajamos al andén, y el aspecto de la "histórica" ciudad de Chinandega (¿por qué histórica?...) era de fiesta. Habían levantado arcos, enflorado los suelos, colocado flámulas á entrambos lados del camino. Millares de cohetes saludaban mi presencia; hubo vivas á México, apiñamiento de multitud y la banda tocó el himno de Nicaragua.

—¡Al Cabildo! ¡Al Cabildo!...

Al Cabildo—distante algunas cuadras que á mí figuráronseme interminables,—enderezamos nuestros pasos en lenta y ruidosa procesión, sobre arenal candente, bajo los rayos de un sol capaz de derretir todos los hielos del Artico y del Antártico.

El Cabildo, más enflorado aún que las calles, con sombra bienhechora, que casi podía paladearse; sin metáfora, era una sombra que sabía á recompensa y premio.

El Cabildo, no de lo mejor, que como edificio apenas si lo es, y como mobiliario, pues, no tenía mobiliario.

Discursos en toda forma y galantísimos hacia México y su Gobierno.

Entre dos arengas, quise ilustrar mi ignorancia y que me dijeran por qué Chinandega es histórica.

—Porque aquí se firmó uno de tantos pactos de concordia centroamericana, roto al poco tiempo; y aquí celebró sus sesiones un congreso importante.

Al cabo de prolongada estancia y con mayor número de personas dentro del tren—la banda inclusive—continuamos viaje hasta León, donde nos esperaba el almuerzo.

León

León, la metrópolis nicaragüense.

También en procesión, pero esta vez por calles de veras y dentro de una ciudad en forma, caminamos bastante. Mostráronme los principales edificios, descolando la Iglesia Catedral. Narráronme la vieja historia de odio que de tiempo inmemorial convirtió en rivales á León y Granada, porque ambas disputábanse la preferencia de ser la capital de la República. De esa disputa nació Managua, capital actual, que, anuncianme, apenas si puede denominarse ciudad, pues lleva muy pocos años de inaugurada y aunque se halla en plena formación, ella es más lenta de lo que quisieran los buenos deseos de sus hijos.

Después de copioso almuerzo, que nos cayó, dígoles por mí, como maná preciadísimo, embarqué de nuevo con mi gran comitiva, que tenía resuelto acompañarme hasta las orillas del lago.

De improviso, el lago de Managua, con el Momotombo enhiesio y humeante en su centro. El Momotombo es un volcán que Víctor Hugo hizo célebre citándolo en sus 'Cuatro Vientos del Espíritu'; mis acompañantes apresuráronse á mencionarme el hecho.

—¡Ahí tiene usted á nuestro Momotombo, el cantado por Víctor Hugo!...

¡Qué bellos son, en efecto, el volcán y el lago, así no los hubiese cantado Víc-

tor Hugo ni nadie! Son por sí mismos un canto.

Mientras más avanzábamos, más desnudábase el lago y más me enamoraba. Para no perder detalle, no me aparté del ventanillo y más me recreé á cada paso, á cada línea. Esa contemplación me indemnizó de molestias y calores, y cual siempre acontéceme con espectáculos de esa talla, mi admiración, para no menoscabarse, cerró mis labios.

Hasta el vaporcito no me dejaron mis acompañantes de la larga caminata; á bordo, descorchamos juntos las primeras cervezas heladas.

El vapor tocó su campana, mis acompañantes despidiéronse, luego se agruparon en el muelle, descubiertos, agitando sus pañuelos afectuosamente. Yo en la borda, asistido de Meneses, hice otro tanto, y el vaporcito, después de desamarrado, viró todo tembloroso, cual si el volcán lo asustara, se salpicó de espuma, y á lo último, jadeante y trémulo, echó á caminar, con sus émbolos funcionando de prisa, como personas ocupadas que no quieren desperdiciar las horas.

Mansamente, nos separamos del muelle cuando principiaba á atardecer.

Meneses y yo, hablándonos apenas, realizamos la poética travesía sentados lado á lado en sendos bancos de lona, y de cara al volcán, cuya mole enorme destacábase y se divisaba desde cualquier punto de la embarcación.

Sin embargo, al doblar un cabo y descubrirse Managua, materialmente recostada sobre las ondas, el Momotombo disminuyó, hasta que en una curva que pasó inadvertida—así era de suave,—perdí de vista al monstruo, que se hundió mágicamente, como si se suicidara en el lago.

Ya era noche cerrada; el vaporcito multiplicaba jadeos y temblores, y comenzó á saltar al punto de derribar mareados á casi todos los pasajeros.

Allá, en la cinta enana, semicircular y negra de la costa, principiaban á brillar luces aisladas, que se apagaban y encendían ni más ni menos que luciérnagas en los bosques.

Y del fondo del lago, de las muchas montañas que lo circundan, ó Dios sepa de dónde, soplabá un viento huracanado.

Aminoró el vapor sus andares y la tripulación dió comienzo á las maniobras que preceden á los anclajes; voces de mando, arriar de banderas, gruñir de cadenas...

La costa se precisó; no era una línea fantástica y lejana ahora adivinábanse árboles y edificios; las luces, fijas ya, diríase que avanzaban rodeadas de prole numerosa que se desparramaba por calles, encrucijadas y vericuetos, manteniendo

entre sí guiños de inteligencia correspondidos...

Como potro argentino corcoveó el vapor, tanto, que nos obligó á asirnos de su borda, á dos manos. No lo calmaba la vecindad de la tierra, ni que le hubieran acertado el paso, al contrario, saltaba y saltaba hasta que no lo sujetaron al muelle con gruesos cables halados por hombres de rostro invisible en las sombras del puerto pequeñísimo.

Habíamos llegado y eran las ocho de la noche.

Managua

A saludarme en nombre del Gobierno, acercóse un caballero vestido de etiqueta y con acento marcadamente cubano.

—Hoy estamos de baile—díjome después de identificarse como Subsecretario de Relaciones y para justificar el traje de etiqueta,—y si el señor Ministro no se sintiera muy fatigado, también tenía el encargo de invitarlo, pues es baile en honor del señor Presidente...

¡Ni en honor del Pontífice bailo yo esta noche! Agradecí la invitación pero preferí la hostería, á la que nos dirigimos dentro de abierto landeau presidencial. Y durante el trayecto, conforme nos internábamos en Managua, cómo se me encogió el corazón, Señor Dios!

Esto no merece el dictado de ciudad ¡que no! Imaginen ustedes unos arenales en los que se hunden las ruedas y los caballos del coche; las aceras, tan altas, que en las esquinas—única parte accesible,—súbese á ellas por medio de tres ó cuatro gradas y en algunas por medio de cinco ó seis; los edificios, bajos, en lo general de madera, y muchos de cascote; los habitantes, tomando el fresco (con pergeños ligeros), en mecedoras de bejuco instaladas sobre la angosta acera, á la que llenan en su totalidad; á cada paso, chiquillos ventrudos y en cueros, sin más vestimenta que el impudor de sus pocos años; y gente adulta, varones y hembras de tez oscura; algunos ancianos completamente negros; porción de gente con la progenie india muy marcada; un calor sofocante; el conjunto mezquinamente iluminado y dominándolo todo, rumor inmenso y sui géneris de miles y miles de insectos invisibles, entre los que se destaca el grillo con su característico silbido trémulo.

Cuando penetré en el hotel y me lo encontré más que aceptable, no creí en mi dicha.

—Es muy caro—advirtiéronme al entrar,—Ajustese usted antes...

¡Qué ajuste ni qué carestía! Con que me ofrezcan cuarto medianamente cómodo, me consideraré por bienaventurado y

no regatearé precios, á pesar de que por donde quiera se lee:

"Precios: cuartos de éste ó de aquél modo, tanto más cuanto, para los señores diplomáticos, precios convencionales.

¡Vivan las convenciones!

Ha habido cuartos para Meneses, para mí y para mi ayuda de cámara, mi excelente y fiel Joaquín que me acompaña por todas partes.

¡Ea! Á lavarse y mudarse para comer, que hay hambre y la cocina no huele mal... Interrumpe mi ablución vocerío inusitado, y Joaquín quédase con una camisa limpia suspendida de los brazos almidonados.

—¿Qué sucederá fuera, hombre? —le pregunté.

Oímos gritos, carreras, palos

—¡Dale duro! ¡sácale la vuelta!... ¡ahí va!... ¡ahí va!... ¡qué se escapa!...

—¿Será algún ratero?...

—Algún criminal prófugo?...

—Anda á averiguar, Joaquín!

Y entreabriendo las persianas giratorias de la puerta de mi cuarto, me asomé yo mismo.

—¿Qué pasa?...

—No es nada, señor—informéronme los criados sonrientes y armados de varas flexibles,— es una animala que acabamos de matar...

—¿Una animala?...

Y ante su cadáver aprendí que aquí a las víboras se les dice animalas, y que los fámulos habían dado muerte á una de media vara, de especie venenosísima, que, por la semejanza con esta tela, les dicen terciopelos!

Como aperitivo, paréceme que éste no ha sido malejo, digo yo...

Pasé el resto de la noche en zozobra continua; comí mal; obligué á Meneses á que durmiera en mi propio cuartito, echado sobre un catre de tijera, y á que me narrara toda su historia, desde su infancia...

No apagué la vela, ni dormí tampoco. La entera noche no cesó el rumor caótico de los insectos invisibles. Sólo al clarear el nuevo día me adormecí.

2 DE FEBRERO

Previo minuciosa busca llevada á cabo por Joaquín, de rincones, piso, ropa y arteza, trasládome á mi baño matinal, cuya estancia me resultó con techo de paja... De regreso á mi habitación, nuevo registro que habrá de hacerse á diario, en la ropa, el calzado, etc., irátase de evitar con él la sorpresa de algún bicho. Vestido ya, me refugié en el jardín del hotel y trabé relaciones con el dueño y su familia, cuya nacionalidad me explica por qué el albergo es tan aceptable. Su propietario, un señor Lupone, fué varios años maitre d'hotel en buenos

restaurantes de París y Londres; en este último lugar casó con londinense, y la pareja se vino á América en busca de una fortuna que ya encontraron en Nicaragua. Ella entiéndese con cocina y arreglo de cuartos; él con restaurant, cantina, servidores y público, y ambos van viento en popa, á cada año mejor que los anteriores á cada lustro recetándose unas vacaciones en Europa. Amén del hotel, son dueños de una quinta, y de una finca, y de terrenos de cultivo; pero la más bella de sus propiedades, la que me cautiva y reliene horas y horas sin salir del hotel, es su hijita, un ángel rubio de seis á siete años, á punto de partirse para un colegio de Inglaterra, y con la que en poquísimo tiempo he alcanzado intimidad positiva. Los niños son así, necesitan de muy poco tiempo para cerciorarse de que un extraño los ama de verdad.

A la hora del almuerzo, se llegó á mí un señor obeso y anciano, muy afable, muy risueño y de fácil decir:

—Soy el Ministro de Relaciones Exteriores, vecino de usted, pues habito en este mismo hotel; mi casa se halla en la ciudad de León... ¿Cómo se encuentra usted?... estábamos esperándolo con ansia... aquí se quiere mucho á México... y á sus hombres...

Con el señor Ministro me encaminé al Palacio para celebrar mi primera entrevista con el General D. José Santos Zelaya, Presidente de esta feraz Nicaragua.

El aspecto del tal Palacio, por fuera y por dentro es, al igual de todo lo de aquí, raro y fantástico.

Hiciéronme esperar en el Ministerio de Relaciones mientras el Sr. *** iba á anunciarme al General Zelaya. A poco, tornó diciéndome que el Presidente me aguardaba.

Volvimos á bajar, doblamos á la derecha; muchos soldados descalzos y sobre las armas, en todos los ángulos, en todos los pasillos, en todos los rincones, ni más ni menos que en Guatemala, hasta con el mismo uniforme: pie en el suelo y poco aseo en el individuo, que va cubierto con pergeño paupérrimo de mania estampada. Al extremo de un corredor del piso bajo, gran biombo de papel, y á la derecha, en el vasto patio, pulular de tropa y una pieza de artillería moderna abocada á la entrada del Palacio.

Tal detalle sí que me alarmó. ¿Si estallara en la ciudad el más pequeño é insignificante alboroto, dispararían estos angelitos sin otra averiguación?...

Unos oficiales bien uniformados (continúa también en esto la semejanza con Guatemala), interrumpieron una partida de ajedrez, se cuadraron polílica-

mente y después de anunciarnos, nos introdujeron en el sancía sanciorum.

Hizo el señor *** las presentaciones de estilo y yo tomé asiento á la derecha del Presidente.

Amplia la estancia, ventilada y abundante de luz. En su testero principal, gran mesa colmada de libros, papeles, etc. Dando frente á la entrada, el General Zelaya, y dando el frente á Zelaya, su secretario particular, quien en cuanto me hube instalado, previa reverencia muda se ausentó acompañado del señor ***

José Santos Zelaya

Instantes de observación mutua.

Es José Santos Zelaya hombre corpulento y de varonil aspecto; bien despachado de mostacho, blanca la tez, claros los ojos, el bigote tirando á rubio, lo mismo que el cabello, que comienza á escasear. Revela su edad, cuarenta y cuatro á cuarenta y seis años, y si no fuera por lo vasto de sus manos y lo excesivamente dura que resulta su mirada en ocasiones, predispondría del todo en su favor desde el primer momento. Al hablar es frío y alardea de hablar muy despacio, como si mucho madurara lo que había de decir.

Al sentarme noté, colgado á la izquierda de su mesa, dentro de lujoso marco, un retrato, no de lo peor, del General D. Porfirio Díaz. (Con posterioridad me informaron de que Zelaya es no sólo entusiasta admirador del General Díaz, sino que asimismo se llama imitador suyo).

Rompimos los fuegos de nuestras amistades con una escaramuza bastante viva, en razón á que él insistía en imputarme particular interés por defender la causa de Colombia, con la que Nicaragua se halla en los peores términos. Rectificados los conceptos, entramos en una cordialidad más que aparente y la breve conferencia discurrió tranquila hasta el momento en que nos separamos cual dos viejos amigos.

Regresé sólo al Ministerio de Relaciones Exteriores y mi D. *** —de quien ya sé, y su aspecto me lo ha confirmado, que es varón de larguísimo pesquis,— me brindó con una botella de champaña y con el siguiente discursillo:

—“Mi querido amigo: quiero que juntos nos bebamos esta botella y que charlando arreglemos lo que tengamos por arreglar (aquí se rió). Yo no soy diplomático, ni casi abogado; soy agricultor, un bienintencionado que llama pan al pan (nueva risa), y que cree que nuestras diferencias centroamericanas, nuestros grandes asuntos (fingida ironía), así han de ser tratados: conversaditos, sin

notas ni tiquis miquis impropios de pueblos jóvenes y republicanos (¿?) que, como Nicaragua, sólo ansían que los dejen trabajar en paz... Con que, á la salud de usted!... por México! Y demos principio á nuestras negociaciones (risa final más franca y de duración mayor)"...

¿No es cierto que lo anterior parece copiado de alguna de las mejores páginas del maestro Galdós?...

Después de comer—¿á dónde ir en esta ciudad futura?—nos instalamos Meneses y yo en un banco del jardín exterior del hotel, taciturnos y de pocas palabras.

Por suerte, nos cayó el joven chileno D. Samuel Mc Gill, oficial en las reservas de su país y empleado aquí como instructor del ejército nicaragüense, que me fué presentado la mañana de hoy. Es muchacho educado y de maneras, con quien puede conversarse, siempre que pase uno por alto su ingrata manía—la de que los chilenos adolecen,—de colocar á todo propósito y á todo momento á Chile en los mismísimos cuernos de la luna.

Noche inocente, charla casi infantil, proyectos del joven oficial, narraciones recíprocas de cómo es Chile y cómo es México, conversación desmayada, que prolongamos, sin embargo, para retardar el momento de ir á encerrarnos en los cuartos.

3 DE FEBRERO

Por ciertas circunstancias que totalmente pertenecen á la parte oficial de mi viaje y que no me es dable, en consecuencia, estampar en estas páginas íntimas y más ó menos literarias, sospecho que fracasaré en mi misión pacificatriz.

Mientras más días gasto en Nicaragua, más ganas dánme de salir de ella, á pesar de que abunda en riquezas y encantos naturales de todo género; á pesar de que aquí no existe, ni epidémicamente, el tremendo azote de la fiebre amarilla... no sé qué será, pero, á mí á lo menos, me despierta ideas extravagantes; hay momentos en que hasta creo no hallarme en América, sino en Africa; el sol, el suelo, la fauna, la flora, la etnografía, los usos, las costumbres, todo me hace pensar más bien en regiones remotísimas que recorriera yo á modo de un Livingstone ó de un Stanley, y no en beneficio de ciencia alguna, sino ad majorem pax centro-americana gloriam.

¡Quiera mi Gobierno tomármelo en cuenta!

Que, regularmente, no querrá.

4 DE FEBRERO

En vista de mis murrias diurnas y

de que por la noches poco duermo pensando en alacranes y demás bichos inofensivos, doy en la práctica de dormir siestas interminables.

Por más que hago, no encuentro respuesta á la siguiente pregunta que me obsesiona:

—Dado este clima, dadas las casas con sus techos de paja, los hombres de pensamiento, que no escasean en Nicaragua, ¿cómo harán para trabajar?

—Rubén Darío, hijo de estas comarcas, ¿cómo inauguraría aquí sus iniciales primores literarios?...

Arcano impenetrable.

5 DE FEBRERO

Ya no puedo dudar. Gracias á una doblez manifiesta que hoy compruebo patentemente por un telegrama que se me mostró, mi misión ha hecho fiasco y México puede—y sobre todo, debe, en mi concepto,—renunciar á la pacificación de estos pueblos hermanos, que se aman entre sí con el mismo intenso afecto que Caín nutría por Abel.

Lo malo es que no pueda marcharme enseguida, pues no sería urbano el que dejara de aceptar, y agradecer cual de veras agradezco, los festejos que este Gobierno prepara en obsequio mío.

Después de la comida de esta noche, en que tuvimos como invitado á Mc Gill, resolvimos dar un paseo á orillas del lago y sentarnos á disfrutar inocentemente de la luna —que está en creciente— al borde del muelle de madera.

Y nos lanzamos Mc. Gill, Meneses y yo por las calles sombrías; cruzamos el Parque; costeamos el cuartel de Artillería, bordeamos el paradero del camino de hierro hasta no dar con las orillas del lago, todo escamado de plata, grande, tranquilo, ideal...

Presas de honda admiración, á cada paso deteníamosnos, y con el aspecto más pacífico del mundo, transpusimos el largo muelle á cuyo extremo veíase atracado uno de los vaporcitos que hacen la carrera entre Managua y Momotombo. Charlábamos y reíamos quitados de la pena, nuestro avance era lento, al compás de la charla y de la risa... A medio muelle hallase una verja, mas como la encontramos abierta, sin el menor escrúpulo la franqueamos. Allí tuvimos que hablar á gritos, porque el viento ensordecedor que se levanta del lago noche á noche y que apenas riza su argentina superficie, se llevaba nuestras palabras cuando salían apenas de los labios...

Intempestivamente escuchamos un destemplado y amenazador: "¿quién vive?" que nos paralizó y detuvo, porque nos llegó acompañado del ruido característico que hace un rifle cuando lo mon-

tan. No era broma, nó; hacia la derecha, dentro de semioculto garitón, un bárbaro soldado nos apuntaba con su rémington tendido...

—¡Nicaragua!—contestamos á una voz, yo ordené á mis acompañantes la inmovilidad más absoluta, á fin de que el militar tuviera tiempo de cerciorarse de que éramos tres individuos inermes é inofensivos. Debió de convencerse, supuesto que levantó su fusil. Nosotros entonces, con fingida parsimonia, nos alejamos del muelle maldiciendo por lo bajo del cruel interruptor de nuestra deliciosa pasegiata.

Ardo en deseos de narrar mañana la ocurrencia al Ministro de Relaciones, para ver cómo me la explica y en qué términos la excusa.

6 DE FEBRERO

¡Sin comentarios!

No queriendo dar al incidente de anoche la gravedad que en sí pudiera encerrar, prefería contárselo á D. ***, echándolo á la broma en vez de denunciarlo por escrito:

—Por poco no volvemos á vernos D. ***. Anoche...

El señor ***, después de escuchar benévolo mi relato completo del sucedido, por toda explicación me espetó con la mayor tranquilidad:

—“Sí, aquí hay que andarse con mucho tiento, nuestros soldados son muy disciplinados, y como últimamente hemos tenido conatos de rebeldías, y á nadie que no sea extranjero se le ocurre ir á esas horas á los muelles, hay dada orden de que á ninguno se lo consienta aventurarse hasta cerca de los vapores atracados, porque ya en una ocasión los enemigos del Gobierno, así se apoderaron de uno de sus buques...”

Por un buen rato perdí el habla.

Después de la licencia que por el cable me ha concedido mi Gobierno para aceptar el nombramiento hecho en mi persona de árbitro inapelable y tercero en discordia que zanjará la añeja cuestión de límites entre Honduras y Nicaragua, solemnemente me confirman hoy que he sido designado por ambos Estados.

—Usted, y sólo usted—me dice el Ministro,—ha de ser el árbitro, y si México nos enviara otro representante, modificaríamos esta resolución unánimemente.

Distinción tan honrosa, compénsame del mal rato de anoche.

7 DE FEBRERO

Los Pueblos

En tren expreso, acompañado de dos Ministros del Gabinete, de un Subsecretario, de diversos empleados de categoría y

de particulares y periodistas, emprendimos viaje hasta Jinotepe y Diriamba, que aquí por antonomasia llaman “Los Pueblos””, y que se encuentran ubicados en el Departamento de Carazo.

Muy ufanos manifiéstanse los nicaragüenses de este camino de hierro, y á fe que razón les sobre, pues aparte de que en sí es digno de alabanza por las dificultades técnicas vencidas para su atrevida construcción, ésta fué llevada á término con capital nicaragüense y toda la línea, su material rodante, sus empleados, etc., pertenecen al Gobierno; al igual que casi todas las vías de comunicación que hay en el país.

El panorama que se contempla es sencillamente prodigioso. ¡Qué naturaleza, qué perspectiva, qué lagos, qué montañas y qué precipicios!

Masaya

En Masaya hicimos alto un buen rato, y en San Marcos cruzó el tren por entre palmas y banderolas con que los vecinos contribuyeron al mayor esplendor del paseo.

En Jinotepe la concurrencia dividióse en dos grupos para el almuerzo; unos fuéronse al hotel y otros nos dirigimos á la casa del señor D. ***, padre del actual Ministro de Relaciones Exteriores, que de la excursión formaba parte, lo mismo que su atrayente y nada vulgar esposa.

Jinotepe

Llevé en Jinotepe sorpresa gratísima.

El señor D. ***, nuestro anfitrión, es un anciano que pasa sobradamente de los ochenta años, y á pesar de ello, recto como un huso, muy aseado en su modesto pergeño, coronado de canas abundantes—porque no luce ni asomos de calvicie,—con su dentadura completa y sus facultades expeditas; es, además, en extremos simpático, muy sobrio para reírse y de reposado decir; hay algo de patriarcal en sus ademanes, en su figura venerable y en su conversación amenísima, siempre vuelta al pasado y ligeramente despectiva para los hombres y cosas de hogaño. Le hallé muy enterado de nuestra guerra contra los franceses, esa página de gloria patria que tanto nos ha dado á conocer, en nuestro Continente sobre todo.

Fué la sorpresa, que antes de instalarnos á la mesa, de entre la chiquillería que por la sala correteaba y de tiempo en tiempo iba á amontonarse sobre el abuelo, (como pájaros en árbol añoso y corpulento), llamó mi atención un pequeño diablillo de cinco años á más tirar, quien, amén de dos ojazos expresivos y negros, lucía en su inquieta cabe-

cita, un bosque de rizos luengos y sedehños, siendo de advertir en alabanza suya, que más llamó mi atención porque no he visto en Nicaragua muchas criaturas agraciadas.

El Ministro de Relaciones, que notó la delectación con que miraba yo al interesante rapaz, lo cogió de una mano y me lo acercó:

—Mi pequeño hermano Fernando, —exclamó á guisa de presentación y entre bromas y veras.

¡Su hermano, si podría ser su nieto!...

Ante mi incredulidad manifiesta, insistió, apelando al testimonio afirmativo de los circunstantes.

—Sí, sí, puede creerlo, su hermano es!

El anciano D. Agustín, intervino:

—¿Acaso el señor Ministro duda que este niño sea hijo mío?...

—No dudaba yo, señor, me sorprendía...

—Pues voy á acabar de sorprenderlo...

—¡Fulana! (se me escapa el nombre de su esposa).

Y á nuestro corro llegóse una joven que apenas si representaba veinte ó veintidós años, muy apenada, roja toda, sin poder disimular su avanzadísimo embarazo.

—También "eso" es mío, señor Ministro—me declaró el anciano D. Agustín, apuntando al vientre fecundado, con ademán tan casto, con entereza tan honesta y un orgullo tan sano y legítimo, que me cautivó, me hizo estudiarlo con cariño y recordar leídos paisajes bíblicos.

Me enamoró ese viejo erguido y solemne, publicando, honrado y casto, con su temblorosa diestra extendida, sin falsos pudores por la santa maravillosa obra de la generación, que era él, el casi nonagenario, quien había engendrado una nueva vida en el vientre juvenil que por voluntad propia le pertenecía, sin curarse de si moriría hoy ó mañana, ¿qué le importa?...

Tranquilamente cerrará para siempre sus ojos, rugosos ya, con la seguridad del que tras de larga vigilia, pero con la conciencia de la labor y el deber cumplidos, se duerme en la muerte.

¡Hermoso ejemplo! Más que nunca me afirmé en lo que de tiempo atrás he pensado: que las canas son armas de doble filo; cuando bien llevadas, respetabilísimas; cuando llevadas mal, que por desgracia es la regla, hieren á quien las porta y lo convierten en objeto de ludibrio y mofa.

Hasta para ser viejo, necesítase saber serlo.

Después de comer, volvimos á nuestro tren.

Ibamos ahora hasta Diriamba, término actual de la pintoresca vía férrea.

El camino continuó bellísimo, un verdadero festín para los ojos.

Al regreso, detuvieron el tren frente á importante finca de campo, "Santa Cecilia", cuyo dueño nos dispensó, asistido de su familia, improvisada y hospitalaria acogida.

Hubo desde piezas en el piano y refrescos sin alcohol, hasta exhibición minuciosa de la propiedad y la maquinaria que en el ingenio se quejaba.

3 DE FEBRERO

¡Ináudito! ¡Hinverosímil! ¡Hhhenorme!

Cuando me encaminaba esta tarde al Palacio del Gobierno, sin reparar en que la acera sombreada era la del costado del mismo Palacio y se encontraba desierta en toda su longitud, trepé en ella para ahorrarme las caricias de este sol de plomo derretido.

A su mitad, sentado sobre un cajón de vino y con el rémington sin bayoneta entre sus piernas dobladas, en la actitud más inofensiva y menos marcial que imaginarse pueda, reflexionaba ó dormitaba un soldado de infantería. No llamó mi atención, lo creí "clase", cabo ó sargento á la sombra y á unos cuantos pasos del destacamento en forma, que con fusiles en pabellones, guardaba en plena calle uno de los ángulos de la presidencial morada.

Continué caminando de toda chistera y redingota, y al pasar junto á él, levantó pesadamente su fisonomía bronceada é inexpressiva y me preguntó sin empleo de tratamientos:

—¿Qué, usted es militar?...

Como la leyenda quiere, según nuestra antigua mala fama que por el orbe vuela, que á todos los mexicanos se nos suponga más ó menos guerrero, á la leyenda atribuí la original pregunta del infante. Sin duda—díjeme á mí mismo,—este pobre ha oído hablar de que llegó á su tierra un ministro de México, mi chistera y mi levita, no frecuentemente usados en estas latitudes, le han indicado que yo he de ser ese "ministro", y no cabiendo en su caleire que pueda existir ministro mexicano que no luzca (peor ó mejor ganadas), divisas y charreteras, por falta de educación y exceso de curiosidad, me ha interrogado. Y hasta con cierta benevolencia, acortando mi andar, le contesté:

—No, no soy soldado, soy civil...

¡Jamás lo hubiese hecho! En el propio instante, transmutado por la ira en un Bernardo del Carpio cimarrón, del des-

tacamento apostado en la esquina des-
prendióse un capitán, con la espada se-
midesnuda, el kepís en el cogote, rojo
de berrinche su vulgar semblante:

—¿Por qué habla usted con el centi-
nela?—me increpó á gritos—¿por qué ca-
mina usted por esa vereda? ¿No sabe que
está prohibido?... ¡Bájese en seguida!...

Yo también tengo mi alma en mi al-
mario, y cuando es fuerza, sé gritar. Me
encolericé de veras, que francamente,
esta irregularidad y la de la otra noche
en el muelle, colmarían la paciencia de
Job.

Revestido de cómica gravedad, co-
mencé á formular respuestas improvisa-
das, con tendencias á serenar aquel es-
píritu encrespado, pero mi energúmeno
no oía de esa oreja, y lo propio que en
la "Verbena de la Paloma", nos cruza-
mos él y yo estas frases:

—(El Oficial) A mí no me responda
usted...

—(Yo) Pues, entonces, no me pre-
gunte usted!

La cosa se agravaba, ya la espada
hallábase casi desnuda; del destacamen-
to despendíanse sargentos y cabos; los
soldados deshacían los pabellones de sus
fusiles y el centinela me cortaba la reti-
rada echándose al medio de la calle...

No me seducía calcularme con el pe-
llejo agujereado por los soldados, y sin em-
bargo, no daba yo con la manera de im-
ponerme...

—(El Oficial, á pesar de todo, im-
presionado con mi traje). Lo voy á man-
dar á usted preso, para que aprenda...

—(Yo, hallando la salida) Y yo voy
á mandar que á usted me lo fusilen den-
tro de un hora, para que olvide..

—(El Oficial, examinándome de
pies á cabeza) Para que me fusilen á mí!
Pues, quién es usted?...

—(Yo, con toda la prosopopeya del
que ha puesto á salvo su decoro y su in-
dividuo). El Ministro de México. ¡Calcú-
lese usted!

Seguramente el denodado capitán
no era fuerte en cálculos ó los que hizo
á la carrera no le resultaron, porque aun-
que es cierto que contuvo á sus hom-
bres y que humilló su espada, no lo es
menos que, después de mucho reflexio-
nar, sólo acertó á decirme por vía de
transacción:

—Ah!... ¿usted es el Ministro de
México?.... Pues de todos modos, hágame
el obsequio, señor, de irse por la otra ve-
reda...

Después de haber recalcado lo de
señor, me apresuré á transigir, que en
esto de fueros, inclusive el diplomático,
siempre he tenido para mí que cualquie-
ra de ellos termina en el extremo del bas-

tón de un gendarme bárbaro ó en la
punta de un militar ignorante.

—Porque me ha tratado usted al fin,
según debió tratarme desde un principio,
accedo á su súplica...

Y el bravo miliciano, que nada me
había suplicado, abrió unos ojos incon-
mensurables, en tanto yo alejábame pau-
sada y gravemente.

Para que el Ministro no vuelva á sa-
lirme con alguna explicación que no me
satisfaga, decidí no comunicarle el acae-
cimiento ni en lo oficial ni en lo privado.

Carguemos la ocurrencia á gajes del
oficio.

9 DE FEBRERO

Segunda excursión á Masaya, don-
de el mexicano Estanislao Castaño, ra-
dicado en Nicaragua hace algunos lus-
tros y actual poseedor del único teatro
que existe en Managua, me obsequia
con un almuerzo.

Granada

A la tarde fuí a Granada, en cami-
no de hierro, para conocer esa segunda
ciudad del país, que es, á mi juicio, la
más agradable. Desde luego, el lago que
lleva su nombre y que es superior al de
Managua en todos sentidos, embelléce-
la al extremo, es un lago enorme, azul
y bravío, que baña la ribera de más de
un Departamento y que se ve surcado de
bastantes embarcaciones de vela y aun
de alguna de vapor.

Antes del banquete arreglado en ho-
nor mía por el caballero español D. Ni-
colás Ubago, me dirigí con él y demás
comensales á presenciar desde el embar-
cadero una ideal puesta de sol, á orillas
del pequeño y dulce mar.

Fué una nota de belleza intensa y
grandiosa, tanto, que su hermosura per-
duró la tarde entera y la entera noche,
en mi ánimo. Regresé deslumbrado á la
ciudad, hondamente conmovido por el es-
pectáculo, pero adrede no quise hacer
partícipe á nadie de mis sensaciones,
para que nadie me las menoscabara con
explicaciones ó comentarios filisteos.

Después de la comida que sirvieron
en el hotel de "Los Leones", tuvimos ve-
lada musical en la casa de Ubago, y á
la media noche, en tren especial, regre-
samos á Managua.

10 DE FEBRERO

Hará cinco días que han comenzado
á circular las invitaciones para el gran
banquete oficial con que en la noche de
hoy habrá de honrarme el Presidente D.
José Santos Zelaya. El hotel Lupone está
inconocible de tanto preparativo y ador-
no tantísimo.

Afírmame el Ministro de Relaciones

que han sido aceptadas ochenta y pico de invitaciones, y como es persona mordaz á su modo y de muy regocijado ingenio, con vaguedad y cazurrería campesinas quiere saber mi opinión avant la lettre, acerca de la fiesta y sus preparativos; hasta llegó á censurar á sus paisanos:

—¿Qué se habrá usted figurado, mi querido amigo, de la recomendación que respecto al traje hice poner en las tarjetas?...

—Pues nada, que quizá esa será la práctica...

—No, no, no, qué práctica ni qué niño muerto! Es que como ha de asistir una porción de funcionarios de categorías diversas y no todos se hallan al cabo de tal exigencia...

La recomendación, en efecto, es inusitada. Dicen así las invitaciones:

"El infrascrito Ministro de Relaciones Exteriores, tiene la honra de invitar á usted para una comida que el Excmo. señor General Presidente Don J. Santos Zelaya obsequiará al Excmo. señor Don Federico Gamboa, Encargado de Negocios de México, el 10 del presente mes, en el Gran Hotel.

"Managua, 8 de Febrero de 1900.

"Hora: 7 p. m."

"Traje: frac."

"Se suplica contestación".

De mí sé decir que me sumió en una meditación honda...

11 DE FEBRERO

Lo justo, justo; el banquete de anoche salió redondo, y lo único relativamente censurable fué la bienintencionada recomendación del Ministro, tocante al traje, pues he confesar que, prestados ó propios, los fracs que los invitados lucieron, no merecían reproche.

La fiesta, pues, resultó; hubo derroche en todo, hasta de buen gusto en adornos, mesa, servicio, menú y caldos. Sí, éramos los ochenta comensales pronosticados: el Presidente de la República, su Gabinete, las primeras autoridades, los particulares más prominentes, cónsules de diversos países europeos y el de los Estados Unidos de América, varios extranjeros de suposición, diputados, periodistas, munícipes, ¡qué sé yo cuantos más!

En las afueras, la banda, el cielo estrellado, la voluptuosa tibieza de estas noches incomparables...

Adentro, todo género de atenciones y finezas para mí: luces, brindis sin palabras y á distancia, con sólo la copa en alto... A los postres, el Ministro de Relaciones pronunció el brindis oficial en que se me ofrecía la fiesta... Al levantarme yo contestar, la galantería máxima, la de-

licadeza mejor que me forzó á permanecer silencioso por unos cuantos instantes, esperando que en mi espíritu se diluyera y pasara la emoción grafísima: la banda ejecutó irreprochablemente el himno mío, el de mi México distante y adorado!...

Anoche presentáronme á distintos colombianos que querían conocerme, emigrados políticos, desterrados, liberales, patriotas y prófugos.

¡Cuánto y con cuánta cordialidad charlamos, aunque sin mencionar asuntos políticos de parte ninguna, que debido á una complacencia de mi Gobierno en esta jira internacional y pacificadora, yo ando en cierto modo también, representando á Colombia. ¿Cómo hubiera yo podido entonces dar oídos á las protestas y censuras de este puñado de valientes en éxodo, que han luchado en su tierra porque la libertad se aclimate del todo y por echar abajo al gobierno actual por cuyos intereses tengo yo que preocuparme?

12 DE FEBRERO

(Corinto). Desde anteayer en este puerto aguardando el vapor que ha de devolverme á Guatemala, acompañado de un representante del Gobierno nicaragüense, del mexicano D. Estanislao Castaño y del oficial chileno Mc Gill, este último nombrado definitivamente instructor del ejército de Nicaragua.

Víme forzado á declinar la amable invitación para un día de campo en los alrededores managüenses. Ya tengo bastante de países nuevos y de festejos repetidos, ansío mi "tienda" guamaleana, porque en ella espéranme mi mujer y mi hijo, lo únicopreciado que poseo y me endulza la vida en mis deslucidos; ocasiones hay, en que frente á la fotografía de mi hijo, suelto la risa á solas, alucinado por esperanzas que tal vez nunca se realicen ó por certidumbres de dicha, que son, sin duda, meramente sugestivas.

En Corinto, ninguna distracción; por las noches, nos tumbamos sobre una porción de maderos apilados en los muelles, y damos la cara á los astros; todos mudos por largas horas, viviendo todos la reconcentrada vida sin palabras de las reminiscencias y de los anhelos.

13 DE FEBRERO

A bordo del "Acapulco", mi vieja y conocida barcaza, tripulada por amigos.

Poco después de medio día nos dimos á la mar, pero los cañones que tan regocijadamente saludaron mi arribo, no me dijeron adiós con sus redondas bocas bostezantes... ¿No hubiera sido preferible suprimir aquel expresivo saludo de

fuego, ó guardar la mitad de aquellos disparos para regalarme con ella á mi salida?....

Aun cuando, bien mirado, todo es humo; y en materia de humo, lo mismo es más que menos.

A bordo, sensación de bienestar agudo, y en el amplio camarote que el comandante Catarinich me escogió en persona, sensación de indecible deleite.

A eso de las doce de la noche, en que aún permanecía yo sobre cubierta fuma que te fuma y piensa que te piensa, descubrimos los nociámbulos, relativamente cerca del "Acapulco" y navegando entre la costa y nosotros, un vaporcito minúsculo con sus luces apagadas, á la manera de buque bloqueador ó de buque en huida. Pronto logramos alcanzarle y para identificarlo, le echamos anteojos: no era ni uno ni otro, simplemente un barco nicaragüense de guerra, que hacía rumbo á Amapala.

Dejámoslo atrás, casi besando su quilla con la espuma de nuestra hélice. No obstante que el vetusto "Acapulco" no es nada extraordinario—dos mil quinientas ó tres mil toneladas,—el bélico navío era tan pequeño, que junto á nosotros, con sus luces apagadas, su toldilla muda y el aflictivo jadear de sus calderas, resultaba en la majestuosa inmensidad de este Mar Pacífico, algo lamentable, algo muy débil que á punto de zozobrar nadara con sobrehumano esfuerzo por ganar la costa distante, la costa visible apenas, que el plenilunio esfumaba, allá en una lejanía borrosa é imprecisa.

HONDURAS

16 DE FEBRERO

Con el alba entramos en Amapala, puerto hondureño sobre el Pacífico.

Terencio Sierra

Por las circunstancias de naturaleza reservada que han hecho se frustre la misión que me trajo á estas comarcas, de provocar una reconciliación honrada entre sus gobernantes, no habré de abocarme con el General D. Terencio Sierra, Presidente de Honduras, y, al decir de próximos y distantes, el mejor guerrillero de Centroamérica. No tengo, pues que, "meterme en honduras".

La cosa me alegra, pues no obstante lo que gusto de conocer países, y más si son de mi raza, lo que ha llegado á mi noticia á propósito de los caminos de esta región, raya en lo inquisitorial, es imposible viajar por ellos. La tales rutas montuosas, inhabitadas é inclementes.

En consecuencia, sólo por mera cortesía determiné desembarcar de incógni-

to, identificarme en la Comandancia Marítima y ponerme al habla por telégrafo con el señor Sierra, á fin de poder volverme á bordo en seguidita, con mi propios honores.

Pero el hombre pone...

Sin duda de Nicaragua anunciaron mi paso por aquí, porque hasta la cubierta del "Acapulco" presentóseme un militar de alta graduación, representante del comandante del puerlo que se hallaba encamado á causa de una fiebre.

El General puso á mis órdenes una falúa abanderada y me amenazó en la siguiente forma textual:

—"Por si el señor Ministro gusta (por estos rumbos es de buen tono que le hablen á uno en tercera persona), pasar á Tegucigalpa, de orden del Gobierno tengo bestias ensilladas y á su disposición".

No, el "señor Ministro" no gusta, ni por pienso, de pasar á Tegucigalpa (vaya un paso! tres jornadas á lomo de mula, con pésimos albergos en algunas partes del camino y tragando leguas y leguas á merced de los elementos, ¡qué perspectiva!)

Al "señor Ministro" le impiden darse ese trote las múltiples ocupaciones que en Guatemala le aguardan. El "señor Ministro" se limitará á saltar á tierra y permanecer en el puerto las horas que el vapor permanezca anclado, durante ellas, se pondrá al habla telegráficamente con el señor General D. Terencio Sierra.

—¿Cómo andamos de fiebre?—pregunté á mi acompañante después de que los bogas le metieron mano á los remos.

—Pues no andamos bien. Está muriéndonos un americano, y se han muerto personas de importancia, á docenas... sin contar la gente del pueblo, que ésa muere á porrillo.

Las informaciones no me parecieron mal, parecieron peor.

Y pensé que si salgo sano y salvo de lo poco que aún me falta para reintegrar mis trahumantes penates de Guatemala, mi mujer va á suponerse que me he vuelto loco ó actor de zarzuela, porque en rigor no deberé sin cantar la vieja copla de "La Conquista de Madrid":

"Habéis de saber que el que allá se va,
"Vuelve con cabeza por casualidad..."

¡Qué viaje, señor Dios, qué viaje!

Saltamos en tierra y á pie dirigímonos á la Comandancia, destartalada y feísima casa de madera.

Tuvimos que cruzar gran parte del pueblo y mi azoramiento y espanto no reconocieron límites. Cuenta que Amapala es, en opinión de los que conocen la República, lo mejor de ella. ¿Qué tal será el resto?

Por algo hasta un pequeño evange-

lio, vulgo refrán, se ha fabricado acerca de la región:

—“No meterse en Honduras!”

El transcurso de los años ha desgastado la mayúscula, y de ahí que ahora se escriba con h pequeña; no importa, el consejo queda en pie y allá se las haya quien no lo siga.

El comandante enfermo, valiéndose de unas muletas, tuvo la atención de salir á saludarme en persona. Con marcada urbanidad enteróse de si yo necesitaba ó deseaba algo.

—No, sólo papel y un criado que lleve mis telegramas á la oficina...

Mas como la oficina encontrábase en la propia Comandancia, sin pérdida de tiempo inauguré mi plática, por medio de los alambres, con el señor Presidente.

Nada en el fondo, que lamentaba el no poder llegar á su capital, que México y Honduras...; que la amistad internacional que dichosamente nos liga...; que el grato deber, y la alta honra, y la personal satisfacción...; total: seis largos y repiqueteados mensajes, á saber: dos al Presidente y dos del Presidente, que hacen cuatro; uno al Ministro de Relaciones Exteriores y uno de este estimable funcionario, respondiéndome, hacen seis.

Mi visita diplomática había concluído.

Regocijado, torné á bordo, donde almorcé á manteles limpios y pedí hielo; después, descabecé una siesta en la mulhada y civilizada cama de mi litera.

A prima noche, zarpamos. Es muy probable que no vuelva á ver jamás estas tierras.

—Desde que se anunció que el señor Ministro—hablaba el comandante del puerto de San José de Guatemala, gobernando el timón del bote que nos conducía saltando cual un carnero, del barco al muelle,—venía á bordo del “Acapulco”, por orden del señor Presidente de la República se ha puesto un tren especial á disposición de usted. ¿Desea el señor Ministro salir esta noche para Guatemala?... La máquina está encendida...

20 DE FEBRERO

Con exceso de amabilidad y tal vez por no ser menos que los demás presidentes centroamericanos que tanto me agasajaron en mi viaje, el Presidente Estrada Cabrera no se limitó á ponerme tren especial—cortesía que aquí se gasta con los diplomáticos de cualquiera nacionalidad, cuando llegan y salen del país,—sino que ha aumentado sus atenciones: en Escuintla, se me recibió por la autoridad política y fuí obsequiado en el restaurant del paradero con almuerzo que amenizó la banda de la localidad, la mañana de hoy, no admitieron en el hotel

de San José que liquidara yo nuestro hospedaje; y en Amatitlán y no recuerdo qué otras estaciones, subieron á saludarme los jefes políticos y los comandantes de armas.

Fíjome en la circunstancia de que hacía casi ocho años que ningún representante de México visitaba las demás repúblicas centroamericanas, no obstante que nuestra Legación en Guatemala hállase acreditada cerca de los gobiernos de las cinco que forman esta región; compláceme, siempre en mis coloquios, poner de relieve que ninguno de los viajes anteriores fueron consumados en circunstancias tan excepcionales como las que á mí cupiéronme en suerte esta vez, y me aferro á la idea halagüeña, sí, me ascenderán, seré ministro dentro de poco!...

21 DE JUNIO

La Secretaría de Relaciones acaba de recompensarme de mi viaje á las demás repúblicas de Centroamérica, enviándome por vía de indemnización de gastos, la suma de dos mil pesos en oro.

Ello me indica que mi ascenso á ministro pasó á la categoría de frustrado deseo.

26 DE NOVIEMBRE

Concedidá mi licencia.

10 DE DICIEMBRE

Todos estos últimos días, visitas y comidas de despedida; arreglo de baúles y desarreglo de la vivienda; íntimo contento de volver á mi tierra, que hay que disimular, para que no se lastimen los buenos amigos que aquí nos dejamos.

Mañana embarcaremos en el puerto de San José, á bordo del vapor Costa Rica, de la Mala del Pacífico.

¡Y tan mala!...

11 DE DICIEMBRE

Muy expresiva despedida oficial por parte de los funcionarios y autoridades, en la estación, á las 7.30 de la mañana, que vino á rematar la que ayer tarde tuvimos el Presidente Estrada Cabrera y yo, en su residencia particular.

Muchísimos amigos: los que vienen por venir y los que vienen porque nos quieren.

El Cuerpo Diplomático en toda su integridad de caballeros y damas.

Y en tren especial, bondadosamente puesto á mis órdenes por el Gobierno, á las ocho en punto partimos rumbo al puerto.

12 DE DICIEMBRE

Frente á Champerico.

Anclados todo el día, con un balanceo desagradabilísimo.

13 DE DICIEMBRE

Frente á Ocos, último puerto guatemalteco hacia el Norte, sobre el Pacífico.

14 DE DICIEMBRE

En aguas mexicanas, frente á San Benito.

El personal de la aduana y el del resguardo rindiéronme atenciones con las que no contaba yo, es que el capitán del vapor izó bandera de ministro en el mástil de proa.

15 DE DICIEMBRE

Porque no llegaron anoche los papeles de despacho del barco, que los expiden en Tapachula, hemos continuado anclados todo el día.

16 DE DICIEMBRE

Frente á Tonalá.

17 DE DICIEMBRE

Desembarco en el puerto en construcción de Salina Cruz, que, á causa del ferrocarril del istmo de Tehuantepec, y si no se hace pronto el canal interoceánico de Panamá ó su hermano el de Nicaragua, acabará con el tráfico panameño.

DE PLENIPOTENCIARIO EN GUATEMALA

1905

23 DE OCTUBRE

Arribo, sin novedad, a San José de Guatemala; la breve travesía resultó paseo gráfisimo.

28 DE OCTUBRE

Hasta hoy no se efectuó mi recepción oficial. Mis nervios se portaron lindamente y mi "debut" como ministro fué irreprochable. De mi discurso ni hablo, porque venía aprobado por el señor Mariscal en persona, con quien lo consulté en México. De la respuesta de Estrada Cabrera tampoco digo nada, porque de antemano me sé que a las mentiras de rigor que informaron tales documentos hay que sumar las que este señor dice, sistemáticamente, en casi todo lo que habla, sobre todo si habla como Presidente de su país.

31 DE OCTUBRE

Terminaron las Fiestas de Minerva, comenzadas desde el 29. Quien nos haya visto en la amplia tribuna presidencial a Estrada Cabrera y a mí, ha de suponer que somos una mala copia de Píldes y Orestes. Sin embargo, hay que cuidarse...

30 DE NOVIEMBRE

Como es de necesidad en los países despotizados, de mi llegada acá no ha

cesado de hablarse con mucho sigilo de próximos levantamientos y conjuras contra la actual Administración, que, por su lado, aprieta y persigue que es un horror. Y quiera uno o no, al fin acaba por simpatizar con los oprimidos. Es curioso lo que ocurre: para el Gobierno y sus dependientes, México es el enemigo, y es fuerza que sientan, o aparenten sentirlo, un odio irrazonado hacia él y los mexicanos de aquende y allende el Suchiate, en cambio, los que, pobres o ricos, no esperan de este Gobierno y sus seides, sino atropellos, despojos, destierros, martirios, la deshonor y el cadalso, que son la inmensa mayoría, todos sin excepción aman más o menos a México y a los mexicanos, todos miran en nuestra legación una ánora y un refugio, todos la consideran faro de luz y fuente de consuelos.

30 DE DICIEMBRE

El General Díaz, empleando un plural familiar, me dice hoy por el cable: "Saludámoslos". ¿Será su costumbre felicitar a todos los ministros de México en el exterior, con motivo del año nuevo, o su mensaje será velado nuncio de que pronto me sacarán de esta torturante Centroamérica, en la que de grado o por fuerza, de ver lo mucho que sufre, hace uno suyos sus sufrimientos?...

1906

24 DE MAYO

Ha estallado una revolución contra Estrada Cabrera. Y todo este desventurado país, en tragedia continua de lágrimas y sangre desde que hombre tan funesto lo tiene entre sus garras, se estremece de esperanza porque el movi-

miento triunfe, y de terror ante la posibilidad de que el Gobierno lo debele.

27 DE JUNIO

Todos estos días sin tiempo siquiera para escribir estas anotaciones sobre el espectáculo de los seres y cosas que me

rodean. Presa, por contagio, de la angustia que palpita en el país, apenas si es posible tratar de que la tempestad política no acabe con todos los desafectos a Estrada Cabrera y su horrendo régimen; lo que equivaldría a despoblar la República. De los principios de la revolución a hoy, y con síntomas de seguir quién sabe hasta cuándo, crímenes, atropellos y vilezas: todo lo innominable, lo inverosímil, lo nauseabundo y lo negro; el salto atrás, la edad del lodo...

Concedí, y con cuánto gusto, el asilo número dos, dando, por supuesto, cuenta a mi Gobierno, el cual, bien al cabo de cómo las gastan aquí los mandones, aprueba siempre mi conducta. ¿Para qué puntualizar las escenas que a diario se registran en esta casa de México, entre los deudos y los refugiados que México, por mi pecador conducto, salva de la muerte?...

6 DE JULIO

Concedí un tercer asilo en la legación. Cuéntanme que lo paniaguados de este Gobierno me han puesto el mote de "ministro-hostelero". No han de imaginar lo que se lo agradezco y lo que lo excuso. Es prerrogativa de los países despotizados desahogar sus iras con frases de hiriente ingenio que levantan ámpula; invéntalas cualquiera, asegurando, para evitar persecución y castigo, que las oyó a un tercero que no puede nombrar. Y las palabras envenenadas van y vienen repetidas y reídas por las muchedumbres, que sólo así se consuelan e interrumpen el correr continuo de su llanto.

Amigo guatemalteco que mucho estimo, aunque por la posición que merecidamente ocupa tiene que prestarse a las exigencias que le imponen estas autoridades, ha estado viniendo con frecuencia al propósito de enterarse de quiénes son mis asilados, y la noche de hoy traeme una noticia que me inquietó: el Presidente de México y el de los Estados Unidos han resuelto poner en hasta aquí a la carnicería centroamericana (El Salvador ya está en armas contra Guatemala, con lo que la posición de estos revolucionarios se ha robustecido), y van a provocar una Conferencia de paz; aun se ignoran pormenores, pero Estrada Cabrera vería con gusto (?) que yo asistiera y puntualizara sus sanas intenciones (??) y cómo se vió arrastrado, primero, a combatir a los rebeldes, y luego, a pelear con los salvadoreños, que han hecho causa común con sus enemigos interiores... Limítome a escuchar, a sonreír, y a echarme en oración muda para que no me nombren a mí testigo de esa Conferencia en ciernes; precisamente porque me consta todo lo contrario.

8 DE JULIO

Después de la comida, que hacemos juntos nuestros asilados y nosotros, acostumbamos ellos y yo estarnos de tertulia noche a noche en mi gabinete de trabajo, acompañados algunas veces por Rebolledo, Rodríguez Parra y mi cuñado Rafael. Muchas tristezas se devanan, mucho se fuma, muchas esperanzas aleitan en sus pechos de que el ominoso régimen cabrerista, dé pronto en el suelo. Hay sus barruntos para así sospecharlo; los salvadoreños están batiendo el cobre de lo lindo; del arrojo temerario de Regalado se cuentan primores, los ejércitos beligerantes libran a diario sangrientos reencuentros a lo largo de la frontera; y la cosa no ha de lucir cariz muy halagüeño para Cabrera, supuesto el envío, diario asimismo, de fuertes contingentes de tropas hacia el matadero, tropas formadas con "voluntarios" que, bien aseguraditos, —son los mozos que trabajan en las fincas cafeteras,— mandan acá, incesantemente, los jefes políticos de los Departamentos. La propia prensa ya no menudea sus noticias de los comienzos del conflicto, en que multiplicaba y magnificaba los triunfos de los soldados "chapines" en la línea de fuego. Los rumores que a la chitacallando andan por calles, tiendas y casas, dan tintes de catástrofe al negocio; y si, como lo aseguran los zahoríes, Honduras terciará de un momento a otro del lado de El Salvador, están contados los minutos de Cabrera. Hay quien asegure que éste tiene, a presión continua de sus calderas, un par de buques apercebidos a levar anclas y llevárselo a lejas tierras; uno, en el Pacífico, cerca de San José, y otro, en la bahía de Honduras, próximo a Puerto Barrios. Por último, la ciudad, de suyo melancólica, respira consternación y ansiedad; todos temen todo, todos anhelan algo...

11 DE JULIO

Desde el inicio de la contienda todas las mañanas, después de mi caminata a pie o a caballo por los alrededores, voy y me instalo en uno de los bancos del Parque, donde, sin llamar la atención, doyme cabal cuenta de las tropas que de aquí se despachan al teatro de los sucesos, después de que el ministro de la Guerra les pasa revista frente al Palacio.

Hoy, al filo de la 1, la pobre ración de carne humana en marcha ya rumbo a la pelea y la muerte, disponíame yo a volver a casa cuando X.X., muchacho de buenos pañales, dueño de un bazar, pero furibundo adicto de Estrada Cabrera,—hízome señas, a su salida del Palacio, de que lo esperara.

—¡La gran noticia, la gran noticia,—

exclamó agitadísimo, al abordarme,—ya mataron a Regalado!...”

La noticia es, realmente, de tal magnitud, que me sonrió y encojo de hombros.

—“¿No me lo crees?.. pues acabo de leer el telegrama: lo mataron nuestros soldados, sin saber a quién mataban; el cadáver lo identificaron luego, unos oficiales, gracias a la mano “seca” del general, y a su mula “La Venada”, caída con él... los acribillaron a tiros, con una ametralladora... dentro de unos instantes se hará público... Y te dejo, porque me voy corriendo a...”

Ignoro a dónde iría, pues ya iba lejos cuando me lo anunciaba.

Más tardé yo en prevenir a mis asilados con reticencias y circunloquios, que la noticia en esparcirse por todos los ámbitos. A eso de las 3, atronaban a la ciudad, pávida, los cohetes y los repiques a vuelo de todas las campanas, grandes y chicas, de sus muchos templos. E incontinente, “extras” impresas, músicas militares, vivas al Gobierno, las calles colgadas, como por milagro, de guirnaldas de papel picado que cruzan de acera a acera, y de miles de farolillos para la iluminación general de esta noche. ¡Ay de la casa que no adorne su frente, y del individuo que no manifieste entusiasmo!

12 DE JULIO

Temprano tuve noticias circunstanciadas, entre otras, que esta noche pasada llegó el cadáver de Regalado, a bordo de vulgar “realero”,—léase guayín de alquiler,— y que lo han depositado en una de las criptas del templo de San Francisco...

El forzoso regocijo continúa; los periódicos, deshácense en ditirambos y felicitaciones al Gobierno, y los perjudicados actuales y próximos con esta nueva consolidación de Estrada Cabrera, —que son incontables,— tascan el freno y fingen alegría. Mis pobres asilados miranse abatidos y mudos frente a lo que puede reservarse este triunfo de su mortal enemigo.

A las tarde, por interpósita persona se me suplica que vaya yo e identifique los despojos del valiente salvadoreño, pues “la gente, —díceseme,— se resiste a creer el hecho increíble y meramente casual”. Cosa que no es exacta. Acostumbra esa “gente” de mucho tiempo atrás, a que sus gobernantes nunca le digan, ni en broma, pizca de verdad en nada, instintivamente resistese a prestar crédito a la inverosímil que ahora le sirven. Y acuden, los mandones, a mi testimonio de hombre honrado, no por la razón que alegan para decidirme, de que “mucho conocí” al difunto, sino porque

mi dicho, que se apresurarían a sacar en papeles, lo creería todo el mundo. Por supuesto, me negué de plano a dar dentro de mi investidura tan impropia “fe de cadáver”, y fundé mi negativa rotunda en una causa que para nadie es secreta: lo dolorosa que me resultaría la contemplación y el examen del cuerpo de persona que tanto me distinguió con su amistad.

Por la noche supe, que sin oponer reparos, había ido en mi lugar a garantizar los hechos, Brown, el secretario de la legación de los Estados Unidos!...

Comienza a runrunearse que Estrada Cabrera ha resuelto ¡¡¡quedarse con el cadáver de Regalado en Guatemala!!!

Persona que ha de saberlo por posición oficial, cuéntame que el pobre cadáver fue traído “a la buena de Dios” (sic), en el “realero” de que es dueño un tal Foronda, muy popular en su oficio de cochero de punto.

14 DE JULIO

Al regresar de mi visita de felicitación al encargado de negocios de Francia, danme un mensaje de México. Es del propio general Díaz, y confidencial:

—“Procure devolución deudos cadáver Regalado, y atiéndalos y ayúdelos cuando lleguen ésa”.

Entonces, es cierta la renuencia de Cabrera a entregar el cuerpo, que han embalsamado esta tarde tres de los mejores médicos guatemaltecos!...

15 DE JULIO

Mensaje temprano de El Salvador, en que la familia de Regalado anuncia-me su arribo inminente, y encaréceme que gestione yo la entrega de esos sagrados despojos.

A la tarde, entrevista con Cabrera, —quien no puede disimular la satisfacción que lo inunda por este triunfo que le ha dado la casualidad y que tan firme e indefinidamente lo remacha en el solio. Con su aspecto ritual de “Sainte Nitouche”, que casi lo hace a uno dudar de la negrura de sus entrañas, escucha mis argumentos oficiosos, para asegurarme, al cabo, que jamás pensó en retener el cadáver; que si ordenó que lo trajeran, fué con el objeto de que el pueblo se cerciorara con sus ojos de un suceso que él, Cabrera, era el primero en lamentar (!), que concluido ya el embalsamamiento, no bien se llenen algunos otros requisitos (?...) que juzga indispensables, hará a la familia la entrega que con sobra de razón solicita “por tan digno conducto” (señalándome a mí con su diestra). Sólo impone una condición, sine qua non: que la familia se comprometa del modo más solemne, ante mí mismo,

a que en El Salvador, ni el Gobierno, ni el pueblo hagan manifestación ninguna a la llegada, allá de los restos, ni tampoco vayan a hacérsele exequias, por lo pronto. Todo eso podrá venir después, cuando ya no hay riesgo de que las pasiones, aun no del todo apagadas, se reencien dan. Y que él, por su parte, cuidará de que la entrega y el embarque del cadáver pasen inadvertidos.

Como su exigencia es de cautela política elemental, convengo en ella y me comprometo a convencer a la familia. Ya de pie, —se conoce que lleva rato de reflexionarlo,— me agrega que su Gobierno le ofrecerá a los deudos decoroso alojamiento, por cuenta del Estado; aun pí deme que si se resistieran a aceptarlo, yo lo ayude.. Imposibilitado de mostrarle el mensaje del general Díaz, únicamente ocurrireme responderle que, ignorante yo de sus buenos propósitos, ya les ofrecí mi casa y ellos la aceptaron... Aunque inalterable, —con los diplomáticos que le conviene, nunca se altera aparentemente,— conózcole, sin embargo, cuánto lo contrarían mis palabras. Tornamos a sentarnos y, al fin, a vueltas de mutuos razonamientos, convenimos en que yo les haga ver el descrédito que acarrearían a "su Gobierno", no aceptando la cordial oferta y yendo a alojarse a la legación de México...

—"Todo el mundo supondría que solamente en ella están seguros..."

Y yo, que pienso que ese "todo el mundo", —inclusive este cura,— estaría en lo justo al suponerlo, apresuro mi despedida, temeroso de que su congénita sagacidad de hombre inteligente, hiperes tesiada con el ejercicio continuo de su tiranía absoluta, lea a las claras mis pensamientos.

16 DE JULIO

La cosa ha de haber ido al vapor, pues oficialmente me anuncia este Ministerio de Relaciones que es deseo del Presidente Cabrera que yo asista a las conferencias de paz ya concertadas y que de un momento a otro habrán de efectuarse a bordo de un buque de guerra de los Estados Unidos, próximo a fondear en el puerto de San José!... Por lo que el tiempo apremia, trasládome al Ministerio, y de palabra expongo a Barrios M. que, probablemente, no concurriré, pues no me han llegado órdenes ningunas de México. Encaréme que las solicite por el cable y asegúrame que Estrada las solicitará a su vez por la misma vía; pero que arregle mi equipaje, porque el tren especial a San José saldrá de aquí pasado mañana. A pregunta concreta mía, respóndeme que sí, que el ministro de los Estados

Unidos también irá, invitado igualmente...

No sé qué hacer; de una parte, me halaga lo indecible intervenir en la redacción de una página de la historia del Continente, así Dios sepa con qué letras y con qué propósitos vaya a ser escrita, y de la otra, temo que el silencio de México deba interpretarse como renuencia disfrazada...

Las calles que recorro, el Club Guatemala, la ciudad entera, con expectación manifiesta frente a estas vísperas de algo excepcional; nótese contrariedad en los muchos interesados, et pour cause, en la caída del tirano; piensan, y en mi sentir piensan bien, que esta intervención lo consolida y afirma...

17 DE JULIO

Telegrama mañanero al señor Mariscal: —"Diga señor Presidente Cabrera de "parte nuestro Presidente, que ha telegrafado a General Bonilla respete armisticio desde mañana, comprensivo de las "hostilidades Honduras y Guatemala, pudiendo Honduras hacerse representar "en Conferencia".

Después de mucho reflexionarlo decidido obsequiar los reiterados deseos de este Gobierno, yendo yo hasta San José, de donde me volveré a casa, si tampoco allá recibo instrucciones telegráficas.

18 DE JULIO

No salimos hasta la tarde en el tren especial, concurridísimo; van de representantes o plenipotenciarios de Guatemala, Arturo Ubico, Presidente de la Asamblea Nacional Legislativa; José Pinto, Presidente de la Suprema Corte de Justicia; Juan Barrios M., Ministro de Relaciones Exteriores, y Manuel Cabral, letrado como los otros y como los otros personaje político de viso; el Ministro yanqui Leslie Combs y el Secretario de su Legación, N. Brown. Se nos reunirá en San José el doctor don Modesto Barrios, como testigo de parte de Nicaragua, y mi viejo y de veras honorable amigo William Lawrence Merry, Ministro yanqui en Costa Rica, como delegado de la misma; Francisco Bertrand, delegado de Honduras, y José Rosa Pacas y Salvador Gallegos, delegados de El Salvador. Yo he traído conmigo a Efrén Rebolledo, Secretario de la legación, para hacer lo que ha hecho Combs y para que presencie un suceso trascendental que ha de servirle en la carrera que ahora comienza.

Pernocitamos en Escuintla, donde se nos sirve muy bien regada cena, y donde se pone de manifiesto el miramiento rayano en adoración con que mis amigos guatemaltecos tratan al arrogante ministro yanqui. Otra cosa pónese también de

manifiesto: la recíproca antipatía que nos distancia a Combs y a mí desde que nos conocimos; antipatía que ambos disimulamos según es de rigor entre dos personas que se suponen decentes y que se dicen diplomáticos... Esta nuestra antipatía mutua no es, de mi parte a lo menos, premeditadamente deliberada y gratuita, sino meramente instintiva. Ocurre con los yanquis y nosotros los mexicanos, lo que con los perros cuando se encuentran en cualquier sitio (la comparación es mala, ya lo sé, pero no hallo otra que me sirva mejor): ellos, los yanquis, representan al mastín enorme, fuerte, gordo y lucio; y nosotros representamos a un perro harto menor, más débil, medianamente nutrido y de malísimas pulgas ¿voy bien? Nos miramos de reojos; sin quererlo, se erizan nuestras respectivas pelambreras lumbares en señal de hostilidad; no puede precisarse si nos sonreímos o nos enseñamos los dientes; nuestras primeras tanto pueden ser palabras como gruñidos sofocados; es menester que tercie la educación, o el interés, para que la entrevista o el parlamento se terminen a la buena de Dios, y en ocasiones, hasta para que sea el principio de una amistad cordial; pues los yanquis, dígase en su honor, individualmente son muy tratables y lucen excelentísimas prendas morales con las que se ganan la simpatía y el cariño ajenos, pero como nación, como pueblo, son odiosos, intratables y de serio peligro.

Hay otra razón para que Combs, en el fondo me mire con malos ojos, pues el motivo ha de dolerle a modo de aguda espina que nunca acertará a arrancarse. No obstante el poder gigantesco que representa, sólo los políticos acógenlo con mieles y sonrisas, lo reverencian, complacen y se pliegan a sus menores caprichos de ídolo. La gente extraña al Gobierno: clero, buena sociedad, los humildes que son dondequiera la inmensa mayoría, víctimas perpetuas de las "autoridades constituídas", como desde hace años palpan el maifiesto apoyo que les prestan a éstas los diplomáticos yanquis,—en ese apoyo figura a la cabeza "ignorar" el cúmulo de atrocidades que impunemente perpetrán los gobernantes grandes y chicos; rehusar oídos a quejas ni lamentaciones; negar sistemáticamente toda especie de alivio, ni moral siquiera, cuando si ya lo hubiesen hecho, ha tiempo que esto caminara rectamente,—esos grupos sociales han parado en la inferencia racional y lógica de que tales diplomáticos han sido y son los cómplices, hipócritas o descarados según mejor les conviene, de sus implacables verdugos. De ahí que no los traguen, que sólo los soporten porque no pueden menos. Y

en su tremendo desamparo, han vuelto sus ojos a México, a pesar de que con ello aumentaron en su contra las rudas medidas de represión y persecución,—luego diré el por qué,—y en la legación mexicana, hallan refugio, consuelo y defensa. Así se ha registrado el fenómeno curioso de que, a partir del entronizamiento en el solio del partido liberal guatemalteco, los Gobiernos y el elemento oficial se beban los vientos por los enviados de la Casa Blanca, y a nosotros los que venimos del vetusto Palacio de los Virreyes, nos profesen entrañable enemiga, en tanto la gente buena del país abomina de los yanquis y por nosotros se perece.

Combs, que no es ningún rana, está al cabo de la calle y lo exaspera la preferencia en favor nuestro.

Ya metido en estas honduras no huelga desentrañar, una vez por todas, las viejas causas de esas encontradas simpatías. Justo Rufino Barrios, el tirano—tipo que hasta después de muerto creeríase que desde su monumento de bronce que en el Paseo de la Reforma lo perpetúa de espaldas a los hechizos de "La Aurora" y a los arcos de piedra que medianamente ocultan tan preciosa finca campestre, creeríase, digo que feroz y sanguinario viniera desde el fondo de la selva, al correr desatentado de su corcel, no a implantar la libertad y extinguir el obscurantismo, sino a pasar al filo implacable de su espada, a los habitantes de la ciudad y a los de la República entera que no comulgaran con sus ideas ni lo obedecieran y acataran como a un semidiós. Cuando a su vuelta de México se encargó del poder supremo en esta su tierra, traía consigo el deslumbramiento que, visto de lejos y superficialmente, provoca la figura de nuestro Benito Juárez, cuyo juicio de residencia aun no se concluye entre nosotros sus colerráneos; y a los principios de su mando, que sólo había de trincar la bala,—¿guatemalteca?... ¿salvadoreña?... —de Chalchuapa al cabo de los años, por Juárez signábase y juraba a todas horas, y sus sistemas y prédicas trató de estabecer y de copiar en su administración. Pronto acabó la luna de miel internacional, en cuanto volvieron por sus fueros la envidia, el interés, las fricciones y los distintos puntos de vista a la fuerza existentes entre dos pueblos contiguos; que es regla fatal e ineludible el que hermanos y vecinos, cuando no alcanzan los extremos de Caín, sí que vivan riñendo de continuo hasta por quitarme allá esas pajas y, en ocasiones, que lleguen a las manos, protestando cada cual que la justicia milita de su lado: la eterna historia! Hay, además, en el caso de Guatemala, otras dos causas poderosas que explican, si no san-

cionan, su ojeriza hacia nosotros: que somos una nación mucho más grande, civilizada y fuerte, y a nadie, individuo ni pueblo, le place vivir codo con codo con quien en algo o en algos lo sobrepasa; y que desde el 3 de septiembre de 1829, Chiapas y Soconusco, a virtud de un plebiscito,—alegamos nosotros,—gracias a la elocuencia de las bayonetas,—alegan ellos,—se incorporaron a México. Y ya se sabe, toda segregación territorial, aunque se la explique y justifique por A más B, es fuente perpetua de rencor y mala voluntad de la parte del disminuido.

No bien Justo Rufino Barrios, ya entonces ungido como patriarca del liberalismo de acá, y ya tirano de cuerpo entero (¿por qué en casi todas partes el liberalismo andará de bracero con la tiranía?...), amo y señor de honras, vidas y haciendas, torció los derroteros de su barco e hizo proa contra México.

A propósito: no estará de más que ahora lo repita, por la exactitud de uno de los dos calificativos. Aquí, a los conservadores se les denomina "Cachurecos",—ignoro la etimología,—y a los liberales "¡¡¡panteristas!!!"

Los Estados Unidos, que aunque mascan tabaco no se han chupado el dedo jamás, pronto se dieron cuenta de lo que favorece a sus planes subterráneos de absorción y predominio continental, el disponer a su antojo de los que gobiernan a un país que limita a México por el Sur, ya que por el Norte nos tienen cogidos en la enorme frontera que va de océano a océano; y ora con solapados apoyos y complacencias, ora con promesas cumplidas o no, chichisbeadas y nunca escritas para que nosotros no podamos enros-trárselas y tacharlos de doblez, han fomentado la inquina de estos gobernantes y obtenido que la legación de México aquí, sea para quien la desempeña un lecho de Procusto, y que nuestras demandas, quejas y reclamaciones caminen, si caminan, harto más despacio que las tortugas o se envenenen y enreden en inextricables argucias y demoras, con serio peligro de la armonía y buena inteligencia de que se alardea en notas y entrevistas.

19 DE JULIO

Nuestro tren arranca a las 8 en punto, y como llevamos vía libre, a poco nos apeamos en San José. Recepción formal, tropas tendidas, cornetas y tambores, fingida gravedad de semblantes, mucho sombrero y graves andares hasta el muelle. Onofre Bone, en una de sus idas y venidas, me entrega un mensaje.

—"Llegó desde anoche—díceme,—recomendado por el señor Presidente".

—"De México, 18 de Julio—Ministro Federico Gamboa—Guatemala—Concer-tado un armisticio entre los ejércitos de Guatemala, Salvador y Honduras, esos tres Gobiernos tratarán de la paz por medio de comisionados que se reunirán a bordo del "Marblehead". Entiendo que los tres desean que a sus conferencias asistan los representantes de los Estados Unidos, en Guatemala y Salvador y el de México en Guatemala. Si así fuere, obsequie Ud. sus deseos con toda la cautela que caso tan excepcional impone. Por el Ministro de Relaciones se reiterará a Ud. esta misma autorización.—"Porfirio Díaz".

A distancia, corta relativamente, y balanceándose con lentas elegancias, ora de proa a popa, ora de babor a estribor, dibújase el "Marblehead", pequeña unidad de la formidable Armada de los Estados Unidos de América, que va a hospedarnos. Poco más allá, contrasta con lo albeante del cañonero, un arriero del mar, léase, honrado buque mercader vasto, prosaico y chato, al que alijan por entrambas aberturas de sus costados sus grúas plañideras que bajan fardos y fardos hasta el fondo de los chalanes apretados en su derredor. El cañonero, en cambio, luce en su casco alargado y esbelto, en las dos chimeneas, en los dos palos que en sus extremos superiores aía el alambre de la telegrafía sin hilos, blancuras de pecho de alcastraz, y en su conjunto, gracia y nerviosidad de leopardo al acecho.

Por grupos nos llevaron a bordo, en la "gasolinera" empavesada del "Marblehead". Grupo primero, los guatemaltecos en compañía de Combs, Merry y Brown; grupo segundo y último, los demás centroamericanos y nosotros, Rebolledo y yo. ¿No es ello indicio de que somos dos bandos?...

Protocolar recibimiento en la nave guerrera. Mr. R. F. Mulligan su comandante, en el portalón, al frente de la oficialidad; en la cubierta, la infantería de marina, con rifles y en doble fila; a su frente, la marinería, sin otras armas que sus músculos, su juventud y su salud que hasta por los poros se les derrama; jefes y tripulantes, atléticos y rubios, uniformados de blanco impoluto de la cabeza a los pies, menos los marinos, que llevan en forma de triángulo, los cuellos robustos, y encima de los pechos levantados, anudadas corbatas negras. Luego, a la cámara, donde el protocolo cede su almidonado cetro a la hospitalidad franca y cordial que es característica entre los marinos de guerra o mercantes de cualquier país del mundo. Circulan sandwiches, bizcochos y refrescos... de champagne y whiskey. Se brinda por un pronto y fe-

liz arreglo y, en tanto, el "Marblehead" ha levado anclas y va conduciéndonos, despacio, fuera del límite irreal de las aguas territoriales, no mañana se diga que hubo la menor coacción por parte de Juan o por parte de Pedro... ¡Oh, sancta simplicitas!

El calor se explica, y por él no nos instalamos dentro del saloncillo, en que ya estaban apercebidos sendos sillones para los negociadores y festigos, y mesa aparejada con carpeta y demás adminículos de rigor, como en las comedias.

¿Acaso estas conferencias diplomáticas, lo mismo que los congresos y que todas las reuniones de los hombres, máxime si pertenecen a "la Carrera", por grave que sea el motivo que los congrega, por altos y nobles y humanitarios que sean los fines que persiguen, mientras de más solemnidad y estiramiento las revisiten, mientras más ahuecan la voz en discusiones y propuestas, mirados fríamente y en sus resultas negativas casi siempre, cuando no contraproducentes (¡a raíz de los grandes congresos pacifistas se registran las grandes guerras!), se palpa que son comedia pura que Aristófanes habría firmado sin titubeos?...

Nos instalamos en la toldilla de popa donde, caprichos de la casualidad, la mesa queda precisamente debajo de los dos cañones mayores que este animalito guarda en su seno. ¿En vez de Aristófanes irá a terciar Esquilo?... De común acuerdo previo se designa presidente, director de debates o lo que fuere, y por culpa del mediano inglés que poseo, resulto yo el elegido para "tan arduas deliberaciones". En pasar lista, registrar y cotejar plenos poderes, etc., se ha pasado el tiempo y nos llaman a comer. Pocos almuerzos vi tan regocijados: *bonne chère*, caldos no malos, *esprit* de comensales y el mar en calma, se podría entonar el "Dichoso aquel que tiene su casa a flote..." Se ríe, se brinda, se fuma, hay beatitud en las fisonomías, y en los espíritus, al parecer, ciega confianza de que todo saldrá a pedir de boca. Después, ejercicio digestivo al aire libre, cabildeos y grupos acusadores de las "afinidades electivas" caras a Goethe.

Don Salvador Gallegos y don José Rosa Pacas, se nos juntan a Rebolledo y a mí, y me ponen en autos, la propuesta guatemalteca trae entre sus cláusulas una terrible: la facultad a los ejecutivos de las Partes Contratantes, de entregar a los refugiados políticos, a la primer demanda!...

Abismado, pienso que semejante cláusula,—ya sería de cuidado hasta entre países limítrofes que fueran respetuosísimos de la vida humana,—en estas tierras centroamericanas que carecen de

entrañas, equivaldría su vigencia a abrir de par en par las puertas a las peores hecatombes, y a que los odios políticos, en todas partes los más pavorosos en sus efectos, y aquí inverosímiles, se desboquen y las asuelen.

A mis informantes, sólo les contesto, que no creo posible que figure en proyecto ninguno; pero en mis adentros júrome combafirlas con todas mis fuerzas y, en último caso, no subscribirla nunca: es cláusula canibalesca.

Se abre la sesión. Guatemala tiene la palabra y presenta su proyecto ¡que sí contiene la espeluznante cláusula!... Responde El Salvador con el suyo. Honduuras, Costa Rica y Nicaragua, permanecen a la expectativa. La asamblea nos pide a Merry, a Combs y a mí, que de entrambos proyectos formemos uno solo, que todos los interesados directamente en el asunto escucharán y discutirán en presencia nuestra. Mucha prisa se me antoja que les corre.

La tarde ha muerto, y las sombras de la noche se recuestan sobre las ondas con pudores y suavidades de recién casada. Las luces de San José, apenas si se divisan; pues aunque se ha procurado mantener el "Marblehead" al garete, las corrientes y el oleaje han ido empujándolo mar adentro, donde el balance de la nave se hace más sensible. Lllaman a la comida, y la sesión se interrumpe.

Ya esta comida no resultó tan jocunda como el almuerzo, no obstante los esfuerzos que por animarla intenta el bravo comandante Mulligan, la salsa dominante es la preocupación; los plenipotenciarios centroamericanos no se miran entre sí ¿con qué objeto?, nos miran a Merry, a Combs y a mí, convencidos,—¿no lo estaban desde un principio?...—de que no es cierto que estemos aquí en calidad de festigos, consejeros ni amigables componedores ¡quía! sino como árbitros; y en ese campo, espinoso de suyo contando Guatemala,—si ha de creerse a las malas lenguas—con el apoyo incondicional de Combs, mi pobre persona poco o nada ha de importarles. Lo que no es para mí muy halagüeño que se diga, seamos francos. Tras los truenos celestes que amenizaron el ágape, la lluvia ha empapado el cañonero; y tras el café, los licores, y los tabacos servidos dentro de la cámara del comandante, en el cerrado recinto de ésta y a petición general, reanudamos la sesión, a sabiendas de que el escollo va a serlo la triste cláusula antihumanitaria.

Después que los guatemaltecos la defienden a capa y espada, estimulados con el beneplácito que se dibuja en el semblante afeitado y duro de Combs, que los salvadoresños la impugnan con todas sus veras, enderezándome furtivos mira-

res de angustia; y que los delegados de Honduras y de Nicaragua parecen absorbidos frente al palpar de las cortinas de los ventanillos abiertos, sacudidas por el viento del large, propone Combs que procedamos a la redacción del documento definitivo, redacción que comienza con mansedumbres columbinas: creeríase que entrambos proyectos se acuerdan a maravilla y que nosotros somos unos "acordadores" de primo cartello. El tal arreglo va al vapor, pues en nada acortan su prisa una que otra objeción sin mayor importancia, hasta que no tropezamos con la cláusula de la entrega de refugiados políticos. Declárola inaceptable por esto, por aquello y por lo de más allá. Mientras he ido hablando, adrede muy en calma la voz y los ademanes, observo con júbilo que el honrado Merry y el hidalgo Mulligan,—invitado, como dueño de casa que es, a presenciar nuestras bilíngües deliberaciones,—están conmigo a juzgar por sus discretos y afirmativos cabeceos. No bien callo, Combs se me viene encima con pobre argumentación "suficientista", de individuo engreído que calcula que nadie ni nada ha de enfrentársele.

Pronto mis réplicas y las suyas se cruzan a modo de dos aceros; pronto la controversia degenera y se convierte en pelea verbal. ¡Ni quien ose terciar en la empeñanada contienda, ni hablar por lo bajo con los suyos, todos miránnos con manifiesto azoro! Sólo en los ojos dulcemente claros del viejo Merry, se advierte serenidad. Mulligan va y viene de la cámara al comedor y del comedor a la cámara. Brown, despidiendo chispas al través de los cristales de sus espejuelos, y Rebolledo ha ido acercándoseme hasta quedar a mi lado. A vueltas de porción de argumento mutuos, y palpando yo que la divergencia se envenena más a cada instante, cual mordeduras de víbora, barreño mis naves y en medio a un silencio imponente declaro, como ultima ratio de mi parte, que nunca suscribiré en nombre de México un pacto en que figure cláusula semejante...

Nadie chista ni se mueve. Combs, en cambio, visiblemente descompuesto a pesar de la decantada flema anglo-sajona y de su investidura diplomática, pierde los bártulos cegado por una ira que nada justifica, y entre otras sinrazones permítese aconsejarme que deponga yo mi "obstinación" y reflexione en que voy a disgustar al Presidente Roosevelt!!!!...

Todavía, guardando las formas, le contesto que yo no sirvo al Presidente Roosevelt, sino al Presidente de México... Y mi respuesta le hace el efecto de una banderilla de fuego; desorbitados los ojos abandona su asiento y llégase a mi me-

sa, que por dos ocasiones golpea con el puño. Me amenaza francamente:

—"Mr. Gamboa, I am a short tempered..."

Simultáneamente, se interpone Merry, yo me levanto y los demás nos cercan, presas de comprensible estupefacción. Doy a todos las buenas noches, y en voz alta digo al comandante Mulligan, que me estrecha la mano con las dos suyas:

—Ruego a Ud., señor comandante, que mañana a primera hora se sirva desembarcarme en San José.

Y ahogado de bilis salgo a cubierta y me dejo caer en un sillón de mimbre que diviso en la penumbra de la toldilla. A poco, reúneseme Rebolledo, y luego, Gallegos, muy conmovido, me dió las gracias y se perdió en la sombra del buque. De parte de Mulligan, un steward me lleva una taza de té, que apuro con delicia.

Ya refugiado en el camarote, que comparto con Francisco Bertrand, de Honduras, pienso en las resultas probables de mi actitud, en la resonancia que alcanzará este fracaso de la conferencia. ¿Aprobará el General Díaz mi conducta?...

20 DE JULIO

Mal he dormido, y en cuanto Dios echa su luz, me asomo a la porta: linda mañana que refresca una suave brisa; el Pacífico, en calma, se despereza con rumores seducidos. ¿Por qué no se descubriría la línea de la cosía, si no hay ni asomos de neblina? ¿quedará San José del otro lado del buque?... No, tampoco se divisa la costa, hemos de habernos alejado más aún, durante la noche. En el comedor encuéntrome a otros madrugadores que me saludan con reservas visuales, y hay alguno que aventura alusiones veladas a mi resolución de marcharme en seguida. Fuí en busca de Mulligan, a inquirir la causa del alejamiento del barco. Sonríe y me asegura que en poco tiempo haremos rumbo a San José. Esquivo encuentros, y acompañado de Rebolledo paseo por la proa de la nave, donde marinos y soldados nos detallan al soslado. El "Marblehead" ha apresurado sus andares y de veras enfila hacia la cosía. Estoy como sobre ascuas.

Arturo Ubico me da alcance y en lo confidencial insiste porque, antes de separarme, vaya y les hable a todos. Lo complazco desde luego, y de pronto surge Combs, escoltado por un grupo con el que departe animadamente; despréndese de él, y con extrema seriedad me indica su deseo de hablar conmigo aparte unas cuantas palabras. ¿Será el epílogo del incruento choque de anoche?... Lo sígo, sin embargo, y ¿cuál no será mi sor-

presa al ver que me tiende entrambas manos y, por añadidura, me presenta sus excusas por su desiemplanza de anoche!!!...

—“He reflexionado,—díceme,— y reconozco que “tiene Ud. razón: no debe figurar esa cláusula”.

Al vernos volver de bracero, nos saludan con aplausos. Y celebramos la sesión final de esta conferencia—relámpago,—que pudo interrumpirse como el Rosario del cuento,—bajo las bocas de los cañones monstruosos. A eso de las 11, subscribimos el Tratado de paz, que reconcilia,—¿por cuánto tiempo?...—a las Repúblicas de Centroamérica.

21 DE JULIO

Del modo más casual me fue dable conocer al medio día de hoy en la joyería de mi buen amigo teutón Germán Porcher, la magnífica pieza de orfebrería con que el Gobierno de Guatemala obsequiará al ministro Combs, por la activa y eficaz participación de éste en la Conferencia de paz: es una grande jarra, de vermeil, cuajada de gemas...

Por la tarde, a recibir a los deudos del general Regalado. Después de saludarlos tengo que repetirles lo que ya debe de haberles dicho el funcionario que vino a encontrarlos: que Estrada Cabrera ha mandado apercibirles alojamientos en el Gran Hotel, y que en las afueras de la estación los aguardan dos landeaux del Gobierno. La anciana madre de Regalado, que llega transida de dolor, declara que sólo a mi casa ha de irse... Al fin resolvemos ellos y yo, que don Francisco A. Reyes, que es yerno de la señora y por eso la acompaña,—la viuda del general quedó en Santa Ana,—se instale en el hotel, que doña Tona,—según familiarmente denominan a la pobre madre inconsolable,—vaya a la legación de México, como lo desea, y que todos ocupemos los carruajes de Palacio.

Cuando desembocábamos en la avenida ¿por qué se intensificarían tanto los repiques de todos los templos, el desaparecible restallar de cohetes, los estruendosos vivas a Guatemala y a Estrada Cabrera, por el feliz desenlace de la guerra y de las Conferencias?... La señora de Regalado, ya muy emocionada, no puede más, ha creído, sin duda, que la causa de tanta alegría es la muerte de su hijo (para mí que está en lo justo), y su facticia fortaleza se le acaba de un golpe; reaparece la madre, y se echa a llorar, sacudida de sollozos... Así llegamos a casa, bajo las guirnaldas de papel atadas de acera a acera, bombardeados por los cohetes y los gritos, al compás de los pasos dobles y marchas triunfales de las bandas militares que van y vienen por las

calles.. ¿Que les habría costado interrumpir, por unos instantes, entusiasmo tan ruidoso, permitir que esta pobre madre sin hijo no escuchara a su paso semejantes manifestaciones, artificiales al fin y al cabo?...

Invitación de Estrada Cabrera para el banquete que de hoy en ocho días ofrecerá en el palacio presidencial “al Hon. Cuerpo Diplomático”,—léase Mr. Leslie Combs.

24 DE JULIO

Al cabo de tercas gestiones, logrados los dos objetos que me preocupaban: la devolución a sus deudos, del cadáver del general Regalado, y que todos mis asilados reintegren sus hogares, sin peligros ulteriores de ninguna clase!...

28 DE JULIO

De algún tiempo acá, se ha hecho costumbre en estos gaudeamus palaciegos, que a la hora del café y los licores se entrevere la estirada tertulia de sobre mesa con una ceremonia que no carece de significación y solemnidad: bajo el haz de banderas que decoran uno de los testers del salón de desahogo, por orden de precedencias sucesivamente van estacionándose los ministros diplomáticos, en tanto la orquesta ejecuta el himno de cada uno de los países que aquellos representan, y todos los concurrentes, del Presidente abajo, permanecen de pie y en silencio, para, en cuanto cesan las notas extranjeras, aplaudir protocolariamente.

27 DE AGOSTO

Porque nunca lo llevé a cabo en mis pernanencias anteriores, después de meditarlo mucho, “la cosa pública” anda muy turbia y sospechosa, y mi neurastenia de punias, por culpa de los últimos sucesos, resolví el viaje y, con la fresca de las 7 de la mañana de hoy, hemos salido rumbo a la Antigua Guatemala.

El primer poblado que cruzamos por su calle única, se apellida Mixco y goza de celebridad mercedamente ganada con un muy alto ejercicio: proveer de nodrizas indias y sanas a toda la República. De Mixco era la mansa vaca humana,—¡Dios le dé mucha vida y mucha dicha!—que amamantó a nuestro hijo, y que por su nombre fue causa, (llámase Corona), de que los íntimos de casa declararan a mi muchacho “el heredero de la Corona”. Todas las hembras mixqueñas las consideran minas de vetas inagotables los hombres del pueblo, quienes no tienen otro oficio sino fecundarlas a derechas o a tuertas, quiero decir, por ante la Iglesia o a espaldas de la Iglesia, lo importante es que haya siempre criande-

ras de alquiler. Lo restante del tiempo, esos varones filósofos y sabios se la pasan tumbados a la bartola, ora por cansancio fisiológico, ora por exceso de chicha o de "guaro",—un aguardiente de olla que cuece gaznates,— y muy convencidos de su significación social: sin ellos no habría chiquillos ni, consiguientemente, acomodados pingües en las casas prolíficas y en las adineradas. Viven y mueren a la manera de sultanes, ¡oh! unos sultanes calzados de huaraches y vestidos de manta sucia, pero al fin sultanes. La jugosa charla de Foronda, a los principios un tantico desconfiado, me indemniza de saltos y magalladoras.

Al término de la primorosa Cuesta de las Cañas estaban aguardándonos, en buenos carruajes particulares, un hijo de doña Hersilia, José María, y don Vicente Aceña. Inmediata translación de nuestros cuerpos molidos. Y a las 4.30 de la tarde entramos en esta hechicera y destrozada Antigua.

28 DE AGOSTO

Iniácese los matinales paseos a caballo; voy caballero en soberbia yegua extranjera de gran alzada y no escasos bríos, muy bien acompañado de dos conocedores amables: José M^o. Coriño y don Manuel Matheu.

Deliciosa toma de posesión de estas alamedas. Conozco las fincas cafeteras de "El Cubo" y "El Potrero". En la primera nos hemos gratificado con un baño frío, de estanque.

Pésima la tarde, probablemente la fatiga de la equitación exacerbó mi neurastenia.

29 DE AGOSTO

La Antigua, al atardecer, presenta belleza indecible. Mientras más sombras se le echan encima, más crece su hechizo... Para que nada le falte, hasta el río en que se mira muy parcialmente, le aumenta su imán secreto y brujo, menos por el pobre caudal de sus aguas que por lo que su nombre tiene de sugestionador e inusitado: se llama "El Pensativo..."

1^o DE SEPTIEMBRE

Por la mañana, siempre a "El Salto", cuyas termas producenme manifiesto bienestar y contento. El camino que a ellas lleva, ostenta en los arrabales de la ciudad en ruinas callejas casi africanas, paredes de cañaveral, muy angostas, en las que juegan chicos semi-desnudos y duermen los mastines, tumbados al sol. Luego, los campos, las alamedas numerosas que huelen a perfumes montañoses y a melancolía de almas; y allá, en el horizonte, como manada de búfalos gigantescos que exhaustos por larga

caminata se hubiesen echado en las afueras, los cerros, y más allá, los volcanes, enormes, altaneros, a un tiempo mismo hermozeando y amenazando, perpetuamente, la ciudad y sus contornos... Hasta en nuestras caballerías adviértese esta satisfacción, meramente animal y física, que a nosotros nos sale por los poros.

A la tarde, el templo y el claustro de Las Capuchinas por fuera y por dentro, claustro y templo hechos añicos, en mágico equilibrio lo poco que de uno y otro dejaron los siniestros y sacudidas.

¡Ah, ciudad mártir, ciudad doliente, que te nos adentras sin que lo sintamos ni nos sea dable evitarlo, que rindes y subyugas a tus visitantes con el prodigio de tus encantos tristes!...

5 DE SEPTIEMBRE

Dilatada excursión hípica, a San Antonio, Dueñas y Urías.

En la tertulia de esta noche me favoreció con su asistencia mi respetado amigo don Manuel Matheu, caballeroso y distinguido octogenario que aún conserva en porte y maneras la prestancia de su cuna y las elegancias de sus años juveniles. Ni un instante me le separo, que no de hoy me he percido por el comercio con los ancianos ¡nos enseñan tanto con su plática y evocaciones!

Con qué gracia señorial y de buen tono me describe cómo conmemoró, hace dos años, sus bodas de oro, cuya nota culminante fué la comunión que hizo rodeado de sus descendientes una brigada compuesta de todos los sexos y todas las edades.

Luego, a propósito de las ruinas de San Francisco, de que yo le hablé, ¿sería el señor Matheu o algún otro, quien me contó porción de milagros, realizados por Pedro de San José Bethancourt, el "Hermano Pedro", no canonizado todavía porque le falta, únicamente, hacer dos milagros más de los varios que hiciera en vida: resucitó a una difunta, a una lagartija la transmutó en alhaja de precio, y después, la volvió lo que era; y a don Rodrigo de Arias Maldonado, orgulloso conquistador de Talamanca, en Costa Rica, lo convirtió al catolicismo? Todo ello sucedió en el siglo XVII. Era Pedro, oriundo de la aldehuela de Villafior, en Tenerife, donde nació el 1619, donde apacentó corderos cual rapaz y donde despertaron sus inclinaciones místicas y sus ansias de partirse a América, a convertir infieles": levantaba altaricos, carpinteaba cruces, rezaba, rezaba mientras friscaban sus corderos. A los 45 años cumplidos, vino a Guatemala, mas como resultase negativo para ciencias y letras, alistóse en las filas de la Tercera Orden de Penitencia. Sin otra ayuda que la divina, fundó

menguado hospital a orillas de éstas entonces metrópoli, al que agregó, a poco, oratorio y escuela. La fama de su caridad y su ascetismo que, sólo son de comparar a los de San Francisco de Asís, lo ha sobrevivido de generación en generación, sin trazas de extinguirse nunca. Y lo que la tradición popular conserva y cuenta de su gesta apostólica, es cosa de pasmo.

Testigo involuntario, cierta noche, de la muerte airada del apuesto seductor de la hija de un calderonesco hidalgo, a la mañana siguiente llamaba a la puerta de su humilde hospital la cuitada doncella, que, por ciego amor, había dejado de serlo. De hinojos frente a él, a punto de perder el juicio, le narró la trágica historia: los amantes, descubiertos por el padre hidalgo, quien con su propia tizona, sabidora de soles italianos y flamencos, ahí mismo dió al galán muerte instantánea, y a ella, la mancilladora del hogar linajudo, que portaba suntuosas ropas y aun guardaba albo delantal de batista ensangrentada con la sangre del amado,— a cuyo cuerpo se abrazó, arrojando la ira paterna,— la arrojó de la casa, inflexible y justiciero. Pidióle al Hermano encierro eterno en su convento, pero antes, ¡tierno anhelo de enamorada! que la acompañara al sitio en que los criados sepultaron el cuerpo para regar unas flores frescas como último adiós... Juntos salieron la moza noble y el varón evangélico, pero en vez de enderezar sus pasos rumbo al mercado y centro de la villa, consigo la llevó él, a campo traviesa y cruzando las ondas diminutas de El Pensativo, hacia el preciso punto del sepelio clandestino. Llegados allí, la dama lloró sin consuelo y enjugaba los terciopelos de sus ojos con el delantal manchado. Y el delantal, de golpe, se colmó de claves!...

6 DE SEPTIEMBRE

Almuerzo en la finca de "Jauja", muy concurrido, con bailoteo de postres, bajo las centenarias frondas.

Luego, hasta San Juan del Obispo, en pleno Volcán de Agua. Ojeada a deliciosa "bombonera" mandada edificar por doña Beatriz de la Cueva, la ambiciosa segunda consorte de nuestro "Tonatiuh", el Sin Miedo y Sin Entrañas, fundador de la célebre urbe de Santiago de los Caballeros que los volcanes de Agua y de Fuego habían de reducir al triste estado que hoy guarda, matando, por añadidura, a doña Beatriz, aquel mismo año de 1541 en que ambos fallecieron: don Pedro de Alvarado, de resultas del golpe que sufrió al caerle encima el caballo del escribano Montoya en una cuesía de Nueva Galicia, y doña Beatriz, víctima del espantoso terremoto que acabó con la ciudad.

¡Lástima que todo me lo eche a perder don N. N., con inoportuna e insulsa charla teosofista!

Por la noche, frente a nuestras ventanas ya cerradas, serenata de marimbas con que nos regala la colonia mexicana de La Antigua y que mucho ha de contrariar a las autoridades locales.

8 DE SEPTIEMBRE

Invitado por el joven abogado don Vicente Aceña, lindo paseo de diez leguas en su buggy, hasta Chimaltenango, capital del Departamento de su nombre, con unos 3,000 pobladores. Nos fuimos, a la ida, por San Luis de las Carretas, El Tejar. —donde estaba de fiesta: indios, cohetes y músicas,— y finca de "La Alameda", en que almorzamos. El regreso fue por Iztapa, Parramos, y de nuevo San Luis de las Carretas. Ebrio de oxígeno, de montes, campo y precipicios, vuelvo después de anochecido.

9 DE SEPTIEMBRE

A nuestro día de campo en "El Portal", adonde llegamos en tropel de carruajes, caballos, carretas, risas y alegría. El club femenino "La Huelga", integrado por nutrido grupo de bellezas antiguas, es el organizador del agasajo que se prolongó hasta bien entrada la noche.

10 DE SEPTIEMBRE

Excursión hípica, con la fresca de la mañana, hasia "El Pintado".

A la tarde, visita al Colegio y a la Casa de Alvarado, y a lo último, en la tienda de afamado anticuario, donde realizamos algunas compras precursoras de nuestra partida próxima.

11 DE SEPTIEMBRE

El día entero, en el ingrato ajeteo de liar bártulos.

La tertulia de la noche, por ser la postrera, concurridísima. Despedida de esta excelente familia de Pedro Cofiño, que tan cariñosamente nos dió albergue cordial e inolvidable.

12 DE SEPTIEMBRE

A las 4.30 de la tarde llegamos sanos y salvos, aunque muy cansados, a la casa de la legación en Guatemala.

En cuanto mírome dentro de sus muros, la impresión invariable: ansias de marcharme definitivamente de este país de dolor y despolismo, y no porque no me aten a él porción de sinceros cariños que por activa y por pasiva me lo hacen muy caro ¡quía!, sino porque de ver y compartir sus sufrimientos, siéntome prisionero y desdichado.

20 DE SEPTIEMBRE

Muy grave la situación política, nue-

va guerra con El Salvador, ad portas. Tengo que conceder asilo a un grupo de guatemaltecos cuya existencia, de otra suerte, peligraría sin duda. Vienen, pues, a vivir en casa desde hoy: Emilio de León, —que escapó de que le echaran el guante por mera casualidad y gracias a la malicia de la sirvienta que de parte de su esposa fué a prevenirlo al Club,—y dos de los hermanos Vitteri, Juan y Adolfo, mis amigos desde los lejanos años de 1888-89, en que todos éramos mozos y solteros. Como de costumbre y después de que Relaciones aprobó, por el cable mi conducta, voy en persona a participárselo a Estrada Cabrera, quien, fuscando el freno me da, entre bromas y veras, una respuesta que se me antoja biografía sintética del personaje:

"Muy bien han de estar en compañía tan grata, cébemelos (sic), don Federico..."

21 DE OCTUBRE

Antonio Batres Jáuregui,—uno de los valores sólidos, de los varios con que mercedablemente se ufana la mentalidad guatemalteca de estos tiempos, aunque él ya no sea un mozo,—cuéntame, y es además, persona muy fidedigna, que en su reciente viaje a Río de Janeiro tuvo ocasión de ver los regalos que el Gobierno

brasileño hizo a Elihu Root y su familia. Positivas maravillas: para Root, azafate de oro macizo, con la inscripción de "¡Libertad o Muerte!", (obsequio a don Pedro I, cuando el Brasil se declaró independiente de Portugal), para la señora de Root, dentro de primoroso estuche de madera de rosa ¡¡¡100,000 dólares en brillantes brasileños, de incomparables aguas!!!, y para la señorita Root, dentro de estuche de sándalo, esmeraldas, también indígenas y extraordinarias, por valor de ¡50,000 dólares!

Esta familia Root anda ahora recorriendo "el mundo de Colón" con una martingala que siempre produce, por lo menos, eso: grandes fiestas y no menudos regalos. El, Root que es un estadista justamente acreditado en su tierra y un abogadazo de primera fuerza, diz, que ha emprendido la jira,—a bordo, por supuesto, de formidable acorazado yanqui, a fin de que no se nos olvide la fuerza de los Estados Unidos.—para anunciarnos un flamante evangelio de confraternidad sin-cera (?) y continental, que, si nos lo tragamos habrá de acarrearlos quién sabe cuántos deleites y beneficios... ¿Cuándo nos convenceremos de que tales mojigan-gas no son, en el fondo sino la poudrex aux yeux?

1907

8 DE ABRIL

Muy sigilosamente comuníqueme Juan J. Ortega cuando viene a casa la noche de hoy, la noticia llegada por el cable: ayer asesinaron en calles de la ciudad de México, al general don Manuel Lisandro Barillas, ex Presidente de Guatemala y, a últimas fechas, refugiado político entre nosotros.

9 DE ABRIL

"Emigrado político", desde México, participé directamente la nueva del asesinato; aun me pide que lo avise a la familia del general, en Quezaltenango...

No hay quien no señale a Estrada Cabrera como el autor intelectual del crimen, cuando quizás no lo sea.

25 DE ABRIL

Todos estos días en ansiosa espera de noticias oficiales de México. Aquí la inquietud es indecible y la tirantez de mis relaciones con el Gobierno de Cabrera en manifiesto aumento. Creo que dicha tirantez nunca ha de haber sido como la actual y como la que se avecina.

28 DE ABRIL

¡Hasta que Dios quiso! Llegó a las

11 de la noche, el siguiente telegrama:

—"Ministro Mexicano — Guatemala
"—En vista constancias causa instruída
"contra Florencio Morales y Bernardo
"Mora, por homicidio General Barillas,
"y con arreglo art. 5 Tratado Extradición,
"pida por nota detención provisional Gene-
"ral José M^o Lima, contra quien se ha dic-
"tado orden de prisión como instigador o
"cómplice del delito. Van documentos ne-
"cesarios extradición. Además, conforme
"al art. 16 mismo Tratado, pida la com-
"parecencia personal aquí del Jefe puer-
"to San José, Onofre Bone, como testigo.
"Haga presente que aun cuando indicado
"probablemente es guatemalteco, y el Tra-
"tado no establece la obligación de en-
"tregarlo, no quita la facultad de hacerlo
"y tiene ese Gobierno el interés de que
"por tal medio se aclare en todos sus por-
"menores un delito de tan excepcional
"gravedad cometido por guatemaltecos.
"Conteste inmediato recibo. — Mariscal".

29 DE ABRIL

Desde esta mañana en que se supo la noticia, un huracán de estupor y de pánico se ha abatido sobre la ciudad y sus pobladores: Estrada Cabrera salvó milagrosamente de la mina que estalló bajo

su carruaje, en la 7ma. Avenida Sur, noticia que a mí me comunicó el abogado tabasqueño aquí domiciliado desde hace tiempo, don Mariano Salas, cuando abría yo mis balcones...

Por mi actual carácter de decano del Cuerpo Diplomático extranjero, convoqué de urgencia a casa a mis colegas, para que de común acuerdo resolviéramos lo que hubiera de hacerse en circunstancias tan delicadas. Se resolvió que, incontinenti, nos trasladáramos todos los jefes de misión a la Secretaría de Relaciones Exteriores, y que yo expresara al Ministro nuestras condolencias oficiales y particulares.

D. Juan Barrios M., nos pormenorizó a su modo el atentado y excusó al Presidente porque no nos recibía en persona, "pues hallábase recluso en sus habitaciones". Díjele mi speech, y en su respuesta, mis colegas y yo mismo advertimos dos o tres reticencias, marcadamente enderezadas a mi persona (???...) Por remate, la copa de champagne que aquí es de rigor, igual cuando hace sereno que cuando hace nublado o tempestuoso.

30 DE ABRIL

Pareció la madre del cordero, o el por qué de las reticencias de ayer, de don Juan Barrios M. Poco antes del mediodía, recibí la siguiente nota de este Gobierno:

— "Secretaría de Estado — Guatemala — la, 29 de abril de 1907 — Señor Ministro: — "Tengo la honra de dirigirme a V. E. para manifestarle que la Auditoría de Guerra informa que en el proceso instruido con motivo del asesinato frustrado esta mañana contra la persona del Excmo. señor Presidente Constitucional de la República, aparece ampliamente comprobada la participación como coautores y cómplices, de los guatemaltecos Enrique y Jorge Avila Echeverría, Baltazar Rodil y otros, quienes, según los informes de la misma autoridad, se hallan asilados en la Legación del muy digno cargo de V. E. — Esta Cancillería no duda, Señor Ministro, que al imponerse V. E. de lo expuesto, tomando en cuenta la gravedad de semejante crimen del orden común y la nacionalidad de los refugiados, V. E. se servirá poner dichos criminales a disposición de esta Secretaría para que puedan ser entregados a la autoridad que los juzga. — Anticipo a V. E. las debidas gracias y le reitero la seguridad de mi más elevada consideración — (f) Juan Barrios M."

No tuve que pensar mucho lo que debía yo hacer ni lo que debía decir: en las grandes dificultades de mi modesta vida, trátase de las íntimas o de las otras, he podido observar que siempre fué el

mejor mi primer impulso, — las "voces interiores" de Juan de Arco, que todos llevamos dentro, aunque rara vez querramos obedecerlas. Me apercibí a sobrellevar las probables consecuencias del acto que iba a realizar, — que estos señores me enviaran mis pasaportes o que mi Gobierno reprobara mi conducta, y me retirara y procesara, y rogué a mi pobrecita mujer, — cuyos nervios estaban de punta, por culpa de los sucesos de estos últimos días, que alistara nuestras maletas por si teníamos que salir violentamente de Guatemala. Luego, me encerré con Domingo Nájera y De Pindither en mi gabinete de trabajo, y le dicté de un solo aliento, esta respuesta:

"Es tal la magnitud de la ofensa que se contiene en la nota que V. E. me ha dirigido el día de hoy, con fecha de ayer, en la cual osa temerariamente suponer capaz a un representante del Gobierno de México, — Gobierno que por dicha nuestra se halla universalmente respetado y cuya honorabilidad, dado su comportamiento diario en todas sus cuestiones, sólo puede ser puesto en tela de juicio por un ofuscamiento, — es tal la magnitud de la ofensa, repito, que mi respuesta debiera de limitarse a exigir de V. E. la entrega inmediata de mis pasaportes y de los pasaportes del personal de la Legación a mi cargo. — Esta Legación ha concedido en diversas ocasiones, — ¡y con cuánto júbilo cuando yo fuí quien lo concedió! — un asilo inviolable para personas todas ellas honorabilísimas, que no habían cometido más delito que ser opositores y desafectos (no me toca a mí juzgar si con razón o si ella) a la administración del actual Presidente de Guatemala, Excmo. Señor Lic. D. Manuel Estrada Cabrera. — Pero que de ahí se siga el que V. E. se permitiera calificarme de ocultador de reos de un delito de orden común, es cosa que no puedo consentir; y a reserva de lo que mi Gobierno resuelva en este caso sin precedente, yo arrostro el todo por el todo y me complazco en conceder la autorización indispensable y previa, para que esas autoridades guatemaltecas que V. E. dice tan bien informadas, pasen a esta Legación acompañadas de V. E. — condición sine qua non, — a cerciorarse por sí mismas de lo delirante de su imputación; dado que prefiero mil veces violentar en cierto modo, bajo mi directa y personal responsabilidad, el principio consagrado de extraterritorialidad, a que un Gobierno cualquiera pueda suponer que en una Legación de México se perpetra el delito de ocultación de criminales. — Quedo en espera, sin moverme de esta Cancillería, de que V. E. se digne fijar la hora, hoy mismo, en que

"pasará con las autoridades que mejor le plazca a efectuar un cateo, para el cual yo me honro en otorgar el más amplio de los permisos. — Acepte V. E. las reiteradas seguridades de mi alta consideración".

Poco duró mi natural desasosiego, aun no terminábamos de cifrar el telegrama en que comunicaba a México lo ocurrido y la esencia de mi contestación, cuando recibí la de D. Juan Barrios M., que dice a la letra:

"Siento profundamente y deploro con la mayor sinceridad que mi aludida nota haya causado tanto desagrado como revela su ya citada comunicación, pues aquella no llevaba otros fines que poner en su noticia dicho informe, para el caso de que V. E., llevado de su generoso y reconocido altruismo, hubiese concedido asilo a coautores y cómplices en el asesinato frustrado contra la persona del Excmo. Señor Presidente, en la creencia de que se trataba, como V. E. lo reconoce y declara explícitamente, de delitos puramente políticos, para los cuales V. E. dice haberles prestado más de una vez asilo inviolable en la Legación, por los motivos y en las circunstancias que se digna expresar. — Por otra parte, a la ilustración de V. E. no se oculta, que conforme a la doctrina general de los tratadistas y a la práctica de todos los Gobiernos cultos, no constituye ofensa la solicitud de entrega de delincuentes asilados en una Legación, hecha en la forma cortés y correcta que tuve la satisfacción de emplear en mi ya citada comunicación, con la mira de informar oportunamente a V. E., sin ánimo de causarle el menor desagrado y en el sano deseo de auxiliar a la justicia. — Esta manifestación franca y leal de parte de esta Cancillería, demostrará a V. E. inequívocamente que ella confía en la muy honorable aseveración de V. E. de no encontrarse en esa Legación los reos aludidos en mi nota, y en el deseo de que se sirva aceptarla con el carácter de la mayor sinceridad que en efecto reviste, me es grato renovar a V. E. la seguridad de mi consideración más elevada. — (f) Juan Barrios M."

Conjurada la tormenta, no quiero recibir a nadie, y cual siempre me ocurrió cuando experimento alguna gran sacudida en mis pobres nervios, dormí como un bendito.

1º DE MAYO

Indescriptible la fisonomía de la ciudad y la de sus moradores nacionales y extranjeros; predomina el terror, muy justificado por cierto, y le cuentan a una cada especie, que hace dudar del equilibrio mental de los narradores.. Lo que

sí sábase a ciencia cierta es que los autores del atentado no parecen por ninguna parte, no obstante la búsqueda minuciosa y cruel llevada a cabo sin miramientos ni paños calientes, por los mejores sabuesos en que este Gobierno abunda. Ha habido incontables aprehensiones...

Al sentarnos a comer, llamaron desesperadamente al zaguán de la legación. Yo mismo salí a abrir, pues temí que fuera lo que fué, una demanda de amparo inmediato y urgente: eran, en efecto, los sobrinos carnales de Jorge y Enrique Avila Echeverría, acusados por las autoridades según despréndese de la nota de Relaciones,— una de las mejores familias de Guatemala, que cuenta varias por ese estilo en su buena sociedad, buena de veras, —dos vírgenes no mayores de veinte años, y un rapaz que frisaré en los 14 o 15. Su pobre madre, desde la puerta entreabierta de su casa, frontera a la legación, me los entrega en medio de sollozos...

—¡"Sálvemelos, don Federico, que van a venir a catear!..."

Ellas y él están transidos de pavor, pálidos, llorosos, apenas pudiendo hablar. Desde luego los recibí, aunque me ocurrió que el chico se volviera a acompañar a su madre y a su abuela, encamada desde hace tiempo, víctima de sus muchos años y de una dolencia cardíaca que obliga a sus hijos a ocultarle y paliarle cualquiera emoción honda que podría matarla de golpe:

—Vuélvete tu,—le dije,—pues nada podrán hacerle, y eres en estos momentos el único hombre de la casa...

Aun no nos levantábamos de la mesa, cuando los ruidos de la calle se apagaron del todo, —es de rigor que un silencio imponente acompañe y denuncie los atentados policíacos, vecinos y transeúntes se esquivan o se encierran,—nos anunció que el cateo estaba llevándose a cabo... A por, hecha un harapo, se nos presentó la madre inconsolable, hundidos los ojos, la faz cadavérica, agotado el manantial de sus lágrimas, enronquecida por el dolor y el espanto. Se abrazó a sus hijas, y sólo acertó a decirme:

—¡"Se llevaron a mi patojo"... (Dulce guatemalismo éste, con el que se designa aquí a los muchachos de pocos años).

Salí a tomar lenguas ¡que si quieres! No hay almas en las calles, y en el Club se encuentran tres o cuatro socios, en el colmo del terror. Cuéntanse horrores, se ha aprehendido a diestra y siniestra, témense quién sabe qué horrendos castigos... Llega N. N., que vive al lado de la Dirección de Policía, y nos asegura saberlo de labios de uno de los verdugos: al pobre chico sobrino de los Avila le apli-

caron espeluznante tormento al propósito de que confesara dónde estaban sus tíos. Malamente había de haber confesado lo que a la fuerza tiene que ignorar ¿acaso los que cometen un atentado de semejante naturaleza, confían éste y sus proyectos e itinerarios ulteriores a una criatura de catorce años?... El chico confesó la verdad pura, que todo lo ignoraba, hasta que no lo desmayó el sufrimiento que iba resistiendo estoicamente; al descoyuntarle los pies, perdió el sentido! Y allá se han quedado sus atormentadores, tratando de volverlo en sí!... Por primera vez he sentido no ser Júpiter, para ponerme a distribuir rayos en más de un sitio que yo me sé...

2 DE MAYO

Telefonema temprano y rápido: que le urge muchísimo que vaya yo a verla esta misma tarde, al obscurecer, cuando regrese de mi vuelta diaria por el Paseo de la Reforma al que sin falta concurre, no con mi mujer y mi hijo, sino con los secretarios, el cónsul y mi cuñado, todos armados, inclusive el cochero por si se registra cualquier agresión de orden del amo o de generación espontánea.

Todavía conmovido por lo que acabo de ver y oír escribo estos renglones, al principio resuelto a no estampar ni las iniciales de esa señora. Pero su acción ha sido tan humanitaria y cristiana, faltará aún quién sabe cuántos años para el presente tomo de MI DIARIO salga a luz, que cuando ello ocurra, ya ningún riesgo ni responsabilidad alguna se le seguirán a ella, a su esposo ni a sus dos hijas, con que los pocos o muchos que me lean se enteren de que en tierra extraña, exponiéndose a incalculables peligros, hubo una mujer, mexicana de pies a cabeza por añadidura ¡para nuestro mayor orgullo! que prefirió salvar a un grupo de caballeros bien nacidos, quienes por libertar a su infortunado país de ominoso despotismo lo arrojaron todo hasta bajar al atentado y sacrificar sus vidas, como probablemente irán a sacrificarlas, antes que negarles momentáneo asilo bajo el mismo techo que ampara el pudor y la pureza de sus hijas adolescentes, y su propia fama sin mácula, de dama irreprochable y perfecta casada.

¡Ah, hay que ser testigo diario de lo que es y lo que hace una de estas tiranías absolutas y salvajes de nuestra América para explicarse, así en el terreno árido de la idea pura se esconde el hecho, que personas cultas, acomodadas y de buenos pañales descendian hasta la perpetración de un delito del orden común, con el patriótico propósito de que su país y quienes a ellos los sobrevivan, al fin res-

piren a sus anchas y reivindiquen el derecho natural que asiste a todos los hombres de ser tratados como tales hombres y nunca como esclavos o como parias. ¡Hasta santos de verdad, han absuelto en sus escritos a los autores de determinados atentados y rebeliones!

He aquí las iniciales de su nombre, C. G. F. de C., y he aquí los hechos:

El día del atentado, 29 de abril, se impuso del sucedido a poco de consumado. Ordenó,—en estos momentos su esposo anda por Europa,—un mayor cuidado a la servidumbre, con los entrantes y salientes sobre todo, y optó por quedarse en casa. La mañana y parte de la tarde del día siguiente, nada notable, hasta la visita que le hiciera al anochecer la linajuda señora Romana,—su vecina pared de por medio,—respetabilísima anciana guatemalteca que por prestancia, simpatía y señorío, su espiritual y valiente intransigencia con la que satiriza, cuando no puede hacer cosa de mayor injundia, a "estos panteristas que están acabándose a Guatemala" (sic), evoca las marquesas espirituales e irreducibles del 93, que frente a la misma guillotina supieron sonreír y decir merecidas pestes de marafistas, robespieristas y demás gente ordinaria.

Pronto entró en materia ¡y qué materia! la señora de Romana:

—"Jugándome la cabeza, que por vieja ya ha de valer bien poco, pero jugando también sin que me asista derecho alguno ni humano ni divino, la de mis hijos y mis nietos, desde ayer tengo en casa a los autores del atentado contra Cabrera. Por un puro milagro, la policía no me la ha cateado, aunque de memoria sepa el gustazo que me daría ver colgados a la partida de pícaros que están tiranizándonos. Sin embargo, lo que no ha sucedido hasta ahora, puede suceder de un momento a otro, ya me eché a la cara inquietantes rondadores... Yo no podía rehusarles a estos muchachos el refugio que me pidieron, porque a los Avila los he visto nacer y su pobre madre es mi amiga de la infancia... No tienen escapatoria y se han resueltos a morir matando..."

"Si Ud. quisiera, mi buena amiga, Ud. sí que, por lo pronto, es la única que podría salvarlos... Si, sí, no se me asuste... La casa de Ud., por el carácter diplomático de su esposo, es inviolable, y además, nadie sospechará nunca que Ud. les tendió su mano ni por poco tiempo, un día, dos, los menos posible, que ni ellos ni yo hemos de comprometerla... Haga Ud. esta obra de misericordia, hágala por las hijas de Ud. y por los hijitos de ellos. Se pasarán por la azotea, en cuando anochezca, y se irán muy pron-

"to... Ud. ignora que esta casa tiene un "escondrijo secreto, que voy a enseñarle... "¿Verdad que sí accede? ¿que no va a negarse?..."

Y le descubrió el escondrijo, en un testero del salón: amplia estancia hábilmente disimulada tras un mueble...

La señora de C. comenzó por rehusar, alarmadísima, mas fueron tantas y tales las instancias de la señora Romoña, sus argumentos y palabras ¡hasta sus lágrimas!, que se allanó al cabo. Ya poco, después de que hubieron alejado a la servidumbre y a las dos niñas, los cuatro prófugos, a rastras por los tejados, se descolgaron uno a uno...

—“Y aquí están, Gamboa, y quieren hablar con Ud., y yo quiero que Ud. me libre de esta pesadilla...”

Como el tiempo me apremiara, Fidel Rodríguez Parra, a quien pedí me acompañase a la visita, y yo, movimos el armatoste que ocultaba la entrada del escondite y penetramos en la habitación secreta... Fué aquella entrevista única en su género, solemne, poética, con vistas al crimen y a la muerte. Los informes de este Gobierno, rigurosamente exactos; en efecto, los autores del delito abortado eran los dos hermanos Avila Echeverría, Enrique y Jorge, abogado aquel y médico éste; Julio Valdés Blanco, médico también, cuñado de ellos y padre de las dos chicas refugiadas en nuestra casa; y Baltasar Rodil, ingeniero electricista y autor de la máquina infernal. Su quinto compañero, Rafael Madriñán, colombiano por cierto, acertó a escapar en su bicicleta cuando a raíz de la formidable explosión testigos, policías y responsables perdieron la cabeza...

No era ocasión para reproches ni filosofías baratas. Los cuatro hombres mirábanse hondamente demacrados y fuera de sus quicios,—prueba inequívoca de que no eran criminales de profesión ni muchísimo menos,—y nuestras palabras y las de ellos (Fidel se tuteaba con Jorge Avila y Julio Valdés, porque juntos hicieron la carrera en la Facultad de Medicina), resultaban breves, precisas, con resonancias extrañas... Cuando un asunto reviste gravedad tamaña, todo lo que se habla suena a irrevocable y definitivo: bajo su honor, se marcharían cuanto antes de esa casa caritativa; estaban juramentados para mutuamente matarse, formando un círculo y apoyadas las bocas de sus revólveres en la sien del vecino y morir todos a un tiempo, antes que caer vivos en poder de Cabrera... Y me desgarraron el corazón con sus últimas voluntades que me formularon despacio, perdidos sus mirares en quién sabe qué cuadros y paisajes de dulzura hogareña, convencidos íntimamente de que, salvo un

prodigio poco probable, aunque ahora se sintieran sanos, fuertes y jóvenes, los minutos de sus vidas estaban contados, irremisiblemente contados.

Despojáronse de cuanto llevaban encima: anillos, relojes, dinero, carteras, reliquias; cortáronse mechones de cabello, besaron medallones oxidados con retratos familiares, y me lo entregaron todo, el ademán sereno, sin jactancias ni bravuconerías, las voces masculinas, apenas empañadas de emoción sofocada... “¡Para mis hijas!”..., “¡para mi madre!”..., “¡para mi mujer!”..., “¡que nos perdonen!”..., “¡que nos recen!”..., “¡que se lo oculten a mamáita, por su enfermedad!”..., —dijéronme, especialmente, los hermanos Avila.

Titubeante cual si hubiese apurado ajenjo y a punto de romper en sollozos, cargado con esas prendas sagradas, salí a esperar a Fidel,—retenido por ellos, después de nuestra despedida muda,—en el salón en que me aguardaba, impaciente y trémula, la señora de C., a quien tranquilicé desde luego: sus comprometidos huéspedes no la acongojarían mucho tiempo.

Ya en la “victoria” que nos devolvía a la legación, interrogué a Fidel:

—“Querían,—repúsome sombrío,—que esta misma noche les trajera yo cianuro de mercurio...”

9 DE MAYO

Antes del medio día he recibido este telegrama, que me pasma:

“Ministro Mexicano.—Guatemala.—“Recibida su correspondencia. Transládesse Ud. tan luego como llegue a San José “un barco de guerra nuestro que de pronto lo conduzca al Salvador, donde recibirá instrucciones. Despídase cortésmente de ese Gobierno y vaya acompañado de Nájera, dejando archivos, etc., en poder de cónsul Rodríguez Parra, como encargado de los negocios corrientes de la “legación.—Mariscal”. Pásmame, principalmente, esa despedida “cortés” que se me ordena... ¿Que será lo resuelto allá?... Por suerte, y gracias a instrucciones anteriores, hace días que estoy apercebido a realizar esta traslación de libros y ropas empacados y en espera de sufrir prisión en calas, y furgones, ¿qué irá a ocurrir?... Por lo pronto, a que sea, á la grace de Dieu!... Por lo pronto, a cumplir con lo mandado, mañana solicitaré mi audiencia de despedida.

10 DE MAYO

Mañana, a las 4 de la tarde, seré recibido en audiencia privada por el Presidente Estrada Cabrera.

Y lo que sucede siempre con las noticias que debieran ser secretas: todo el

mundo se halla al cabo de mi partida inminente, y la alarma en la ciudad es patente y con vistas a la angustia. Porción de personas han venido a informarse, y a todas ellas he tenido que contestar evasivas...

11 DE MAYO

Conocedor de mi gente, no quise ir solo a la audiencia presidencial, pues podrían haberse registrado incidentes de serias consecuencias, que yo estaría imposibilitado de contradecir, por falta de testigos. Llevé conmigo a Rodríguez Parra.

La entrevista, dilatada y solemne, con la copa de champagne que es aquí obligada rúbrica. Hubo momentos en que la verdad, la verdad verdadera,—de que es tan poco devoto en sus tratos oficiales este supremo mandatario,—asomó, azorada, su cándido rostro. Durante toda la plática mucho hablamos de entrambos incidentes, que, conjugados, han sido causa de esta aguda tirantez de relaciones: el proditorio asesinato, en México, del general don Manuel Lisandro Barillas, y el reprochable asesinato frustrado, aquí del propio Estrada Cabrera.

13 DE MAYO

Dos inquietudes alternan dentro de mí: que no tengo la menor noticia del "Tampico", y que nada se sabe del paradero o de la suerte que hayan corrido los prófugos autores del atentado contra Estrada Cabrera.

Por los raros periódicos yanquis que llegan hasta estas playas, es del dominio público el nombre del barco de guerra que viene en mi busca; y como su tardanza resulta inexplicable, salvo accidente, ya los maleantes le han puesto el remoquete del "Tampico". Es que Guatemala, cual todos los países despotizados, se ha hecho especialista en esto de satirizar, y con marcado ingenio casi siempre, sucesos y personas, por serios y trascendentes que los unos y los otros puedan serlo. Fabrica en la sombra sus saetas, que vuelan de boca en boca, y al cabo dan en el blanco, quiero decir, que llegan a oídos de la parte satirizada, por alta y poderosa que sea, a quien no queda otro remedio que tascar el freno, reabsorber sus bilis y hasta, si es menester, reír el chiste que les levanta ámpula. Bendita práctica, por otra parte de consumo universal, que permite desahogar justos rencores, sin que sabuesos ni chismosos descubran nunca al padre de la criatura.

20 DE MAYO

Muy temprano, la noticia trágica: hoy pusieron fin a sus vidas acosadas y en lenta agonía, los cuatro responsables del atentado!... Los detalles, paran los pe-

los de punia, resultan más dignos de Esquilo que de Dostoiewski: después de hacer, con visibles resultados mortíferos, varias descargas cerradas con el par de revólveres que cada uno empuñaba, sobre la tropa que, descargando a su vez sobre ellos las balas de sus fusiles, penetraron a aprehenderlos como si se tratara de adueñarse a sangre y fuego de una posición enemiga, cuando ya no contaban más que con el último cartucho, cumplieron su juramento, se formaron en círculo, sin hablar, recíprocamente apoyó cada cual en la sien de su vecino la boca de su pistola, y despidiéndose con la mirada, a un mismo tiempo dispararon los cuatro, y sus cuerpos cayeron para no levantarse nunca más!...

Mientras una consternación general corre las calles, a mí viene a darme puntual relación de la tragedia, nada menos que uno de los médicos que, de orden superior, acaba de trabajar en la autopsia de los cuatro cadáveres. ¿Cómo pudieron estos muchachos, durante veintidós días, atravesar longitudinalmente casi la ciudad íntegra, desde el barrio de la estación del ferrocarril hasta la casa número 29 del callejón del Judío, esquina a la Av. de San José, por el barrio de la Candelaria, sin delatarse y sin que policía ni tropa les hincara el diente?... He ahí un misterio que nunca, probablemente pondrá nadie en claro. ¿Dónde se alimentaron, dónde durmieron,—si es que a diario tuvieron la suerte de dormir y alimentarse? ¿almas samaritanas, con peligro de sus propias vidas y a sabiendas de quiénes eran ellos, de lo que habían perpetrado, les brindaron un trago de agua y un pedazo de pan, mullida cama o duro petate para su sueño intranquilo y roto, por las pesadillas y las zozobras? ¿sin identificarlos,—lo que sería rarísimo, pues aquí todo el mundo se conoce,—siempre que portaran mágico disfraz, a título de mendigos o forasteros obtendrían por caridad cristiana el alimento y el cobijo?... ¡Indescifrable enigma!

Ello es que llevaban no más de 4 o 5 días de instalados ¡qué digo instalados! de agazapados en la casuca en que hoy murieron; casa arrabalera y calle poco frecuentada de día y siniestra y desierta de noche, próxima a la barranca y a la cordillera circundantes, tras las que se alzaban los fantasmas de la libertad y de la vida. Habría sido cuestión de horas, trasponiéndolas, el hallarse a salvo en tierra salvadoreña...

Estas casas viejas están en Guatemala cortadas todas por un mismo patrón: la fachada, inexpresiva, con su zaguán y sus ventanas de reja. En los interiores, más o menos prolongado el portal del zaguán; si la casa es pequeña,—cual ésta

lo es,—a sus medios puerta vidriera que da acceso a la sala, y si la tal es aventajada de tamaño, sendas puertas a cada lado del portal que en grandes y chicas, primero desemboca en uno de los corredores, y luego, en un patinillo o patio a derechas. Las restantes habitaciones, de ordinario en forma de martillo, quedan después de la sala a los fondos del patio, recia puerta que lleva al traspatio, y a los fondos de éste, en alto,—de ahí que se le llame "altillo",—uno o dos pobres cuartos para sirvientes o trebejo.

A mi se me figura que alguien alquiló la morada en la que ellos se escondieron, no tan admirablemente disfrazados de indios, a pesar de la auténtica indumentaria ya usada que vestían, y de que sus caras, pies y manos parecían de cobre legítimo, supuesto que la mujer que ajustaron ¡oh, yerro trascendental e inexplicable! para aseo de piezas y frangollo de comidas, dudó que fuesen indios castizos. Y le comunicó sus dudas al mélite con quien sostenía relaciones, el cual más avisado de lo que su apariencia reflejara, acabó de tirarle la lengua, y ya bien instruido fué y dió parte de la novedad.

Gran regocijo en las alturas gubernativas, seguramente aquellos indios fingidos eran los pájaros astutos y voladores que, como agujas, andaban buscando. Los sucesos desenvolviéronse con rapidez suma, cercáronse barrio y casa, el subsecretario de la Guerra, un tal Letona, adicto a Estrada Cabrera,—del que ha sido secretario particular,—encabezó y dirigió en persona la maniobra que cerró a los fugitivos hasta las menores hendiduras por donde escapar. Anoche, los sitiadores resolvieron dar el asalto, y se cree que los últimos preparativos para sorprender en su sueño a los regicidas frustrados, sembraron la alarma en éstos y les permitieron apercebirse según se apercebieron. La tragedia se registró a la madrugada... ¡Pobres muertos y pobres de sus familias!

Aun no repuesto de la impresión, nueva tragedia, que Nájera y De Pindther me pormenoriza, todavía desencajado, pues hubo de presenciarla a su paso para la legación, viene a acongojarme más aún: don Eduardo Rubio Piloña, un anciano perteneciente, lo mismo que los suicidas, a familia patricia, iba a ser aprehendido dentro de su casa por N. Poz, el comisario de policía de la 1ª Sección, escoltado de muchos agentes, sin duda temeroso Rubio Piloña frente a la tortura y demás prácticas infamativas que sistemáticamente siguen a tales aprehensiones, prefirió matar a su aprehensor y buscar la fuga por los tejados de su casa, en los que diéronle alcance, en medio a golpe de disparos y voces, y allá se lo llevan, al

calabozo y al potro, brutalizándolo sin piedad en plena calle...

¿Qué me busca un marino?... Es Casimiro Aldrete, subteniente de navío, a quien desde pequeño conozco y trato,—que viene a participarme de orden del comandante del "Tampico", que el retrasado barco se halla a mi disposición en el puerto de San José...

A dar la última mano a maletas y baúles.

¡Como en tantas ocasiones anteriores, Vuelven las lágrimas de ejemplares damas guatemaltecas, muy de cerca emparentadas con la Santa Tecla que siguió al Apóstol de las Gentes, por la decisión y virtud acrisolada que las adorna,— a santificar las paredes de la legación de México! Vienen a pedirme ¡Dios se los pague a todas! que en su nombre interceda yo cerca de Estrada Cabrera, porque éste revoque y anule la orden bárbara de no entregar a sus familias los tibios cadáveres de los cuatro suicidas y de otros sacrificados hoy, que ya sepultaron en la fosa común,—aquí denominada La Isla,—del cementerio general...

"El hombre", como lo designan sus desafectos, que son legión, nos recibió en el acto. Entre otras cualidades de estadista, posee este Presidente hispanoamericano, la de fingir lo que sea menester, y una impasibilidad, natural o adquirida, que en ocasiones desconcierta. Esta tarde, no obstante, mírase harto acentuada su palidez habitual y con vistas al "ric-tus" la sonrisa que se gasta cuando dialoga con diplomáticos extranjeros. Fuí breve para expresarle el objeto de nuestra visita. Hízose él de las nuevas!!!..., y luego de reflexionarlo ¡oh, un instante! accedió a nuestra demanda.

21 DE MAYO

Con los nervios de punta todavía y pinfada en nuestros semblantes la pésima noche que los sucesos de estos días, y los de ayer particularmente, nos provocaron, hoy hemos madrugado para acabar de levantar la tienda. Y aunque nuestra partida ha de considerarse en cierto modo como una liberación, mucho nos ensombrece el ánimo despedirnos de sirvientes, muebles y paredes, saber que nos vamos de Guatemala, donde nos han ocurrido tantas cosas gratas e ingratas, cuyos dolores,—los dolores guatemaltecos,—en número nada despreciable hanse vuelto dolores nuestros, de cuyos padecimientos harto se nos alcanza, donde se nos quedan tantos cariños sinceros en todas sus clases sociales, cariños que la distancia y el tiempo, si es que jamás hemos de volver a ella ¡todo es posible!, irán menguando y amenguando hasta no convertirlos

en recuerdo gratísimo, pero recuerdo al fin...

De pie en la plataforma posterior, rodeado de mi mujer y de mi hijo, que lloran francamente,—ella, por los hondos afectos que deja y que se lleva consigo, y él, porque todavía sus ocho años lloran cuando su madre llora,—humedecidos mis

ojos, pido mentalmente por esta tierra que tanto me ha significado en mi vida.

—¡Jardín de flores y de mujeres virtuosas, patria de valientes y de talentos, Guatemala infortunada donde se meció la cuna de mi hijo, que Dios te salve y te bendiga!

1909

18 DE NOVIEMBRE

Vientos huracanados de Nicaragua han llegado a azotar las ventanas de nuestra quieta Secretaría de Relaciones... Se ha registrado, allá, una seria rebelión contra el Presidente don José Santos Zelaya, encabezada por un general Estrada; rebelión que pronto ha asumido proporciones mayúsculas. Las noticias de aquel embrollo comenzaron a llegar el Día de Muertos,—en que se inhumaron en el cementerio de Dolores los despojos mortales de Juventino Rosas, traídos desde Cuba (Batabanó) donde falleció nuestro pobre músico, autor de "Sobre las Olas". En esa propia fecha, Zelaya se anotó dos victorias: la una, cerca del río Rama, y la otra en la embocadura del San Carlos. El día 4, la conveniencia y a las veces mentirosa "Prensa Asociada", telegrafió que Dávila, Presidente de Honduras, intervenía en contra de Zelaya, y que los Estados Unidos y nosotros habíamos enviado al dicho Dávila sendos mensajes por el cable, exhortándolo a la quietud; noticia esta última, del todo falsa, por lo menos en lo que a México atañe. El 5 y 6, nuevas victorias de Zelaya. El 9,—en que arribó a esta ciudad de México, proveniente de Turquía, esa ave de mal agüero que responde al nombre de James Creelman, periodista de son état y malhadado autor de la inconsulta entrevista con el General Díaz, aparecida en el "Pearson's Magazine" y causa inmediata de que los desafectos a la dictadura hasta ayer bendita de todos y que ayer y hoy nos ha gobernado sabía y patrióticamente, hayan entrado en manifiesto desasosiego e inesperada valentía que Dios sepa a dónde pueda llevarnos,—el 9, digo, y el 10, siguió triunfante Zelaya, hasta la Costa Atlántica. El 16, diz que había invadido a Costa Rica. El 16, se hizo patente que la opinión de sus gobernados le es hostil del todo. Y hoy, 18, el trueno gordo: "puntos filipinos",—de los que con mayor frecuencia de la conveniente se nos cuelan en nuestras tierras,—que responden a los nombres de Cannon y Groce, y que eran miembros activísimos del ejército (?) revolucionario nicaragüense, al decir de las

desaprensiva Prensa Asociada, cogidos con las manos en la masa fueron fusilados por orden expresa de Zelaya. ¡Y vaya si había de qué! Resultaron convictos y confesos de la voladura de un puente y no negaron su propósito de volar los buques del Gobierno que camino de Greytown conducían tropas fieles por el río!!! Envío inmediato del "Des Moines" y el "Vicksburg", y nota, inverosímil por lo insolente y bárbara, que el Departamento de Estado dirigió a don Felipe Rodríguez, encargado de negocios de Nicaragua en los Estados Unidos. ¡Ahí es nada! Exige Washington que sean los tribunales yanquis los que juzguen, en territorio de la Gran República, al Presidente Zelaya!!! ¿Formularían pretensión tan inadecuada y sin precedente, si se tratara de Inglaterra o de Alemania?... Item más: no recibirán al ministro plenipotenciario, ya nombrado y amparado con el *agrément* de estilo!... La fábula de Esopo de "El Lobo y el Cordero" realizase una vez más, y habrá que repetir con el célebre fabulista, que: "Cuando un lobo se empeña en tener razón, ¡pobres corderos!" ¿Nadie dirá nada frente a este agravio al derecho internacional?...

El mundo se le ha caído encima a Zelaya: las dos blancas palomas, Leonard W. Groce y Leroy Cannon, que tuvieron la infantil ocurrencia de volar un puente, y que para pasar el tiempo estaban dedicados a pelear en contra de un Gobierno que no era el de su propio país. Groce era tejano, llevaba 16 años de domiciliado en Nicaragua y algunos meses de explotar en su beneficio una rica mina de su propiedad. La ejecución de ambos filibusteros, sin embargo, llevóse a término, cubriéndose, cuando menos, todas las formalidades que son de rigor en estos casos horrosos: corte marcial, de acusador don Salomón de la Selva, y los dos acusados, confesos de haber colocado minas en el río de San Juan, al humanitario intento de que se fueran a pique, con tripulaciones y todo, los barcos que con sus quillas las rozaran. Si no hubiese aparecido esa mina de oro que poseía Groce, quizás las iras de la Casa Blanca no resulta-

ran tan implacables. Como aumento del castigo, los Estados Unidos han reconocido, tácticamente, a los rebeldes.

25 DE NOVIEMBRE

La Prensa Asociada, atiza la hoguera: que hay muchos yanquis encarcelados por Zelaya, y que cuantos se rehusan a pagar un impuesto de guerra, no obstante su nacionalidad, correrán idéntica suerte. Que Wáshington, con lujo de paciencia (?), se halla en espera de informes detallados. El "Tartufo" de Molière, ha de andar buscando sitio donde esconderse y donde devorar esta humillación que lo empequeñece...

El reverso de esa medalla de prudencia: que los marinos están pronto a efectuar un desembarco armado; que el informe del comandante del "Des Moines" asegura que Cannon y Groce fueron capturados en Costa Rica (!!!), y que los rebeldes tienen de su parte toda la razón (!!!)...

26 DE NOVIEMBRE

Por orden de la Secretaría, Bartolomé Carvajal y Rosas, nuestro ministro en Costa Rica y Nicaragua, llegará a Corinto pasado mañana. Reina allá la anarquía, y nos llega el rumor de que Estrada, Presidente Provisional según la revolución, se halla frente a Managua.

Mucha agitación en Nicaragua. Se nos asegura que Zelaya fué derrocado y que los Estados Unidos despacharon cuatro buques de guerra más, a la desdichada República en peligro de muerte.

29 DE NOVIEMBRE

Extraoficialmente hemos sabido que renunció Zelaya a la Presidencia de Nicaragua, y que lo ha sucedido en el alto puesto, el doctor don José Madriz, persona, por cierto, llena de merecimientos.

30 DE NOVIEMBRE

Alud de inquietantes rumores, todos contrarios a Zelaya; en cuenta, que el revolucionario Estrada ha ofrecido pingüe indemnización monetaria para los deudos de los fusilados Cannon y Groce. La respuesta no se hecho esperar: los Estados Unidos le han despachado más armas y municiones. ¡Qué diantres, hay que ser agradecidos!...

3 DE DICIEMBRE

Formidable escuadra yanqui va rumbo a Nicaragua: el "Albany" con 280 marinos de desembarco; el "Vicksburg", el "Yorktown" y el "Princeton", con 150 cada uno. En Costa Rica ha aumentado el número de naves guerreras, lo mismo que a lo largo de toda la Costa Atlántica... ¡Una estrangulación!

4 DE DICIEMBRE

Zelaya ha rechazado, digna y decididamente, la inverosímil nota de Philander C. Knox, con la que tanto se ha manchado el Gobierno de la "Gran República", y despachó a Wáshington, con el carácter de agente especial, a mi amigo el doctor Fernando Sánchez, hábil y veterano político. La prensa yanqui, que no desperdicia oportunidad de ponerse en evidencia, anuncia ¡a siete columnas! que el propio Zelaya se apercibe a fugarse a bordo del Momotombo"... Ignorancia risible. El tal "Momotombo", que yo he visto con mis ojos, en tonelaje y resistencias náuticas apenas si igualará a un remolcador de tercer orden del puerto de Nueva York. ¿Le habrán nacido alas?...

8 DE DICIEMBRE

Hay para perder la cabeza frente a tantas noticias, creíbles algunas, y fantásticas y contradictorias las más. Carbal y Rosas nos telegrafía sin descanso, y en varios de sus mensajes cifrados retráñanse su desorientación y angustia. Lo compadecemos de veras, viviendo y actuando en aquel volcán en erupción! En resumen: más barcos yanquis a Nicaragua, pues parece que Zelaya se ha apuntado algunas victorias sobre los rebeldes, reunión en Wáshington, de la Junta Centroamericana (?), en pro de Zelaya, y anoche yo estuve a despedir oficialmente,— y conmigo los ases del científicismo militante,— a don Enrique C. Creel, que partió también a Wáshington, como agente confidencial de nuestro Gobierno.

10 DE DICIEMBRE

Mitin, ayer, de los centroamericanos residentes aquí, en el que con sobra de razón y de justicia pusieron el grito en el cielo; y hoy, telegrama lacónico y grave de Londres, en que con la solemnidad propia de aquella metrópoli se asegura esta verdad que subcribiría Pero Grullo: "Zelaya saldrá, por la presión que en su contra están ejerciendo los Estados Unidos".

11 DE DICIEMBRE

Dice la Prensa Asociada: —"Wáshington, 10 de diciembre.—Hoy presentó senador Raynor, ante la Cámara de Representantes, solicitud autorizar Presidente Taft para aprehender a Zelaya, y juzgarlo y castigarlo en EE. UU., por asesinato, si hechos en posesión Departamento de Estado requieren semejante medida"... (!!!) Es decir, el contenido esencial de la memorable nota que, fuera de toda duda, hará inmortal los nombres de Taft, maestro jurisconsulto, y de Knox, maestro de... lo que ustedes quieran. ¡Lástima que no haya poder sobre la tierra,

atenta la fortaleza de la nación que exige, en serio, monstruosidad tamaño, que pudiese imponerle el tremendo escarmiento a que, sin apelación, se ha hecho acreedora ante la conciencia universal y humana! ¡Mire usted que es desvergüenza,—por no llamarlo crimen,—querer tratar a un jefe de Estado,—así sea éste levantisco, pequeño y débil como Nicaragua,—con quien la víspera se mantenían buenas relaciones internacionales, igual que a un azotacalles! ¡Qué pretensión! ir a desposeerlo de su investidura que el mundo entero ha reconocido,—así sea ésta de origen espurio o defectuoso,—aprehenderlo con agentes armados y extraños a su propio país, y llevarlo por cordillera, maniatado y encarnecido, hasta la presencia de magistrados extranjeros para que lo enjuicien y sentencien a lo que haya lugar... ¿Para cuándo los rayos, las lluvias de fuego y los cataclismos? ¿de qué sirven los siglos que la humanidad lleva de penar y penar en demanda angustiosa de esta civilización con que tanto nos pavoneamos hipócritamente, si cualquier día ¡qué digo cualquier día! si de continuo, lo mismo hombres que pueblos, sólo amparados en su riqueza y en su fuerza, han de permitirse los peores atropellos y atentados, con la certidumbre de que han de quedar impunes, y aplaudidos inclusive, si fruncen el ceño?...

¡Ah, es el salto atrás !Y finca lo malo, en que pueblos y hombres no hagamos sino saltar hacia atrás un día y todos los días de nuestras vidas colectivas o nuestras vidas individuales.

Hay que reconocer, y que proclamar, que en efecto, el reino de Jesús no es de este mundo.

Por suerte, Zelaya tuvo una respuesta que lo honra,—sean sus defectos los que hayan sido durante su larga administración,—y que también esparce a los cuatro vientos la Prensa Asociada:

—“Antes de consentir la intervención “americana, renuncio a la Presidencia de “mi país”.

Se confirma que lo sucederá en el mando supremo el doctor don José Madriz, a quien sus connacionales rechazan resueltamente; y se puso en claro que Zelaya, el dogal al cuello, en el terreno de las concesiones había llegado al límite: se comprometió a acatar el fallo de la comisión inspectora que, a pedido suyo, le enviarían los Estados Unidos. Pero Knox, firme en sus trece, se negó a dicho envío: Zelaya tenía que someterse, incondicionalmente, a las brutales exigencias del Gobierno yanqui! (Tomen nota de “cómo las gasta el hojalatero”, todos los Presidentes actuales y futuros de las Repúblicas de nuestra América, y echen en remojo sus barbas). Otra ruindad, las peo-

res son las que llevan a cabo los ricos y los fuertes: en la ciudad del Capitolio la policía aprehendió, porque sí, al agregado diplomático de la legación de Nicaragua...

13 DE DICIEMBRE

¿En qué quedamos?... Por cable nos comunican de Managua, que desde ayer se nota en aquella capital una calma aparente, y que Zelaya dispone todavía, de dólares 20.000.000.00 (???)

Previo un alistamiento indispensable que de urgencia se llevó a término con cierto sigilo, hoy zarpó rumbo a Nicaragua nuestro “General Guerrero”, para el público, en observación; en realidad, para salvar a su bordo la dignidad seriamente amenazada de un Presidente en funciones, y la honra de todo el Continente hispano. ¡Dios lo lleve y, sobre todo lo traiga, sin novedad mayor ni menor! Carbajal y Rosás acompañará en la breve travesía al mandatario nicaragüense que, no en balde, pidió a México la prestación de este magno servicio que a la corta o a la larga y con réditos shylockianos, quizá nos cobren los Estados Unidos; aunque con nuestro “gesto”, imposible de negar por trascendentes razones de humanidad, de civilización, de raza, de desinterés y de elemental decoro,—no se acude a México en demanda de auxilio ¡y en qué condiciones! sin que México no responda con cuanto puede y cuanto vale,—resultarán ellos, los Estados Unidos, más beneficiados que nadie, puesto que sin lastimarlos en su vanidad hiperestesiada de nación poderosísima, les ahorramos la perpetración de un horrendo delito contra el derecho de Gentes y contra todos los derechos, y que, a pesar de su fuerza, sus millones, su orgullo y su poderío, los habría manchado indeleblemente de oprobio e ignominia. A la hora de ésta, ya Creel ha de haber declarado al implacable Knox, que en las actuales y deplorables circunstancias que imperan, con sumo agrado veríamos el puntual cumplimiento de los tratados que en Wáshington se ajustaron el año de 1907, a cuya virtud México y los Estados Unidos quedaron solemnemente obligados a “mirar por la estabilidad de la paz en Centro América, sólo usando de medios pacíficos y amistosos”.

Al filo de las 8 de la noche,—ya todo el mundo enterado desde temprano en la mañana de la salida del “General Guerrero”, y con tiempo de sobra para que hubiesen ido y venido de Wáshington acá más de un telegrama urgente,—se me presentó en mi oficina el embajador Lane Wilson, con quien al parecer hállome en relaciones particulares de cordialidad ultra, y a vueltas de los lugares comunes con que infaltablemente se inician las en-

trevistas de importancia, al fin entró en materia, siempre cuidando de sus palabras y actitudes (¡oh, la Carriere!)

En síntesis: que aunque lo había leído en los periódicos, y en el curso del día lo había confirmado, resistíase a creer en ese nuestro envío del "Guerrero" a Nicaragua. ¿No era cierto, verdad?...

Con idéntico cuidado en mis respuestas y ademanes, le repuse que mis noticias reducíanse también a los periódicos, pero que esperaba de un momento a otro que la secretaria de Guerra y Marina nos los comunicara oficialmente, de ser exacto, o lo desmintiera, de ser producto de la fértil inventiva reporteril. Breve silencio suyo, con leve congestión del rostro, repetidas chupadas a su veguero y fulgores de ira contenida en sus ojos felinos de hombre rubio. Aproximó su sillón—Hablemos francamente,—me dijo, —como buenos amigos, yo no he venido como embajador. Naturalmente, paré la oreja y reafirmé mi guardia defensiva. Y entre bromas y veras, me espetó lo que le escarabajaba dentro del pecho. Convendría que por inalámbrico se le diera contraorden a nuestra cañonera, que no iría muy lejos. De otra suerte, su Gobierno podría, tal vez interpretar por equívoco modo nuestra buena intención que él, Lane Wilson, se complacía en reconocer y hasta aplaudir (?) Porque ¿si se creaba un conflicto?... Hícele ver, quitándome, al igual suyo, media careta, y también entre veras y bromas, que el "Guerrero" carecía de inalámbrico, que no haría escala ninguna y que no íbamos nosotros en són de guerra contra nadie, y menos contra los Estados Unidos, sino a tenderle la mano a un hombre que se ahogaba y que, angustiosamente nos la había pedido. ¿Cómo ni por qué, entonces, temía él que se produjese un conflicto? ¿Acaso su país, sin notificar a nadie, se hallaba en guerra con Nicaragua y andaba ya en el bloqueo de sus costas?...

A falta de respuesta pertinente, recogíse un punto sin cesar de mirarme, para salir, al cabo, con esta nota de desafinada que pretendió melificar medio entornando los párpados y echando sobre su advertencia una contracción labial más emparentada con la mueca que con la sonrisa:

—"No caben ya en el puerto de Corinto nuestros acorazados. Si por desgracia se opusieran físicamente a que el "Guerrero" entre o salga, ¿qué harían ustedes y qué haríamos nosotros?... "Es el "Guerrero", por comparación, pequeño y débil, resistir equivaldría a un suicidio..."

Sin perder mi ecuanimidad, le repliqué:

—Mi querido embajador, lo que Ud.

se supone sólo se realizaría en el caso improbable de que el jefe naval de los Estados Unidos que ordenara o consintiera ultraje y desafuero de tantos quilates, fuese víctima momentánea de un ataque de enajenación mental. Y eso, sin contar con que nuestro "Guerrero", dentro de su debilidad y, pequeñez ahora resultaría más poderoso que todos esos acorazados...

Cual si un resorte lo disparara, Lane Wilson saltó de su asiento y se llegó a mi mesa, en cuyo borde hincó las yemas de sus dedos temblorosos:

—"Pero, ¿qué dice Ud., Mr. Gamboa, "que el "Guerrero" es más...—y sus manos "en alto, diseñaban en el aire las proporciones de aquellos monstruos de acero. "Repáre Ud. en la artillería de nuestros "barcos, en la suma de hombres que arrojan sus tripulaciones, en..."

—Sí, Mr. Wilson, así es. Pero Ud. no ha reparado en lo que los unos y el otro llevan a su bordo...

—"Llevará el "Guerrero" explosivos secretos, bombas milagrosas?..."

—No, Mr. Wilson. "El Guerrero" lleva el Derecho, y los acorazados de ustedes, la fuerza nada más. ¿Quién cree Ud. que vencería?...

Pausa fugaz. Luego, me extendió entrambas manos y, ya en camino de la puerta, sin sombras su semblante, envuelto en sonrisas, me soltó esa sentencia:

—"Romanticismo latino, my dear fellow, puro "romanticismo. ¡Ojalá que nada suceda!..."

De vuelta a mi casa, sentíme desorientado, ¿De veras será nuestro rasgo, un puro y peligroso romanticismo?...

15 DE DICIEMBRE

Mi ansiedad raya en angustia. De labios de alto empleado de la secretaria de Guerra y Marina,—cuyo nombre no hace al caso,—que tiene que saber lo que me confía en la mayor reserva ahora que vino a poner "en mis propias manos" el oficio en que aquella dependencia del ejecutivo comunica a Relaciones Exteriores, oficialmente, la salida del "General Guerrero" rumbo a Nicaragua, y con instrucciones especiales, que nosotros nos sabemos de memoria,—tan fidedignos labios, repito, me imponen de que al comandante del "Guerrero" se le dió, según es de práctica en estos casos, pliego sellado que no habrá de abrir sino en el supuesto remoto de que la escuadra yanqui lo ataje a su salida de Corinto y le exija con amenaza de vías de hecho, la entrega del Presidente de Nicaragua, refugiado político a su bordo. Y casi al oído me puntualiza lo que se le ordena:

—Que sin arriar bandera, en formación armada la tripulación, y tocándose

marcha de honor, taladre los fondos de su barco y lo hunda, sin empeñar batalla!!!...

Frente a esta orden espariana que por la millonésima vez revela el temple del alma del General Díaz, la devoción con que ama y sirve a México, y lo celoso que fué siempre de su decoro y su soberanía, sentí que un escalofrío me corría por la espina, el escalofrío que las grandezas morales nos provocan; pero, incontinenti, más que en el mismo Zelaya,—causa al fin y al cabo de lo que pueda suceder,—más que en la sufrida tripulación, por razones de oficio resignados de antemano a morir, hasta de peor manera, pensé en Bartolomé Carbajal y Rosas, ignorante del grave peligro que va o correr, y que sería ¡Dios no lo permita! la víctima expiatoria por excelencia...

Hubo ayer manifestación tumultuaria en Managua contra aquel Gobierno; en Wáshington le dieron a don Felipe Rodríguez, encargado de negocios allá, sus pasaportes, y se libraron órdenes urgentes despachar 100 marinos más a Nicaragua. Hoy,—nos informa un telegrama,—conferenciaron en el Departamento de Estado, Creel y Knox.

17 DE DICIEMBRE

Ayer renunció Zelaya, y dirigió al Congreso nicaragüense un digno mensaje. Los Estados Unidos han hecho público que, obstante dicha renuncia, ésta no lo libra de la responsabilidad que ha contraído ante ellos!...

19 DE DICIEMBRE

Llegó a Corinto el "General Guerrero".

Creel y Knox han lanzado a los cuatro vientos esta declaración conjunta:

—"Nunca han sido más cordiales las relaciones entre México y los Estados Unidos".

Risum teneatis?...

23 DE DICIEMBRE

Batallas y más batallas en Nicaragua, Estrada versus Madriz, en el solio desde el 20.

25 DE DICIEMBRE

Navidad. Triunfaron ayer los estradistas...

26 DE DICIEMBRE

Mensaje por el cable que nos ha devuelto la tranquilidad al señor Mariscal y a mí: a las 5 de la tarde de ayer, saludado por las atronadoras salvas de los acorazados yanquis y por las de las baterías de Corinto, con todos los honores de estilo,—no obstante los ficticios temores de Henry Wilson,—zarpó nuestro "Gene-

ral Guerrero" rumbo a Salina Cruz, llevando ostensiblemente a su bordo al Presidente depuesto de Nicaragua, don José Santos Zelaya, y al Ministro de México, don Bartolomé Carbajal y Rosas, que en nombre de la República lo asila y lo custodia!... ¡Bendito sea Dios!

27 DE DICIEMBRE

A las 8.30 de anoche, arribó a Salina Cruz el "Guerrero", y ancló fuera de la bahía, después de realizar un récord de velocidad. No se le esperaba sino hasta hoy.

28 DE DICIEMBRE

Desde esta noche, es huésped de México el General D. José Santos Zelaya. Suceda lo que quiera, sólo los que no tengan el alma en su almario podrán censurar a nuestro Gobierno por su elevada conducta en esta ardua emergencia internacional.

29 DE DICIEMBRE

Muy discretas y atinadas las declaraciones del General Zelaya, que "El Imparcial" ha publicado en su número de hoy. "El Secretario Mr. Knox—dijo entre otras cosas,—no es mi juez. Yo he procedido conforme a las leyes de mi país al negar el indulto de los americanos Groce y Cannon, y éstos fueron juzgados por un tribunal perfectamente constituido. "Ahora bien, si alguna trasgresión de la ley hubo por mi parte, mi culpabilidad debe ser juzgada y decidida por el Congreso de Nicaragua..." Y con respecto a nuestro Presidente: "Espero visitar mañana o pasado, al señor General Díaz, a quien tengo muchos deseos de conocer tanto porque admiro su sabia administración, cuanto porque quiero, personalmente, significar mi agradecimiento por haber puesto a mi disposición el "General Guerrero"...

31 DE DICIEMBRE

A las 4 de la tarde me visitó, en casa, el General Zelaya.

Y como remate de año recibí, a la noche, la caria que en seguida se transcribe íntegra:

"Correspondencia particular del Director de la Comisión Geográfico-Exploradora.—Xalapa, Diciembre 31 de 1909. "—Señor D. Federico Gamboa, Subsecretario de Relaciones.—México.—Muy estimado y distinguido amigo:—La actitud altamente humanitaria, generosa, correcta y, por tanto merecedora de aplauso universal, asumida recientemente por la Secretaría de Relaciones de México respecto del señor Zelaya, ex-Presidente de la República de Nicaragua, ha causado en el mi ánimo, como seguramente ha-

"brá causado en todos los heombres hon-
 "rados, la más viva y profunda satisfac-
 "ción, impulsándome como mexicano, co-
 "mo patriota, como General del Ejército
 "y como individuo de la raza latina, a en-
 "viar al Señor Ministro D. Ignacio Maris-
 "cal y a Ud., mi más cordial y sincera fe-
 "licitación por aquella nobilísima actitud
 "que la historia señalará como un título
 "de gloria para la Nación Mexicana y
 "para el egregio y venerable Señor Ma-
 "riscal, que dirige nuestras relaciones ex-
 "teriores.

"Suplico a Ud. que tenga la bondad
 "de favorecerme, haciendo presente al Se-
 "ñor D. Ignacio Mariscal mi respetuosa,
 "cordial y sincera felicitación por el raro y
 "humanitario ejemplo que acaba de dar
 "al mundo civilizado, y Ud., mi distingui-
 "do amigo, sirvase también aceptar mi en-
 "tusiasta felicitación por la parte, segura-
 "mente muy importante, que le corres-

"ponde como digno colaborador del Señor
 "Mariscal.

"Deseo que el próximo año sea para
 "Ud. y los suyos próspero y feliz, y me
 "complazco en repetirme con toda consi-
 "deración su adicto y afmo. servidor y ami-
 "go, q. b. s. m.

"(f) ANGEL GARCIA PEÑA".

Sea esta carta espontánea y noble que
 subscribe un soldado lleno de merecimien-
 tos, honrado a carta cabal y, por añadi-
 dura, muy querido amigo mío, el reflejo
 de la opinión general del país, ya impues-
 to de los atrenzos por que acaba de pa-
 sar, y quizá siga pasando, el Gobierno de
 la República.

¡Y tú, viejo 1909 en agonía, que des-
 canses en paz, allá, en el insondable e
 ignorado abismo a que van a parar los
 años cuando se extinguen.

1910

DE FEBRERO

Se marchó Zelaya, y ni por tarjeta se
 despidió del señor Mariscal ni de mí.
 Como signo de gratitud, me parece un tan-
 to deficiente. ¡Si supiera las continuas ins-
 tancias que, untadas de vaselina cancille-
 resca hemos estado recibiendo del Depar-
 tamento de Estado y del embajador Wil-
 son, para que nuestro huésped nicara-
 güense ahuecara el ala; y si supiera cómo
 nos hemos defendido para no acceder a
 tan impertinentes indicaciones, su despe-
 dida debía haber sido una cordial y efu-
 siva acción de gracias!... Vaya en paz, sin
 embargo, y que en Europa halle el com-
 pleto sosiego por que suspira.

17 DE AGOSTO

Consumada en Nicaragua la infamia
 yanqui número millón y tantas: cayó Ma-
 driz!

8 DE NOVIEMBRE

Hoy se acordó por Instrucción Públi-
 ca una pensión de quinientos francos men-
 suales a Rubén Darío, como desagravio
 porque no fué posible recibirlo cuando el
 Centenario, en su carácter de enviado di-
 plomático especial de un gobierno ya ine-
 xistente, a su desembarco en tierra de
 México.

F I N